

Lily Perozo

EL MUNDO es *Nuestro*

Relato de la trilogía
Cambia mi Suerte



El mundo es nuestro

Relato de la trilogía Cambia mi Suerte

Lily Perozo

Derechos de autor © 2024 Lily Perozo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Al grandioso, Alejandro Sanz, por siempre ser inspiración para Renato y Samira.

«Y nada más, con cuidado iré para no pisar las flores de tu libertad»
Alejandro Sanz

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[Tan dura la vida y tú tan llena de paz](#)

[Y solo se me ocurre amarte](#)

[Llenas mi vida de luz, llenas el cielo,](#)

[Y a mí tan solo se me ocurre amarte](#)

[No existe un corazón que no resista, niña](#)

[Pero si lloras, quiero que mis ojos sigan](#)

[Y hasta que la pierda de vista](#)

[La miro a ella y te miro a ti,](#)

[Yo muero de ganas de encontrar la forma](#)

[Y solo se me ocurre amarte](#)

[Nos hemos reído y llorado, los tres](#)

[Yo quiero darte mi alegría,](#)

[Y ya te quería, te soñaba, te sabía](#)

[Te buscaba, te adoraba, y por tu amor](#)

[Y ya te llamaba sin palabras](#)

[Te buscaba te adoraba y](#)

[Y ya te quería, yo ya te quería](#)

[Las reglas del amor faltaban](#)

[Apenas la canción del agua](#)

[Libros de este autor](#)



Lily Perozo









Tan dura la vida y tú tan llena de paz

Samira, anudó y cortó el último punto de sutura de su tercera operación de ese día. La intervención duró poco más de seis horas, por lo que estaba agotada tanto física como anímicamente; aun así, estaba satisfecha con el resultado del procedimiento Kasai que acababa de realizarle a Lucian, un niño de siete años. Al que tuvo que extirparle los conductos biliares y la vesícula para después suturarle un segmento del intestino delgado al hígado y así restablecer el flujo de bilis.

Estaba segura de que, en unos años, el pequeño Lucian requeriría de un trasplante de hígado, porque los conductos biliares estaban dañados, era lo más común en pacientes con atresia biliar. Razón por la cual, desde ya en el hospital le harían un seguimiento, hasta que pudieran reemplazar su hígado; por el momento, la cirugía ayudaría a que el órgano funcionara mejor durante un buen tiempo.

—Listo, campeón... —Samira le entregó las tijeras, pinzas y aguja a la instrumentista a su derecha. Luego se acercó a la cara de su pequeño paciente que se encontraba bajo los efectos de la anestesia general—. ¡Feliz Navidad! En ocho días podrás volver a casa. —Sonrió tras la mascarilla.

Caminó hasta el área dentro del quirófano, donde procedía a quitarse la vestimenta quirúrgica, empezando por los guantes, luego el delantal y así sucesivamente iba dejando las prendas. Mientras el equipo médico encargado llevaría a Lucian a Cuidados Intensivos. Ella fue a la sala de espera para informarle a los padres que el niño había salido bien de la cirugía y que en poco tiempo podrían ir a verlo.

Lo que más amaba de su trabajo, después sanar a sus pequeños pacientes, era darles a los padres la paz al anunciarles que volverían a ver a sus hijos con vida y que dentro de poco podrían llevárselo a casa.

Tras recibir el agradecimiento más genuino de parte de los padres de Lucian, y unos maravillosos buenos deseos para ella y su familia en esta Navidad, se despidió de ellos con una sonrisa y se fue a por un capuchino; sabía que tenía que ir disminuyendo la cantidad de cafeína que tomaba al día, pero lo haría después, porque de otra forma no iba a conseguir estar despierta para la cena.

Ya en la cafetería del hospital, quiso pedirse solo un capuchino, pero se le antojó acompañarlo con algo dulce; así que también se compró un rollo de canela.

—Gracias, Leticia... —Le sonrió cuando la joven puso en la mesa el pedido.

—¿Todo salió bien? —le preguntó, ya que antes de entrar a la cirugía de Lucian, se tomó otro capuchino y le informó sobre el procedimiento que tenía.

—Sí, es un niño muy fuerte. —Sonrió, aunque el agotamiento se marcaba bastante en sus facciones.

—Es gitano, no se puede esperar menos —aseguró Leticia, que era una jovencita de diecinueve años, también de la comunidad gitana.

A Samira le sorprendía, pero también le llenaba de tranquilidad, ver que cada vez se involucraba más la comunidad en el hospital. Recursos Humanos, le daba prioridad a los gitanos cuando iban en busca de trabajo, por lo que muchos del personal de limpieza, vigilancia o en la cafetería eran del mismo barrio.

Lo que echaba por tierra las predicciones de su padre de que de los gitanos solo obtendría el repudio. Sí, sabía que debía dejar de referirse a ese hombre, como su padre, pero aún no lo conseguía; apenas había logrado dejar atrás el respeto que sintió por él.

—Sí, si su hígado reacciona bien al procedimiento, podrá irse a casa en unos ocho días —comentó mientras endulzaba el café.

—Seguro que sí —asintió sonriente—. Disfruta del capuchino y el rollo. —Hizo una ligera reverencia y se alejó.

Samira asintió y no perdió tiempo en darle un gran mordisco al rollo de canela, que solo el olor le tenía la boca hecha babas. Mientras masticaba, sintió unas manos firmas posarse sobre sus hombros, de inmediato dio un respingo y se volvió a mirar hacia atrás.

Sonrió al ver que era su marido, no esperaba que llegara a buscarla tan pronto. Se inclinó sobre ella y le dio un beso, robándose la miel de canela que le quedó en los labios.

—Así sabe mucho mejor —dijo después pasarse la lengua por el labio.

Samira le sonrió complacida, mientras seguía masticando. Lo vio bordear la mesa y sentarse frente a ella.

—No te esperaba tan pronto, dije que te avisaría... ¿cómo supiste que había terminado?

—Tengo a mis informantes —confesó sonriente.

—Tengo una ligera sospecha de quién puede ser —masculló sonriente, porque estaba casi segura de que era Omaira, la jefa de enfermería—. ¿Quieres algo? —ofreció y le dio otro mordisco al rollo.

—Un capuchino —dijo asintiendo.

Samira no tuvo que llamar a Leticia, porque ella se acercó enseguida.

—Hola, Renato, ¿qué te ofrezco? —Imposible que algún miembro de ese hospital no lo conociera.

—Hola, Leticia, me traes un capuchino, por favor.

—Enseguida —asintió y se marchó.

Renato se aproximó y estiró la mano por encima de la mesa para tomar la mano libre de su mujer y con el pulgar empezó a acariciarle los nudillos.

—¿Cómo salieron las cirugías? —Sabía de las tres operaciones que ella tenía programadas para ese día.

—Todo bien, ya están en recuperación.

—Se te nota agotada.

—Un poco —gimió—, pero ha merecido la pena.

—Si quieres, nos vamos a dormir temprano...

—¿Perderme la cena de Navidad y el intercambio de regalos? No, de ninguna manera, es una fecha muy especial, aunque quisiera no podría dormir.

—Bueno, al menos quiero que descanses un par de horas antes de la cena —hablaba sin dejar de acariciarle los nudillos ni de perderse en esos ojos que le daban la paz.

—Lo intentaré. —Tomó del café y volvió a morder el rollo.

A Renato le daba la impresión de que ella se había saltado el almuerzo o que quizá solo se trataba de que en un par de días le bajaría la menstruación.

—Gracias —dijo levantando la mirada hacia Leticia.

—Espero que lo disfrutes —deseó con una sonrisa afable y, después del asentimiento de él, regresó tras el mostrador.

Renato soltó la mano de Samira para tomar la taza y dejarle a ella la libertad si quería usar su mano.

—¿Me dirás a quién te toca darle regalo? —curioseó Samira.

—No se puede decir —le recordó, tras darle un sorbo al café.

—¿Soy tu amiga secreta? —preguntó juguetona, pinchándole el antebrazo con el dedo índice.

Renato se encogió de hombros y sonrió.

—No lo sé. —Sonrió, debido al jugueteo de su mujer.

—Sí lo sabes... Anda, amor, dime, si ya es esta noche.

—No, no puedo decirte, de otra forma no será sorpresa.

—Entonces sí soy tu amiga secreta. —La sonrisa se le hizo más amplia.

—Si tú lo dices. —Siguió sonriendo ladino y, alzó ambas cejas, antes de tomar otro poco de capuchino.

—Estoy segura, eres demasiado transparente, tu mirada lo dice.

—Mas bien, démonos prisa, porque quiero que descanses... Has tenido mucho trabajo esta semana.

—Sí, termino aquí y nos vamos... —Se empujó el ultimo pedazo del rollo de canela y lo pasó con un largo trago de su café ya frío—. Voy a por mis cosas... ¿Me esperas aquí o en el estacionamiento?

—Te espero aquí, ve tranquila. —Así le daría tiempo a tomarse el café. A diferencia de Samira, él llevaba un par de días sin ir al trabajo, porque tenía vacaciones hasta enero.

Ella se levantó, bordeó la mesa y le dio un beso.

—No me tardo nada.

—Vale. —Sonrió y fue él quien le dio otro beso, apenas un contacto de labios, pero que le aceleraba los latidos.

La admiró embelesado mientras se alejaba, llevaba puesto el pijama médico con dibujos infantiles y la bata medica; estaba seguro de que jamás se cansaría de verla así, porque era cuando más hermosa le parecía.

Él terminó con el capuchino y fue a pagarle a Leticia, pero le dijo que, por Navidad, la casa invitaba. Renato en vano insistió y terminó recordando lo terca que eran las gitanas. No le quedó más que agradecer y desearle Felices Fiestas.

Cuando Samira regresó con la cara lavada, la coleta rehecha y su cartera, él fue a su encuentro; desde ahí, ella se despidió de Leticia.

Cogidos de las manos salieron del hospital, rumbo a la mansión Garnett, que en los últimos días parecía ser una fiesta, debido a todos los miembros de la familia que habían llegado. Era su primera Navidad desde que vivía en esa casa y estaba segura de que una vez que todos se marcharan, la soledad que se sentiría iba a ser abrumadora.

Durante el trayecto, Samira se quedó dormida, sin importar la música que los acompañaba; sin embargo, en cuanto Renato se percató de que se había rendido, apagó el reproductor y aprovechó un semáforo en rojo, para reclinarle un poco más el asiento y buscó detrás una manta para arroparla. Luego continuó en silencio lo que restaba de recorrido.

—¡Te voy a matar!

Ese fue el grito que despertó a Samira; aún con la mirada borrosa y medio aturdida, pudo ver a Morgana corriendo detrás de su hermano Aston.

—¡Solo si me alcanzas! Bruja... —El quintillizo se carcajeaba con desparpajo; sin duda, en un gesto de provocación.

—¡Papi! ¡Papi! —gritaba Morgana, pero al ver que llegaba la SUV corrió hacia Renato—. Primo, dile al estúpido de Aston que me diga dónde escondió mis maquillajes. —La jovencita rubia estaba casi morada de la rabia.

—Ya te dije que los eché a la basura, aún eres muy joven para maquillarte.

—Tengo diecisiete, puedo hacer lo que me dé la gana. —Con las manos empuñadas, avanzó hacia su hermano, pero Renato la retuvo por el brazo para evitar la confrontación—. Primo —chilló de la impotencia y volvió a mirar a su hermano—. Voy a retorcerte el cuello.

—Morgana, cálmate... no puedes golpear a tu hermano en vísperas de Navidad.

—No, no me pidas que me calme... —reprochó histérica, ante la injusticia—. Me robó todo mi maquillaje, todo... —La ira la tenía con ganas de llorar por lo que le temblaba el mentón—. Sabes qué haré, voy a quemar tu consola y todos tus condones... todos.

Que Aston volviera a reír solo atizó el fuego de la ira en Morgana.

—Aston, ¿dónde está el maquillaje de tu hermana? Tienes que devolvérselo. —Renato intentó mostrar un tono autoritario, pero no le salió.

—Lo siento, lo eché a la basura... Si tanto quiere que compre más, pero que no se descuide porque volveré a deshacerme de ellos... —Aston alargó la mirada hacia su hermana—. Te dije, no usarás maquillaje hasta los dieciocho.

—¡Vete a la mierda! Machista, cavernícola... Puedo usar todo el maquillaje que quiera, porque papi me dio permiso. Ojalá no fueras mi hermano... ¡Te odio!

—¡Te odio! ¡Te odio! —se mofó el quintillizo de cabello rubio oscuro y ojos grises.

—Aston, respeta a tu hermana, si Thor le dio permiso, no debes involucrarte en eso. —Renato intentó usar un tono más determinante.

Samira que hasta el momento había visto la escena parada al lado de la puerta del copiloto, no sabía si debía involucrarse, pero si pudiera le diera unos buenos azotes a Aston.

—Morgana, ven... puedo prestarte mis maquillajes —la llamó Samira.

—Pero quiero los míos... y ese imbécil los botó.

—Te llevaré a comprar unos nuevos —intervino Renato—. ¿Te parece? —propuso, con tal de que terminara la discusión.

—¿Lo harías? —preguntó y entonces se le derramaron las lágrimas—. ¿No te importa que el shopping esté demasiado lleno?... Debe estarlo por ser Navidad

—No, no me importa. —Desvió la mirada hacia su mujer, que le sonreía condescendiente y asintió.

Renato esperaba que, si algún día tenía hijos, Dios le diera la paciencia y el entendimiento para poder tratar con ellos cuando fueran adolescentes.

—¿Qué demonios está pasando?! —interrumpió Thor, con muchísima más autoridad en su voz. Llegó en compañía de Devon, otra de sus hijas.

—Papi. —Morgana corrió hacia él—. Aston me botó los maquillajes, dice que no puedo usarlos...

—¿Por qué carajos hiciste eso Aston?

—Aún es muy niña... Quiere maquillarse para seducir a hombres mayores, tú no lo ves, pero yo sí vi sus redes sociales, le escriben puros viejos asquerosos... Por eso quiere aparentar ser mayor.

—El maquillaje no tiene que ver... —intervino Morgana.

—Sé que no, pero quiero ver si eso es cierto —dijo Thor sintiendo que debía ponerse alerta.

—Yo no hago nada malo, puedes verlo... Además, tú tienes el control de mis redes, puedes verlo cuando quieras... solo me botó mis maquillajes para hacerme la vida imposible.

—Es que Aston es muy celoso —dijo Devon—. Es insoportable, creo que deberías enviarlo a un campamento de conducta.

—Gracias al cielo, el próximo año me voy de casa, ya no quiero ver más sus caras feas —

vociferó Aston.

—Te irás de casa, solo si yo lo permito; a menos que busques cómo mantenerte solo —condicionó Thor. Deseaba que esa etapa de constantes peleas entre sus hijos pasara rápido o corría el riesgo de terminar en un manicomio—. Ve con el abuelo...

—¡Papá! —protestó Aston.

—¡Ve con el abuelo! —le exigió haciendo un ademán hacia dentro de la casa y lo vio marcharse refunfuñando—. Y tú esperarás hasta que llegue tu madre para ver si te busca maquillaje —le dijo a Morgana, al tiempo que cobijaba en su costado a Devon, que lo abrazaba por la cintura.

De los quintillizos, Devon era la más tranquila, era una jovencita respetuosa, cariñosa; aunque, quizá eso se debía a que era bastante tímida por su serio problema de astigmatismo desde que nació, y que poco o nada habían servido el par de operaciones que le habían hecho; así que, dependía de las gafas.

—Renato dijo que me llevará a comprar.

—No pongas a tu primo en esa situación, espera a que llegue tu madre. —Le acarició el pelo.

—Pero papi...

—La llevaré, no tengo problemas en acompañarla —intervino Renato.

—¿Estás seguro? —Thor se mostró dudoso.

—Sí, siempre y cuando no necesite mi opinión, porque de maquillajes no sé nada.

—No hará falta, sé todo lo que necesito. —Morgana volvió a animarse.

Renato se acercó a Samira, mientras la jovencita corría a subirse a la SUV.

—Descansa, en un par de horas estaré de vuelta.

—Ve tranquilo, te prometo que dormiré. —Le dio un beso en los labios.

—Tiene que dormir —le dijo a Thor, para que él supiera y no la dejara merodear por la casa, sino que se fuera directa a la habitación.

—Bien, me aseguraré de que vaya a dormir. —Luego se acercó a ellos—. Les doy un consejo, no tengas hijos —secreteó—. Amo a los míos, pero a veces son una pesadilla.

Renato y Samira sonrieron, porque ellos llevaban más de seis meses buscando al primogénito.

—Bueno, voy a llevar a Morgana al shopping.

—Que compre lo necesario, porque suele enloquecer cuando entra en Sephora y podía tenerte ahí por incontables horas. Si no quiere obedecerte, me llamas.

—Lo haré, intentaré arreglármelas con una adolescente.

—Pobre hombre iluso, no sabes nada de adolescentes, son el demonio con cara adorable y expertos manipuladores. —Sonrió Thor.

—¿Prefieres ir tú? —preguntó él con la misma sonrisa.

—No, gracias... Mi pequeña adolescente necesita compartir tiempo con su primo.

Renato negó con la cabeza y le dio otro beso a Samira.

—Te quiero —le recordó.

—Yo también —dijo ella.

Thor, Samira y Devon se quedaron en el mismo lugar, viendo a Renato subir a la SUV y marcharse.

—A dormir, señora... Me toca cumplir mi parte del plan —le dijo Thor a Samira.

—Sí, enseguida voy. —Se dio la vuelta y caminó hacia su habitación, ya después saludaría a todos los demás, porque sabía que si llegaba hasta donde estaban la mayoría de los miembros de la familia, no la dejarían irse fácilmente.

Ver la cama le hizo ser consciente de lo agotada que estaba, así que desistió de la idea de

ducharse, se quitó el pijama médico, el sostén y terminó solo con las bragas bajo las sábanas.

Su último deseo antes de quedarse dormida era que a su marido le fuera bien con Morgana y que no regresara con la idea de ya no querer tener hijos, tal como Thor les había aconsejado.



Y solo se me ocurre amarte

Cuando Samira abrió los ojos, se encontró con la perfecta visión que era su marido, saliendo del baño recién duchado y tan solo con una toalla alrededor de sus caderas; imaginaba que cuando muriera, si el paraíso existía, debía ser algo como eso, porque creía que cada paraíso debía ser personal y más que un lugar era una persona.

—Si quieres, puedes dormir un poco más —le dijo con esa sonrisa ladina que le hacía marcar más el hoyuelo de su mejilla izquierda e intensificaba el brillo en sus hermosos ojos azules.

Samira negó con la cabeza, al tiempo que se estiraba en la cama, llevando los brazos por encima de la cabeza y gimió para desperezarse, luego extendió las extremidades hacia él, invitándolo a la cama con una sonrisa provocadora.

Renato se llevó las manos a las caderas y se mordió el labio, cuando debido al estiramiento de su mujer, la sábana rodó y dejó expuestos sus pechos.

—¿Quieres que te adelante el regalo de Navidad? —propuso ella, moviendo las piernas para apartar más la sábana. La verdad, poco le importaba si ya casi se servía la cena, en ese momento solo deseaba a su marido.

—¿Crees que podría negarme a semejante oferta? —preguntó avanzando hacia la cama.

—No lo sé. —Se giró sobre el colchón, quedando bocabajo, con el culo empinado y lo miró por encima del hombro. Sonrió al apreciar cómo aún a través de la tela de paño, empezaba a notarse una erección.

Se sintió victoriosa cuando él apoyó una rodilla en la cama y enseguida se deshizo de la toalla, la cual dejó caer al suelo. La sujetó por las caderas, poniéndola a la altura que la necesitaba y sin perder tiempo, atacó la nalga derecha, con besos, suaves mordidas y lamidas, mientras que la otra la masajeaba a su gusto.

En poco tiempo, sus bragas no solo estaban mojadas de la saliva de Renato, sino también de su propia excitación. Se le escapó una exclamación de placer cuando él, arrastró la prenda hasta sus muslos y le separó las nalgas, haciéndose espacio para besar y saborear la caliente humedad. Él apenas se apartó unos centímetros, de vez en cuando, para poder respirar; de lo contrario, siguió en su empeño de saborearla hasta que se deleitó con la más mínima gota proveniente de la estrechez de su mujer.

Samira todavía no se reponía de los temblores del orgasmo, cuando se vio sorprendida por su marido, al darle la vuelta y dejarla acostada sobre las sábanas revueltas. Él tiró de la prenda que seguía enrollada a la altura de sus rodillas y la lanzó a un lado.

Ella no perdió tiempo en abrirle las piernas y él no dudó en acomodarse entre sus muslos. Hicieron el amor rápido, sin tantas palabras, solo mirándose a los ojos, compartiendo ardientes besos y caricias posesivas.

—¿Cómo te fue con Morgana? —preguntó Samira, mientras acariciaba el cabello todavía mojado de su marido, que quedó desfallecido sobre su pecho.

—Bien. —Alzó la cabeza y buscó la mirada de su gitana—. Solo me limité a estar detrás de ella, con las manos en los bolsillos y asintiendo como si entendiera todos los consejos que me dio sobre maquillaje y skin care... —rio aún extasiado sexualmente—. Me decía para qué se usaba cada cosa y me recordó cómo mil quinientas veces, lo importante que es que los hombres también nos interese por esos detalles que tanto les gustan a las mujeres; al final, terminó

convenciéndome y te compré algunos productos... —Alargó la mirada hacia la mesa de noche.

De inmediato Samira le siguió la mirada y se rio emocionada al ver una bolsa de tamaño mediano de franjas negras y blancas.

—Gracias. —Se volvió a mirarlo y se mordió el labio—. Estos detalles son los que me hacen amarte cada vez más.

—Solo espero haber acertado... Bueno, yo no, fue Morgana quien eligió todo, tampoco puedo robarme el crédito de mi prima.

—Estoy segura de que me encantará... Por cierto, me siento muy orgullosa por la forma en que enfrentaste el problema, aunque no era asunto tuyo.

—Ese par le hacen la vida imposible a mi pobre tío. Sino hacía algo, no dejarían de pelear y muy probablemente terminarían haciéndolo durante la cena...

—¡La cena! —recordó Samira exaltada—. ¿Qué hora es? Seguramente están esperando por nosotros.

—Aún tenemos tiempo, como unos cuarenta minutos...

—Entonces debemos darnos prisa, o no estaré lista. —Tenía que lavarse el cabello, hacerse un bonito peinado y maquillarse, pues la noche especial lo ameritaba. Empujó con cautela los hombros de su marido—. Tendrás que ducharte una vez más.

—Hagámoslo juntos —propuso al tiempo que se levantaba perezoso, era que se estaba tan bien sobre el cuerpo de Samira.

Entraron a la ducha y se enjabonaron el uno al otro. Como ya era costumbre de Renato, se encargó de lavarle el pelo a Samira, porque le extasiaba la sensación de las hebras espumosas entre sus dedos, mientras ella se complacía con las caricias en su cuero cabelludo y no paraba de hablar porque podía hacer de cualquier anécdota una conversación, a la que sin el mínimo esfuerzo, Renato le seguía.

Todos los días confirmaba que se había casado no solo con la mujer que amaba, sino con su mejor amiga; esa con la que podía pasar horas y horas hablando y jamás aburrirse; así mismo, también podían permanecer en silencio por mucho tiempo y hacer que el momento fuese especial.

Una vez que salieron de la ducha, se fueron al vestidor, donde ya esperaban las ropas que usarían esa noche. Samira usó un vestido verde oliva, que combinaba perfecto con el color de sus ojos. Era de estilo cruzado, con mangas y le llegaba por encima de las rodillas.

Renato se fue por un estilo más náutico, de pantalón blanco, camisa celeste y chaqueta azul marino.

—Si quieres, puedes bajar —le dijo Samira, echándole un vistazo a través del espejo mientras se maquillaba, usando algunos de los productos que él le obsequió—. Ya me falta poco.

—No te preocupes, cariño, puedo esperar... —dijo Renato levantando la mirada del libro en sus manos—. Además, ya casi termino. —Le mostró desde la butaca donde estaba sentado con las piernas cruzadas.

Samira sabía que, aunque Renato sentía gran aprecio por su familia, prefería terminar el libro a tener que socializar; era sin duda, parte de su esencia.

Ella terminó justo cuando él leyó la última página, se tomaron de las manos y salieron rumbo al salón principal, donde todos se reunirían. Desde las escaleras se escuchaba el rumor inentendible de todos sus familiares y se apreciaba el ambiente festivo.

El lugar era lo bastante amplio como para que más de una treintena de personas estuvieran ahí reunidos sin que se sintiera abrumador.

El año pasado, Elizabeth pasó Navidad en Niteroi, en compañía de la familia de Alexandre,

pero ese año, debido a que Marcelo no pudo viajar para reunirse con sus padres y hermano, decidieron que la familia Nascimento lo pasara con los Garnett.

Marcelo hacía unos cuatro años que aceptó un mejor cargo en el campus de Microsoft en Redmond, una ciudad en Washington. Desde entonces, habían sido pocas las veces que consiguió volver a Río para visitar a su familia. Eran Arlene y Guilherme, quienes viajaban un par de veces al año para poder ver a su hijo menor.

Samira y Renato fueron saludando a cada miembro, por lo menos a los mayores, porque los más jóvenes siempre se buscaban lugar aparte para tener temas de conversación más acorde a sus intereses. Le fue imposible a Renato no recordar cuando él formaba parte de ese grupo; solo entonces se daba cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo.

Se cercaron donde estaba Reinhard en compañía de sus hijos Thor, Ian y Samuel, hablaban de algunas anécdotas del pasado, que los tenía de muy buen ánimo.

—No, nunca me ganaron, ni una sola vez, ni una... —hablaba Reinhard con bastante empeño.

—Solo te dábamos prioridad por ser mayor —dijo Samuel con una gran sonrisa ante los recuerdos que revivían.

—Sí, puras excusas baratas... —bufó el patriarca.

—¿Qué te tiene tan exaltado, abuelo? —preguntó Renato.

—Hablamos de todas las veces que les gané cuando competíamos con los coches... No me ganaron ni en una oportunidad —respondió el anciano—. No en vano, les enseñé a conducir a todos. —Señaló uno a uno.

—Papá, solo te dejábamos ganar —intervino Ian con una sonrisa condescendiente.

—Sí, sí... intenta convencerte de eso... Ven, hijo, siéntate aquí —pidió Reinhard dirigiéndose a Renato, para que ocupara el lugar junto a su padre.

—Ve tranquilo, voy a ver a mi abuela —dijo Samira.

—¿Segura?

—Sí. —Asintió y recibió con bastante agrado el beso que su marido le dejó en la mejilla—. Regreso en unos minutos. —Le ofreció la mano a Reinhard y se la apretó.

—¿Cómo fue tu día? ¿Pudiste descansar o los terremotos de Thor no te dejaron dormir? —preguntó al tiempo que correspondía al apretón de mano de la gitana.

—Las tres intervenciones fueron exitosas —respondió sonriente. Ya la noche anterior le había contado al patriarca un poco de su agenda para el día. Como ya se había hecho costumbre—. Y en cuanto llegué, caí en coma... Nada pudo interrumpirme el sueño.

Había encontrado en Reinhard Garnett, un gran amigo, guía y un refugio al que recurría cuando algunos de sus pequeños pacientes perdían la batalla y no lograban salir con vida del quirófano o terminaban complicándose durante la recuperación. Él sabía cómo consolarla, cómo hacer que tampoco perdiera la humanidad de vivir el dolor y la impotencia por tan injustas partidas, pero también le ayudaba a aceptar que eran situaciones que estaban fuera de sus capacidades.

—Si necesitas retirarte antes de tiempo, para poder descansar un poco más, puedes hacerlo cuando desees, no te sientas en la obligación de quedarte hasta el final —le dijo y le guiñó un ojo en un gesto cómplice.

—Está bien, gracias. —Le sonrió, porque comprendía el trasfondo de esa petición de Reinhard.

Se excusó para ir a estar con su abuela, que había llegado hacía un par de días con Hermosell y no había tenido mucho tiempo para pasarlo juntas, debido a su trabajo en el hospital. Aunque esta era la primera Navidad que Samira pasaba en Río desde que se mudó, lo cierto es que desde

que se casó con Renato, viajaron todos los diciembres para esa reunión. Así que, ya estaba más que acostumbrada a ese ambiente.

El último en llegar al salón principal de la mansión Garnett, fue Liam; traía de la mano a su hija, que, con dos años, era la marioneta de la curiosidad y, más le valía estar muy pendiente de la niña para que no se hiciera ni el mínimo rasguño, porque era primera vez que la madre se la confiaba para que viajara con él; de lo contrario, tendría que hacerse el harakiri, antes de regresar a Singapur.

Soo-min, era el nombre de la niña que significaba: sabia y brillante. Al principio, fue el resultado de un favor que le hizo a Jiyeon, una amiga coreana, que conoció en Singapur, y que su mayor sueño era tener un hijo.

Cuando le propuso la loca idea de que la embarazara, se negó; pues habían tenido sexo un par de veces, pero ni loco deseaba formalizar una relación. Él era un alma libre, de eso no tenía dudas.

Pero tras una seria conversación y un contrato legalizado en el que se estipulaba que él solo sería el donante y que no tendría ninguna responsabilidad, cedió a la loca idea de Jiyeon. No obstante, con el tiempo y cuando nació la niña, se despertó en él la necesidad de estar en la vida de Soo-min; afortunadamente, la madre no se negó a que tuviera contacto con su hija.

—Mi niña bella. —Corrió Thais a cargar a su hermosa nieta. Parecía una muñequita de piel pálida y marcados rasgos asiáticos con los ojos verde gris, por eso a donde iba se convertía en el centro de atención.

—¿Puedes cuidarla un minuto? —pidió Liam y se acercó para darle un beso en la mejilla a su madre—. Me tiene agotado —aprovechó para susurrarle al oído, aunque lo dijo en portugués, un idioma completamente desconocido para su hija.

—Te dije que puedo hacerme cargo de ella —dijo con una sonrisa condescendiente y miró a la carita que parecía de porcelana, no se contuvo las ganas de darle un beso en la mejilla.

—Fue mala idea venir solo con ella... No soy bueno para esto, no tengo tanta paciencia cómo creí.

—Lo haces bien. —Le acunó la mejilla, mientras le sonreía—. Nadie se convierte en padre teniendo ya un postgrado en crianza... Solo es cuestión de ensayo-error.

Liam quiso traerla para que por fin su abuelo Reinhard pudiera conocerla personalmente, porque a su edad, los médicos no le permitían que hiciera viajes tan largos.

Sus padres, Renato y Samira. Sí, habían ido a Singapur para conocerla, aunque ninguno conocía todavía a Jiyeon, ella no quería, porque consideraba innecesario relacionarse con su familia, si solo los unía el convenio de una hija.

En ese momento se acercaron a ellos, Samira y Vadoma.

—Cuñada. —Se acercó y le dio un beso en cada mejilla—. Te ves radiante; después de todo, mi hermano te hace bastante bien.

—Lo sé, por eso lo elegí. —Le guiñó un ojo. Con el tiempo había aprendido a aceptar la forma tan particular de ser de su cuñado—. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Como la mierda, demasiado estresante, es primera vez que viajo con un pequeño ser humano al que todo le abruma... —dijo desviando la mirada hacia su hija, que seguía en los brazos de Thais.

—Pobrecita, no debió ser fácil para ella hacer un viaje tan largo. —Samira se acercó a la pequeñita y le ofreció los brazos mientras le sonreía, enseguida se fue con ella, ya que la gitana contaba con el carisma perfecto para atraer a los niños—. Sobre todo, en compañía de su papá, que suele ser tan antipático. —Gimió por el ligero peso al cargarla.

—¿Así que esta es tu hija? —comentó Vadoma, que también estaba conociendo a la pequeña —. Qué bonita, es como una muñequita... ¿Seguro que es tuya? Porque es tan linda —preguntó irónica, mientras le tomaba una mano a la niña.

—Mi señora, más allá de la prueba de ADN, le puse bastante empeño... —satirizó Liam y se acercó más a Vadoma—. Creo que ese comentario es producto de unos incontrolables celos, pero le recuerdo, que fue usted quien se casó, mandando a la mierda toda esa verborrea de que las gitanas solo se casan una vez... Yo, en cambio, sigo soltero. Fue usted la que falló en nuestra relación.

Thais sonreía al ver las bromas ente la abuela de Samira y su hijo, aún no podía creer la química sarcástica que de forma natural se dio entre ellos.

—Bah, ya quisieras tú, que yo en algún momento te volteara a ver con interés... No, tú no eres hombre para una gitana, no sabes lo que es el compromiso... ni la lealtad.

—Sé más de lealtad de lo que sabe cualquiera aquí, he sido leal a mis propios principios... Claro, usted no puede decir lo mismo, solo bastó que Hermosell le susurrara versos en caló para olvidarse de ellos. —Su tono mordaz invitaba a los demás a sonreír.

—Descarado —gruñó Vadoma—. Te faltó darle unos buenos azotes para que aprendiera a ser más respetuoso —dijo mirando a Thais— Ay, si yo te hubiese criado, hoy tendrías prótesis dental.

La sonrisa de Thais se convirtió en una risita.

—Siempre fue un chico de carácter fuerte y bien definido. —Lo defendió su madre.

—Por eso lo de sumiso no me va... Puede pedirle a su marido que le cumpla esa fantasía. —Liam atendió al llamado que su hija le hacía extendiéndole los brazos y la cargó.

—Vas a pagarlas todas, ya te veré en unos años sufriendo, por algo, Dios te mandó una hembra... —Vadoma señaló a la niña.

—No, no seré celoso, si a eso es lo que se refiere, la dejaré que folle todo lo que quiera y que sea tan feliz como lo ha sido su padre. —Se encogió de hombros en un ademán que reafirmaba la poca preocupación que le generaba el futuro.

—En unos doce años, estoy segura de que no pensarás lo mismo, ya te veré...

—Doce años. —Silbó asombrado—. Eso es mucho tiempo, no estoy muy seguro de que me pueda ver...

—Liam —reprendió Thais, considerando que estaba yendo bastante lejos con esa conversación.

—Nos veremos, aunque esté muerta, me encargaré de me veas... Te lo aseguro —sonrió victoriosa, Vadoma no se dejaba amilanar por él. Su humor podía ser tan o más afilado que el de Liam Medeiros.

En ese momento fueron interrumpidos por el llamado de Reinhard, que los invitaba a todos a pasar al comedor para iniciar la cena de Navidad.



Llenas mi vida de luz, llenas el cielo, la tierra y el mar

Una vez todos reunidos en la inmensa mesa del comedor, le fue entregado un micrófono a Reinhard para que pudiera ser escuchado con claridad por los asistentes.

—Gracias, gracias a todos por venir —inició lo que esperaba fuese un breve discurso—. Porque sé que la mayoría ya han conformado sus propias familias y se han unido a las familias de sus maridos o mujeres; lo más equitativo, sería que pudieran pasar estas fechas tan especiales con los nuevos miembros; aun así, eligen venir aquí; algunos viajar desde tan lejos, como Liam, que esta vez me dio el hermoso regalo de traer a Soo-min para que pudiera conocerla... ¿Lo pronuncié bien? —Preguntó mirando a su nieto mayor.

—Sí, lo has pronunciado perfecto, abuelo —respondió Liam con un asentimiento y una sonrisa gentil, esas que solo eran para el patriarca.

—Hay tantas personas en esta mesa, que aún no puedo creer que tengo una familia tan numerosa. Siempre estuve acostumbrado a pocos miembros, recuerdo que de niño solo éramos mis padres, mi hermanita Elizabeth y yo, ya que mis tíos y abuelos estaban en Irlanda y para ese entonces no les era posible venir o nosotros ir... Aunque no lo crean, en esa época, el dinero era el mayor problema. —Al decir eso, muchos rieron—. Lo digo en serio —reafirmó también sonriendo—. Tampoco imaginé, vivir por tanto tiempo para ver cómo poco a poco se han ido integrando nuevos miembros. En mis planes, estaba solo quedarme con esos tres hombres maravillosos, mis dos hijos y mi sobrino, que es un hijo más... Ellos siempre tan reacios al compromiso y a las relaciones serias, me hicieron creer que con ellos se extinguiría el apellido, pero Ian me devolvió la esperanza de línea de sucesión con Liam... —Todos se volvieron a mirar al hijo mayor de Reinhard y luego a Liam, ambos saludaron con la mano y todos rieron.

—Continúa, padre —pidió Ian con un ademán.

—Después, cuando ya no esperaba nada más de la vida, porque creía que con mis hijos lo tenía todo, conseguí de nuevo el amor, un amor incondicional, un amor que no conoce de tiempo. —Le sujetó la mano a Sophia a su lado. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa de pura admiración—. Esta mujer me hizo creer de nuevo en el amor verdadero y a mis cincuenta y ocho años, me dio el mayor de los regalos... Ese par de princesas hermosas. —Señaló a Hera y Helena.

—Te queremos, papi —gritó Hera con la voz rota por la emoción.

—Me sentí el hombre más feliz del planeta, pero también me sentí aterrado... Fue en ese entonces que empecé a sentir el peso de mi edad, creía que tal vez, no las vería dar sus primeros pasos, pero los vi, primero Helena y luego Hera, ambas dieron sus primeros pasos hacia mí... Ese miedo de no verlas caminar fue reemplazado por el miedo de que no tendría tiempo para verlas ir a su primer día de clases, pero ahí estuve, ellas estaban tan felices por esa nueva experiencia mientras que su madre se ahogaba en llanto por tener que dejarlas en la escuela... El miedo de la escuela fue reemplazado, por el miedo de no verlas graduarse o de no conocer al

primer novio... ¡Válgame, Dios! A cada una le conocí como veinte. —Las carcajadas estallaron y miraron a las gemelas. Él le dedicó una mirada condescendiente a Lucas—. Pero de tantos que me presentaron y de tantos a los que les confundí los nombres. Eligieron al mejor; donde muchos ven una extraña relación. —Apretó los dientes en una sonrisa entre discreta y divertida—. Yo solo veo amor, un amor que va más allá del egoísmo o los celos... Lucas, gracias por ser ese hombre por el que mis hijas se decidieron para que las llevara al altar y por el que quisieron convertirse en madres... —El discurso fue interrumpido por aplausos y esperó casi un minuto para retomar sus palabras—. Como les decía, al inicio, jamás imaginé que una familia de solo cuatro miembros terminaría siendo esta multitud... Tenemos el ejemplo de Thor, que se aseguró de que el apellido Garnett, perdure por varias generaciones —dijo paseando su mirada por cada uno de los quintillizos. Al tiempo que todos volvían a reír—. Quiero dar las gracias también a las maravillosas mujeres que han hecho de mis hijos unos mejores hombres... Gracias, Thais, por darle equilibrio a Ian; gracias, Rachell, por tu infinita paciencia y tu temple de acero, otra mujer no hubiese podido soportar la tozudez de Samuel... —Vio que Samuel negaba con el dedo—. No, se atreve a decir que no es testarudo. —Él mismo se interrumpió por la risa.

—Solo soy perseverante —alegó Samuel de muy buen ánimo.

—Papá, por favor... —Se carcajeó Elizabeth—. Eres el hombre más terco del planeta.

—Lo ratifico. —Violet alzó la mano.

—Tenemos testigos, así que no puedo estar equivocado... Sé que no lo estoy, porque te conozco mejor que tú mismo. —Cogió la copa para beber un poco de agua—. Megan, cariño —continuó—. Tú eres casi una beata, antes de morirme enviaré tu historia al Vaticano para que te tenga en cuenta para que te beatifiquen... Porque solo una, podría soportar a ese de ahí. —Señaló a Thor, que de tanto que había reído, tenía los ojos brillantes por las lágrimas—. Y no solo soportarlo a él, sino criar a cinco niños de la misma edad... ¡No sé cómo no enloqueciste!

—He estado a muy poco, varias veces —dijo Megan riendo, pero se apresuró a darle un beso a su marido que tenía al lado—. Padre, te agradezco que me hayas dejado ser la mujer de este hombre y que me hayas aceptado en tu familia, porque Thor me salvó de todas las maneras en que se puede salvar a una persona.

—Eres una gran mujer —confesó Reinhard—. Para finalizar, quiero que sepan que me siento muy orgulloso y feliz por la familia que tengo, gracias a mi maravillosa esposa, gracias a mis hijos, mis nueras, mis hijas y yerno, gracias a mis nietos y bisnietos... También extendiendo mi agradecimiento a los maridos y mujeres de mis nietos y a las familias de ellos por estar aquí esta noche. Ahora, sí daré por finalizado este discurso que en un principio iba a ser muy corto... ¡Feliz Navidad para todos! A comer, ¡buen provecho! —deseó con una gran sonrisa y todos los presentes empezaron a aplaudir, mientras que una fila de asistentes al servicio entró en el gran comedor con bandejas llenas de pavo horneado, arroz navideño, farofa... y muchos alimentos más, típicos de esas fechas.

Durante la comilona el lugar no estuvo en silencio ni por un segundo, todos hablaban con quienes tenían más cerca, por lo que había varios temas de conversación, aunque muchas veces todos coincidían en algún comentario sobre los alimentos o respondían a preguntas que se hacían. Así mismo, la cena también estuvo llena de risas.

Poco a poco, todos fueron terminando con la comida, pero ninguno se levantó de la mesa hasta que no terminó el último, y Reinhard dio permiso para que pudieran salir del comedor e ir al jardín para seguir con la celebración, hasta poco después de medianoche, cuando iniciarían con el intercambio de regalos.

Aitana, ya entrada en la adolescencia, se había desarrollado hermosa, alta y delgada, pero

favorecida con una diminuta cintura y un voluptuoso trasero, debido a su etnia afrobrasileña. Se había hecho gran amiga de Samira, pasaban mucho tiempo juntas, se iban de compras, a la peluquería, hacían planes de cine o de ir a algún café, siempre y cuando los tiempos libres de ambas coincidieran.

La jovencita admiraba tanto a la esposa de su hermano, que había optado por estudiar Medicina una vez entrara en la universidad.

Algunas veces también salía con sus primas Elizabeth, Hera o Helena, pero no era lo mismo, aunque lo pasaba muy bien, no tenía con ellas la misma confianza, quizá se debía a que la diferencia de edad era más grande.

—¿Puedo cargarla? —le preguntó a Liam, que tenía a Soo-min en el regazo. A pesar de que era casi medianoche, la pequeña no mostraba siquiera indicios de querer dormirse, comprendía que se debía al cambio de horario. Ya había pasado toda la tarde durmiendo.

—Ve a jugar, ¿quieres jugar con tu tía? —le preguntó en inglés a su niña, pues era el idioma con el que Jiyeon y él le hablaban. Ese fue el punto intermedio de comunicación, para que pudiera entenderle a ambos.

La niña tenía el pelo negro azabache y extremadamente liso a la altura del cuello y un bonito flequillo que caía sobre su frente. A pesar de sus predominantes rasgos asiáticos, también tenía marcadas ciertas características occidentales de su padre.

Soo-min asintió ante la pregunta de Liam.

—Vamos... —Aitana la cargó.

—No te vayas lejos, quédate donde las pueda ver —le advirtió Liam.

—Ay, que sobreprotector. No es como que se me vaya a perder.

—No quiero correr ese riesgo, solo quédate cerca.

—Que amargado —bufó, mirando a la niña y luego le sonrió. Soo-min correspondió a la sonrisa de su tía—. Dile adiós a tu papi —le pidió en el idioma que la pequeña entendía.

Soo-min levantó la mano para despedirse de Liam, que de inmediato le correspondió de la misma manera.

Aitana se llevó a su sobrina hasta el columpio que colgaba de la rama del gran árbol de Palo Brasil. Rápidamente se les unió Alexandra, la hija de Alexandre y Elizabeth, que con ocho años se parecía cada vez más a su padre, con el cabello rizado de un tono más cobrizo que castaño. Aunque su carácter, definitivamente era más como el de su madre; era una niña coqueta y bastante espontánea.

Mientras que Jonas, estaba más con el grupo que formaban los quintillizos, se había hecho muy amigo de Devon, a pesar de que era tres años menor que ella, se comportaba como su protector, solía defenderla de la burla de sus propios hermanos. También acostumbraban a pasar horas jugando ajedrez o videojuegos.

—Chicos, vamos... Es hora del intercambio de regalos —avisó Rachell, acercándose al grupo de escandalosos adolescentes—. ¿Dónde está Oscar? ¿Has visto a Oscar? —Le preguntó a Jason, el tercero de los quintillizos.

—Lo vi entrar a la casa hace como media hora —respondió señalando una de las puertas laterales.

—Bueno, quizá ya esté en el salón... —Aplaudió tratando de captar la atención—. Chicos, vamos dentro. —Esperó a que se pusieran en marcha; entonces ella caminó detrás del grupo de muchachos.





Y a mí tan solo se me ocurre amarte

La familia se reunió en el gran salón en medio de un ambiente festivo, con música navideña de fondo, para que no interrumpiera la actividad que estaba por llevarse a cabo.

Todos los años, era Reinhard el encargado de dar el primer regalo, pero los sorprendió al decir que esta vez quería ser el último.

—¿Y cómo harás si antes del último turno, le toca al que debe darte el regalo? —preguntó Thor.

—Saltaremos mi turno, pero quiero ser el último —dijo muy convencido.

—Está bien, entonces, ¿quién empieza? Que no sea quien va a regalarle a papá —siguió Thor.

Esperaron por más de un minuto a que alguien se decidiera a iniciar.

—Ay, seré yo... —intervino Violet en vista de que no se ponían de acuerdo. Se levantó del suelo donde estaba sentada con las piernas cruzadas. Caminó hasta el gran árbol de Navidad, decorado en tonos blanco y dorado, buscó entre la montaña de cajas y bolsas, el suyo—. A mí, me toca darle al ser humano más odioso sobre el planeta y que lamentablemente es mi primo...

—A Liam —rieron todos, adivinando.

—Liam te lo has ganado a pulso —rio Violet—. Pero no, no es Liam... Además de odioso es pretencioso y siempre se cree el alma de la fiesta... Porque desafortunadamente lo es... a donde va, siempre lleva la fiesta... —Caminó hasta el DJ de la familia—. ¡Mi regalo es para Matt! —Y como a un metro de distancia le lanzó la caja.

—Ven aquí, ven aquí... —Le pidió el chico rubio de ojos azules, casi exacta replica de su padre. Dejó sobre el reposabrazos del sofá la caja que había atajado con habilidad, se levantó y corrió para atrapar a Violet.

—¡No! ¡No! —demandó entre gritos y risas, corrió para huir, pero Matt la atrapó, sujetándola por la cintura, le dio varios besos en la mejilla.

Todos reían al ver a ese par que a su manera se adoraba.

—Te quiero, pecas.

—Yo no, yo no, me babeas... —Sus risas contradecían sus palabras—. Ve a abrir tu regalo.

—¿Es una bomba? —preguntó al tiempo que la soltaba.

—No, mi objetivo no es toda la familia, solo eres tú, es un Monster con cianuro. —Estaba tan sonrojada por las risas y el esfuerzo de escapar de los fortísimos brazos de su primo, que las pecas se habían mimetizado con el rubor.

Con una risa socarrona, Matt fue en busca de su regalo y al abrirlo, se topó con unos auriculares de un negro reluciente con su logo en dorado. Mientras se escuchaban aplausos y silbidos de todos los demás.

—Son unos Beats, diseñados especialmente para ti... —le dijo Violet con una sonrisa. No fue fácil conseguir ese regalo, le tomó meses y la ayuda de su padre contactar con las personas adecuadas para crear eso.

—Gracias, pecas... Son asombrosos...

—Podrás venderlos, pero eso no es parte de regalo, tendrás que pasarme el cuarenta por ciento de las regalías —bromeó.

—¿Y que otros los tengan? No, serán exclusivamente míos —aseguró, mientras los detallaba con la mirada brillante—. De verdad, que están putamente extraordinarios...

—Bueno, bueno... es tu turno de dar tu regalo —lo apuró Violet, aunque estaba bastante satisfecha de haber elegido un buen regalo para su primo—. O piensas tenernos hasta el intercambio del próximo año.

—Sí, sí... continuemos. —Aston estuvo de acuerdo.

Matt dejó de lado su regalo y se levantó para buscar el que daría.

—¿Dónde carajos está? —preguntó apartando varias bolsas y unas cuantas cajas. Al verlo se acuclilló para poder sacar una caja plana de considerable tamaño—. Mi regalo es para una de mis tías favoritas, no puedo decir que es la favorita, porque empiezan las peleas...

—Entonces, todas somos tus favoritas —dijo Rachell.

—Más me vale, sino quiero llevarme algunas *hostias*... como diría Samira —dijo mirando a la gitana y la aludida se echó a reír—. Mi regalo, es para... —Se paseó con su mirada celeste por todas sus tías, creando suspenso—. Thais —sonrió ampliamente y caminó hacia ella, que de inmediato extendió los brazos para recibir el regalo.

—Gracias. —Le dio un beso en la mejilla y un abrazo—. Ay, ... ¿Qué será? —se preguntó emocionada al tiempo que se sentaba y luego se puso la caja sobre el regazo, desató el lazo dorado, levantó la tapa de la caja y se consiguió con un portafolio, quitó los precintos de seguridad, y de inmediato la boca se le abrió ante la sorpresa—. ¡Me encanta! —chilló emocionada, levantando la raqueta que le había regalado. Era una de la marca Prince, personalizada y con detalles en oro.

—Espero que le des buen uso...

—Por supuesto, mañana por la tarde la usaré... Amor, con esto te daré una paliza —dijo desviando la mirada hacia Ian.

—Espero que sea en la cancha —bromeó Matt.

—¿Dónde más? —preguntó, pero enseguida cayó en la cuenta del doble sentido del comentario de su sobrino—. Bueno, si se porta mal, podré usarla en otros sitios —dijo riendo. Las risas de los demás también se hicieron escuchar—. Mi amiga secreta, es... —Dejó la raqueta sobre el portafolio de metal y caminó al árbol y buscó el sobre—, es el regalo más bonito que la vida me dio cuando pensé que ya lo tenía todo... Mi amiga secreta, es mi nenita, hermosa. —Sus ojos brillaban debido a lágrimas de emoción, mientras sonreía—. Mi pequeñita, Aitana. —Abrió los brazos para recibir el abrazo de su hija.

Aitana corrió y abrazó con fuerza la cintura de su madre.

—Gracias, mami... ¿Qué es? —preguntó recibiendo el sobre y le dio vuelta entre los dedos.

—Ábrelo y lo sabrás —la alentó con una caricia en la mejilla.

Aitana bajó la mirada al sobre y con mucho cuidado lo destapó. Se trataba de una tarjeta de invitación a su propio cumpleaños en Disneyland París, el cual se celebraría en un par de semanas. Ese había sido su sueño desde hacía mucho tiempo.

—¿Me harán la fiesta en Disneyland París? —preguntó solo para corroborar.

—Era lo que tanto querías, ¿no?

Aitana asintió con bastante entusiasmo y volvió a abrazar a Thais.

—Gracias, mami... Era lo que más quería —chilló emocionada.

—¡Tendremos fiesta en París! —Se emocionó Morgana.

—¡Sí! —Aitana se volvió, corrió hacia su prima y se abrazaron en medio de la euforia.

—Hija, es tu turno —le recordó Ian.

—Me emocioné tanto que lo olvidé —dijo Aitana con una risita y corrió a buscar el regalo.

Uno a uno, los miembros de la familia fueron recibiendo su obsequio de parte de su amigo secreto; hasta que tocó el turno a Reinhard, pero como había pedido ser el último, saltó a Samira;

pues, ya casi todos habían recibido o dado sus regalos.

Ella caminó hasta el árbol de Navidad y se detuvo junto a la caja más grande, esa que había llamado la atención de todos.

—Este es mi regalo para mi amigo secreto... —empezó con una sonrisa algo nerviosa—. No solo es mi amigo secreto, en verdad es mi mejor amigo, un hombre que es tan hermoso por fuera como por dentro... Amor, ya sabes que eres tú. —Lo invitó a que se acercara a ella, llamándolo con un ademán de la mano—. Mi amigo secreto, es mi esposo.

Renato llegó hasta ella, le acunó la cara y le dio un beso en los labios.

—Cuando me preguntabas si eras mi amiga secreta, era con toda la intención de desviar cualquier sospecha... —comentó sonriente.

Samira asintió con una gran sonrisa.

—Pero aún no sé si soy tu amiga secreta... ¿Lo soy? —curioseó con pillería.

—No te lo diré. —Le dio otro beso—. ¿Así que este es mi regalo? —se preguntó al ver la gran caja.

—Lo es... Adelante, ábrelo —le dijo y se apartó, dejándole espacio suficiente.

Renato rasgó el papel y abrió la caja con la curiosidad haciendo mella en él, pero dentro de la gran caja, solo se encontró con otra más pequeña.

—¿Esto que significa?

—Adelante, sigue abriendo. —Ella no podía controlar su sonrisa.

Renato sacó la caja y la abrió, solo para encontrarse otra caja.

—¿Esto que es? —volvió a preguntar entre emocionado y desconcertado.

—Sigue, sigue —dijeron varios de los miembros de la familia.

Instado por los demás, siguió destapando cajas, solo para encontrarse con una cada vez más pequeña; en poco tiempo en el salón había por lo menos media docena de cajas. Hasta que llegó a una más pequeña y dentro había un cofre de madera.

—¡Hasta que por fin! —Exhaló aliviado y todos rieron.

Sacó el cofre, que por dentro estaba acolchado de terciopelo rojo y en el medio había una prueba que mostraba en la pantallita dos rayitas.

Él sabía perfectamente lo que eso significaba.

Los ojos casi le saltaron de las orbitas, pero solo se le llenaron de lágrimas de la emoción, se llevó una mano a la boca para no dejar escapar un sollozo y enseguida miró a su mujer.

Samira asintió sonriente y con las lágrimas bajando por sus mejillas. Todos empezaron a aplaudir y a silbar, contagiados por la emoción de que muy pronto un nuevo miembro llegaría a la familia.

Renato dejó la caja y en el suelo, se levantó sin soltar la prueba de embarazo; enseguida abrazó a su mujer, de una manera tan eufórica que la levantó del suelo.

—¿No es broma? —preguntó mirándola a los ojos.

—No, no lo es. —Negó con la cabeza, y enseguida correspondió al beso de su marido.

—Vamos a ser padres... —Le dio otro beso—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Esta mañana, tuve que hacer todo lo posible para cambiar el regalo sin que te dieras cuentas —dijo con la voz rota por las emociones.

—No lo puedo creer, vamos a ser padres. —Pegó su frente a la de Samira.

—¿En serio no lo puedes creer? Pero si llevábamos más de seis meses intentándolo.

—Bueno, es que... pensé que... ya no.

—¿Que ya no iba a embarazarme?

—No lo sé, como no pasó en los primeros meses... —La verdad, había perdido un poco la

esperanza, porque a pesar de que llevaban seis meses intentándolo con bastante empeño. Samira había sido muy puntual con sus periodos menstruales—. Un momento, espera... pero si tuviste tu período... —hablaba confundido.

—Es normal, no fue el período como tal... fue la hemorragia de implantación, aunque te confieso que también creí que había sido la regla.

—Voy a ser padre... —Le dio otro beso a Samira y la bajó, para ser consciente de la dicha de sus familiares—. Papá, voy a ser padre... ¡voy a ser padre! —La emoción le rompió la voz. Se volvió otra vez hacia Samira y le dio otro beso—. Gracias, gracias, mi amor.

—¡Muchas felicidades, hijo! —Ian se acercó y le dio un fuerte abrazo—. Serás un gran padre, estoy seguro.

—Haré mi mejor esfuerzo, te lo prometo.

—Lo serás, sin ningún esfuerzo. Lo sé —le dijo y se volvió hacia Samira, también le dio un fuerte abrazo—. Muchas felicidades, hija... Me haces muy feliz, este regalo no es solo para Renato, sino para toda la familia.

Nadie apresuró a Renato para que siguiera con la actividad, se tomaron el tiempo necesario para felicitar a los futuros padres; incluso, Reinhard, pidió que les trajeran champán para celebrar esa gran noticia.

No fue sino hasta casi una hora después cuando retomaron el intercambio de regalos. Fue el turno de Renato, que no, él no le daba a Samira, su amigo secreto era su tío Samuel.

Le obsequió una pluma estilográfica de la marca italiana Tibaldi, en oro de dieciocho quilates. Sabía que por sus ocupaciones tenía muchos documentos que firmar. Sin duda, Samuel se mostró bastante sorprendido y agradecido por el regalo de Renato.

Ya en ese punto de la actividad del amigo secreto, la única que no había recibido regalo era Samira, por lo que no quedó dudas de que ella recibiría el regalo de Reinhard.

Apoyado en el bastón fue en busca de la caja plana que tenía su regalo.

—Mi amiga secreta, es una mujer maravillosa a la que considero una nieta más... —Desvió la mirada hacia su nieto—. Renato, gracias por traerla a la familia. No pudiste elegir a alguien mejor para que sea tu compañera de vida... —volvió a mirar a Samira—. Este es tu regalo, tuve que hacer un cambio de último momento.

—Gracias, abuelo. —Le dio un cálido abrazo y un beso en la mejilla, luego cogió la caja. No perdió tiempo en abrirla y se encontró con un bonito camisón materno. Rio y se le derramaron varias lágrimas de solo imaginarse con la prenda puesta. Empezó a sentir la ansiedad de tener su pancita—. Debo aclarar, que el abuelo era el único que sabía de mi embarazo, porque me pilló esta mañana mientras cambiaba mi regalo, le confié el por qué lo hacía. —Soltó una risita y se limpió con el dorso de la mano el hilillo de lágrimas debajo de la nariz—. Pero jamás imaginé que yo era su amiga secreta. —Se acercó y volvió a abrazarlo.

—De igual manera, Sophia tiene tu otro regalo.

La pelirroja con una genuina sonrisa, se acercó y le entregó una carpeta.

—¿Esto que es? —preguntó antes de abrir la carpeta.

—Descúbrelo —dijo con la mirada brillante por la dicha.

Samira abrió la carpeta y se encontró con las escrituras de la mansión de El Arrayán en Chile. Estaban a nombre de Renato y de ella. De inmediato la respiración se le atoró en la garganta.

—No puedo aceptar esto —dijo con la voz temblorosa.

—Sé que ahí nació la historia de su amor, acéptenlo, por favor... Porque quiero que siempre tengan presente amarse como en ese entonces... con la intensidad de la primera vez.

Renato se acercó para ver los papeles en las manos de Samira, entonces comprendió la

conmoción en ella. Ambos se acercaron a Reinhard, le dieron un gran abrazo y las gracias.





No existe un corazón que no resista, niña

A primera hora de la mañana del veintiocho de diciembre, Renato y Samira se encontraban sentados en un sofá de dos plazas, tomados de las manos, con los nervios y las emociones a flor piel, mientras esperaban a ser llamados del consultorio de la obstetra para el primer control prenatal.

—Samira Medeiros —llamó la enfermera.

—Sí. —De inmediato, tanto ella como Renato se levantaron y fueron al encuentro de la mujer que los guio al consultorio.

Samira había sido remitida ahí por recomendación de su ginecóloga, a la que había visto el veintiséis. Fueron recibidos por una mujer de poco menos de cincuenta años, llevaba con orgullo el cabello a la altura de los hombros y con las canas propia de su edad.

La sonrisa con la que los recibió le dio a Samira confianza y tranquilidad.

—Señor y señora Medeiros, bienvenidos. —De pie, detrás del escritorio, los invitó a sentarse con un ademán.

—Gracias —dijeron al unísono Renato y Samira. Caminaron y se ubicaron en las butacas, frente al escritorio blanco.

—Primero que todo, ¡muchas felicidades! —Les dijo sonriente, en cuanto se sentó.

—Muchas gracias —volvieron a responder al mismo tiempo.

—Imagino que están muy emocionados.

—Mucho —dijo Samira y asintió para reafirmar su respuesta.

Renato la miró con embeleso al rostro y luego le miró el vientre. Como si fuese posible, ahora le parecía mucho más hermosa.

—¿Cuándo te enteraste del embarazo? —preguntó la gineco-obstetra.

—El veinticuatro por la mañana, según mis cálculos, debo estar en la séptima semana.

—Muy bien —dijo rellenando la historia clínica que ya previamente la enfermera había llenado con algunos datos—. Sin embargo, para estar seguros, te haremos una prueba de orina... El objetivo principal de esta primera consulta es confirmar el embarazo y ver si tú o el bebé podrían estar en riesgo de tener algún problema de salud —le explicó, al tiempo que desviaba la mirada de la pantalla de su ordenador para mirar a los futuros padres.

Samira pudo escuchar la inspiración de Renato, por lo que rápidamente buscó su mano y se la apretó.

—Solo es algo de rutina... ¿Verdad? —preguntó Samira con la voz relajada. Más que para calmar cualquier nervio en ella, era para que la doctora le diera tranquilidad a Renato.

—Sí, totalmente.

—¿Puede explicarnos todo el proceso? —pidió Renato, que estaba un poco tenso—. Sin reservarse nada, por favor.

La mujer se aproximó un poco más, apoyando los antebrazos sobre el escritorio y miró a los ojos del marido de la paciente, con toda la intención de generarle confianza. Porque era evidente que estaba algo nervioso.

—Hoy le haremos a Samira un examen físico completo, el cual consiste en control del peso,

control de la presión sanguínea y un examen pélvico y de los pechos. ¿Te has hecho el papanicolaou? —preguntó mirando a Samira.

—Sí, hace dos años.

—Si deseas podemos hacerlo de nuevo durante el examen pélvico.

—Está bien. —Aceptó con una sonrisa, aunque mentalmente se preparaba para ese proceso tan incómodo, pero era mejor hacerlo ahora, que esperar a estar con pocos meses de haber parido

—El análisis de orina no es solamente para confirmar el embarazo, ya eso lo hizo la prueba, que es totalmente confiable. —La doctora volvió a mirar a Renato, esperando despejar las dudas del hombre, porque Samira debía manejar cierto conocimiento—. También es necesaria para detectar proteínas, azúcar y signos de infección... Además, se les hará un análisis de sangre para comprobar el tipo de sangre y el factor Rh de ambos, ya que si no son compatibles es posible que desarrolle anticuerpos que son peligrosos para el bebé. —A pesar de que hablaba con confianza, notó cierta turbación en Renato cuando explicó lo del tipo de sangre—. Pero tranquilo, esto se puede prevenir por medio de una inyección que se aplicaría aproximadamente en la semana 28 del embarazo... Todos los exámenes que se harán son para descubrir si existe algún problema y de haberlo, solucionarlo a tiempo.

—¿Hoy se hará una ecografía? ¿Podremos escuchar los latidos del bebé? —preguntó, apretando un poco más sus dedos entorno a los de Samira y se volvió a verla.

—Sí, haremos una ecografía transvaginal, pero es muy poco probable que escuchemos el latido, eso suele pasar en la octava o decima semana de gestación... de todas maneras, si contamos con suerte, se podría escuchar. —Volvió a mirar a Samira—. ¿Estás lista? —le preguntó con una gentil sonrisa.

—Sí, lo estoy. —Se le escapó un suspiro.

—Puedes pasar a la sala, sobre la camilla está la bata... Y en unos minutos estará contigo la enfermera para tomarte las muestras. —Dirigió su mirada una vez más al marido de su paciente para hacerle una pregunta a la que estaba segura ya sabía la respuesta—. ¿Quieres acompañarle?

—Por supuesto, si es posible quiero estar en todo el proceso.

—Bien, entonces pueden pasar a la sala. —Se levantó y les señaló la puerta al lado derecho.

Samira y Renato se pusieron de pie, caminaron hasta la puerta, pero la doctora se apresuró para abrirles.

—Esa puerta de ahí es la del baño. —Le señaló—. Sobre la encimera encontrarás el recolector de orina.

—Gracias —dijo Samira.

—Les dejó para que te cambies. La enfermera vendrá en unos diez minutos, será necesario que tengas la muestra lista.

Samira asintió y se volvió hacia la camilla de exploración.

—¿Estás nervioso? —preguntó Samira en cuanto estuvieron solos.

—Un poco, ¿tú no? —Extendió la mano para recibir la cartera—. Déjame ayudarte.

—También lo estoy un poco, pero todo este proceso es normal... Verás que todo está bien, me siento muy bien... Hasta ahora he tenido pocos síntomas, ligeros calambres en el vientre y algo de fatiga esta mañana.

—Le pediremos a la doctora que te recete algún medicamento para esos malestares. —Dejó sobre el mueble junto a la pared, la cartera de Samira.

Ella empezó a desvestirse y fue pasándole las prendas a Renato, que él fue doblando y las acomodó al lado de la cartera.

—Me enviará varios medicamentos... Mas que todo algún complemento vitamínico, ácido

fólico, hierro... yodo —explicó al tiempo que se ponía la bata médica.

—Me preocupa que no seamos compatibles, lo que dijo sobre el tipo de sangre.

—Somos compatibles, el riesgo existe, solo si tuviéramos factores Rh distintos, ambos somos positivo. —Se acercó y le puso las manos sobre las mejillas—. Nuestro bebé, será un niño muy sano.

—O niña.

—¿Te gustaría que fuera niña? —le preguntó sonriente y los ojos brillantes de dicha.

—Me gustaría. —También sonrió—. Pero si es niño, lo amaré igual... Bueno, realmente, ya lo amo. —Le puso la mano en el vientre.

—Lo sé. —Se acercó y le dio un beso.

—Deja que te ayude con las sandalias. —Samira se sentó en la butaca que estaba en un rincón, cerca de la camilla. Renato se acuclilló y le desató las sandalias de tacón medio, luego puso en el suelo las pantuflas para que ella se las calzara—. ¿Ya tienes ganas de orinar?

—No, pero trataré de hacerlo.

Se levantó y se fue al baño. Renato sabía que ese momento debía ser de privacidad para ella, por lo que decidió esperar fuera, mirando en derredor el lugar. Caminó de un lado a otro, tratando de ser paciente, pero no nació con esa virtud; sin embargo, intentaba controlar sus impulsos. Buscó en el bolsillo de sus pantalones, el móvil y empezó a revisarlo, tratando en vano de desviar su atención a otra cosa.

—Amor —le llamó Samira.

—Aquí estoy, ¿necesitas algo? —preguntó, acercándose raudo a la puerta.

—No puedo orinar, ¿puedes traerme una botella de agua? —Sin duda, eso le ayudaría.

—Sí, enseguida voy... No tardo nada.

—Gracias.

Él salió y fue rápido a la maquina dispensadora que estaba en la sala de espera, pagó con la tarjeta, regresó a la sala y tocó a la puerta.

Samira le abrió, recibió la botella y se tomó la mitad de un trago.

—Debí tomar más antes de la consulta.

—Pero bebiste lo suficiente, quizá no puedes por los nervios.

—Sí, es muy probable.

—Buenas, disculpen, ¿está todo bien? —Llegó la enfermera.

—Hola, sí, todo está bien, solo que no puedo orinar —explicó Samira asomándose al consultorio.

—¿Bebió agua?

—Sí, acabo de tomar más.

—Si desea puedo tomarle primero las muestras de sangre.

—Sí, perfecto.

—Bueno, pase por aquí, por favor... —Le señaló la butaca en la que anteriormente se sentó para quitarse las sandalias.

La enfermera acercó un carrito metálico con todos los utensilios para tomarle la muestra. Fue bastante rápida con la punción en la vena.

—Le haré pesaje y estatura. Pasé por aquí... súbase, por favor.

Samira subió a una báscula inteligente, que marcó su estatura en un metro setenta y nueve, mientras que su peso fue de cincuenta y tres kilos.

—Siempre he sido muy delgada, soy de tasa metabólica basal alta —comentó, al ver cierto gesto de asombro en la enfermera.

Ya para cuando la enfermera terminó con el pesaje y medidas, Samira sintió la necesidad de ir al baño. Salió pocos minutos después con el recipiente con la orina.

—Bueno, eso es todo por ahora... Enseguida la doctora estará con ustedes, hasta luego —se despidió con amabilidad.

—Muchas gracias —dijeron Samira y Renato.

Cuando la doctora llegó en compañía de otra enfermera, le pidió a Samira que subiera a la camilla y acomodara las piernas en los estribos. Renato sabía que lo mejor era sentarse en la butaca, pero no iba a estar tranquilo, por lo que se quedó de pie junto a Samira y le sujetó una mano.

—Vamos a hacer la ecografía transvaginal, para ver cómo están de manera general, los ovarios, el cuello uterino, el útero —hablaba mientras cubría con el condón la cánula para luego aplicarle un gel lubricante.

Renato se preocupó porque no sabía si eso le haría daño al bebé, pero se obligó a recordarse que la gineco obstetra sabía lo que hacía; así que era mejor confiar.

—Samira, respira profundo —le indicó la doctora—, y relaja las piernas.

Ella asintió e inhaló fuertemente.

Renato sabía que eso le dolía o le incomodaba, porque le apretó la mano con más fuerza y frunció el ceño; entonces él se dedicó con la mano libre a acariciarle los cabellos y a darle besos en la frente.

—¿Estás bien? —susurró su pregunta, mirándole a los ojos. No podía evitar sentir un nudo de angustia apretándole la garganta.

—Sí... —inhaló—. Sí, solo es algo incómodo.

—Pasará rápido —dijo la doctora, que se tomaba el tiempo para explicarle algunas cosas—. Estoy buscando dónde está implantado tu bebé... Aquí está, tenemos buenas noticias, está muy a gusto en el útero... —El tono de su voz reflejaba tranquilidad.

—¿Se ve normal? —preguntó Samira, levantando un poco la cabeza para mirar a la doctora, pero era imposible porque la bata no se lo permitía.

—Sí, todo está muy bien por aquí.

—Está bien —repitió Renato con una sonrisa y le besó la frente a Samira.

—Se ve el embrión... Samira, estás de casi ocho semanas... ¿Quieren verlo? También podemos hacer el intento para ver si le escuchamos.

Samira y Renato compartieron una mirada y una sonrisa; luego asintieron.

—Sí, queremos —dijo Samira, mientras que las emociones le tenían un remolino de lágrimas en la garganta.

La doctora movió la pantalla para que ellos pudieran verla y procedió a explicarles.

—Lo que vemos aquí es el saco gestacional... y esta manchita blanca es el embrión, es su bebé. —Movía la flecha señalando en la pantalla—. Este movimiento en el centro es la frecuencia cardíaca fetal, voy a hacer la medida del embrión que está prácticamente de ocho semanas... Está cerca de dieciséis milímetros...

A Samira se le escapó un chillido de emoción y se llevó una mano a la boca. Mientras que Renato no podía apartar la mirada de la pantalla, sabía que esa manchita en medio de la mancha oscura era su hijo o hija. Era tan pequeño, tan vulnerable, pero con unos latidos bastante acelerados.

A pesar de que estaba disfrutando como nada ese momento, le ganaba la ansiedad de querer tenerlo ya en sus brazos. Se acercó y le besó la frente a Samira, luego la punta de la nariz y ella se quitó la mano de la boca para poder recibir ese beso que él tanto deseaba darle.

—Es nuestro bebé... —susurró ella y se mordió el labio para no echarse a llorar.

—Lo es, lo es. —Asintió y le dio otro beso, que fue interrumpido por una pequeña carcajada de la más genuina felicidad.

La gineco obstetra, siguió explicándole todos los detalles de lo que se observaba en la ecografía. Y cuando terminó, volvió a dejarlos a solas para que Samira se cambiara.

De regreso en el consultorio, les dio unas carpetas que contenía la ecografía, los récipes e indicaciones de los medicamentos que debía empezar a tomar, también le prohibió algunos alimentos, sobre todo las carnes o pescado crudo.

Samira prometió seguir al pie de la letra todas las indicaciones, aunque sabía que no iba a ser fácil dejar el café, pero por su hijo estaba más que dispuesta a soportar la abstinencia.

Se programó la próxima consulta para dentro de cuatro semanas; aunque tendrían el número de la doctora, para que pudieran comunicarse con ella ante cualquier duda o eventualidad.

Las siguientes semanas, Samira tuvo que organizar sus horarios, así que dispuso las cirugías para después de las diez de la mañana y no haría guardias de más de doce horas.

Se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, se tomaba sus vitaminas y salía en compañía de Renato a caminar por el bosque tropical que formaba parte de la propiedad; ya que, por recomendación médica, debía evitar los ejercicios de fuerza, por unos más moderados, como caminatas o yoga.

Cuando regresaban, desayunaban en compañía de Reinhard y Sophia, que estaban más que contentos con el estado de Samira.

—¿Cuándo les dirán el sexo del bebé? —preguntó Sophia.

—En la consulta de la próxima semana —respondió Renato.

—Estamos muy ansiosos —comentó Samira.

—¿Quieren hacer celebración de revelación de sexo? —intervino Reinhard.

—No —respondió Samira, mientras untaba una tostada con mermelada de mango.

—Ya luego le informaremos a todos si será niño o niña —prosiguió Renato.

Reinhard y Sophia, respetaron esa decisión; después de todo, sabían que a Renato poco le gustaban ese tipo de eventos, él era bastante reservado con su vida personal.

—¿Y ya han pensado en nombres? —curioseó Sophia.

—Tenemos algunos, pero todavía no decidimos. —Samira y Renato se miraron, tenían algunos pensados, pero hasta ahora, nada seguro.

En la semana dieciséis, se reveló en la ecografía que tendrían una niña. La emoción de Renato fue tan evidente que la expresó a través del llanto y docenas de besos a Samira. Por la noche, después de hacer el amor, Samira volvió a sorprender a su marido, al decirle que le gustaría que su hija se llamara Renata.

Al principio, él se negó, pensaba que podrían encontrar un nombre más bonito, más juvenil o femenino. Pero Samira lo convenció, al decirle que le gustaba mucho Renata, porque consideraba que era un nombre fuerte, con carácter y elegante.

La forma de aceptación de él fue darle un beso tan apasionado que volvió a encender la hoguera de la excitación, que los llevó a entregarse una vez más.

Todos los días vivían nuevas experiencias, tanto desagradables por los malestares propios del embarazo, como los extraordinarios de ver cómo poco a poco le crecía la panza o los movimientos de Renata que cada vez eran más evidentes y seguidos.



Pero si lloras, quiero que mis ojos sigan cada lágrima tuya

Una vez más, la mansión Garnett, ese día había recibido a varios miembros de la familia que habían viajado desde Nueva York; ya que, al día siguiente se celebraría el cumpleaños de Reinhard.

Aprovecharían que el pronóstico del tiempo, durante los próximos días, era favorable para hacer un almuerzo en el jardín a la sombra de frondosos árboles.

Sophia no hacía más que estar al pendiente de los preparativos; ella eligió el menú, la banda musical, la mantelería, la vajilla y los arreglos florales. Por lo que, durante la cena, se hablaba de eso.

A Samira le llenaba de felicidad, ver lo bien que a Reinhard le hacía tener a casi todos sus seres queridos en casa, la dicha que irradiaba era inigualable. Si bien, algunos fines de semana era visitado por Hera y Helena, también Elizabeth solía venir muy a menudo o Ian, que pasaba por lo menos dos veces por semana; al patriarca le hacía mella no contar con la misma frecuencia por parte de Thor y Samuel, pero él comprendía que ambos tenían trabajos lo bastante exigentes, como para sumar a sus exhaustivas rutinas, tantas horas de vuelo.

Samira picaba en pequeños trozos su churrasco bien asado, ya que no podía comer nada crudo o a término medio. Razón por la que había sufrido demasiado, porque sus mayores antojos habían sido de sushi.

Y qué decir del café, incluso, soñaba que lo tomaba. Aunque durante todo el embarazo, se bebió tres late con mucho hielo. Intentó, erradicar la cafeína, pero no era algo que pudiera hacer de manera definitiva; así que, en esas oportunidades recurrió a la dosis más baja posible, porque para ella el café descafeinado no era café.

No quería parecer maleducada y levantarse a mitad de la cena, mientras todos seguían el tema de conversación, pero era que su vida se había reducido a orinar y no poder dormir.

—Necesito ir al baño. —Con disimulo se acercó a su marido.

—Te llevo —respondió, al tiempo que se quitaba la servilleta del regazo.

—No, no hace falta, sigue comiendo.

—¿Segura?

—Sí, cariño —le dijo con una dócil sonrisa—. Disculpen —dijo mientras se levantaba—. Problemas de mujer embarazada. —Sonrió algo avergonzada.

—No te preocupes, entendemos... Ya las últimas semanas, casi que nos toca mudarnos al baño —dijo Rachell.

—Estoy pensando seriamente en esa solución. —Sonrió y vio Renato atento a sus movimientos.

La verdad, no imaginó que la panza le crecería tanto, ni mucho menos que la sentiría tan pesada. Trató de darse prisa, porque en cuanto se levantó, sintió que se le salió un poco de orina. Lo más sensato, era ir a uno de los baños de la planta baja, pero se sentía bastante mojada, y estar

así era muy incómodo, por lo que decidió ir a su habitación para poder cambiarse las bragas.

Desde hacía tres semanas se tomó la licencia de maternidad preparto; en realidad, hubiese preferido que fueran dos, pero desde que cumplió la semana veintiocho, hacer cirugías de más de tres horas, le pasaba una terrible factura, la hinchazón en las piernas y el dolor en la zona lumbar, la obligaron a solo tomar casos de cirugías simples que no pasaran de hora y media.

Vivir la experiencia del embarazo no era para nada agradable; sí, tenía sus momentos mágicos y tiernos, pero sumaban más las dolencias y molestias. Llevaba semanas sin poder dormir bien, a pesar de que hacía ejercicios, se cuidaba con la alimentación e iba con Renato a las clases prenatales; para hacer todo más fácil, lo cierto es que todo el tiempo estaba agotada y adolorida.

—Renata... Me estás consumiendo —dijo acariciándose la panza, mientras subía las escaleras—. Mami te ama, pero no me lo pones fácil, ya quiero que nazcas... —susurraba sus ansias, tenía fecha de parto para el martes de la próxima semana y sentía que los días se le hacían eternos.

Exhaló cuando por fin subió el último escalón y se tomó varios segundos para recuperar un poco el aliento.

—Mierda —masculló al sentir la presión en la vejiga y cómo otro poquito de orina se le salía. No podía demorarse más o terminaría orinándose en el pasillo.

Cuando llegó a su habitación, se fue directa al baño y se sentó en el inodoro.

«Será mejor si me quedé aquí... Es más, el tiempo que tardaré en llegar al comedor, en que me den ganas de orinar otra vez»

Pensó mientras sentía el alivio de poder vaciar la vejiga, se bajó las bragas y con la ayuda de los pies, terminó de quitárselas. Al terminar se limpió con varias toallas húmedas y se fue al vestidor a por unas bragas limpias, tuvo que ir con ellas hasta la cama para sentarse y así poder ponérsela.

Se quedó con las bragas a la altura de las rodillas, se sentía inútil y unas terribles ganas de llorar la atacaron. Incluso ella misma se desconocía, no sabía por qué las emociones la dominaban y ya no solo conseguía ver el lado positivo de las cosas, era pura frustración. Se cubrió la cara con las manos y se permitió llorar un poco.

—Amor... cariño, ¿qué sucede? ¿No te sientes bien? —la voz de Renato, en vez de consolarla, solo hizo que su llanto se hiciera más intenso.

—Estoy bien... estoy bien, solo que... —hipaba y sintió que las manos de su marido tomaban las de ella para descubrirle el rostro.

Lo vio de rodillas frente a ella.

—¿Qué sucede?

—Estoy cansada... Siento que solo existo para orinar... Me duele la zona lumbar, lo siento... pensé que esto sería más fácil —gimoteaba—. Lo siento.

—No te disculpes, sé que este proceso no ha sido nada fácil, le estás dando vida a otro ser y eso debe ser lo más extenuante del mundo... ¿Quieres descansar? No tienes que volver a la cena, si aún tienes hambre puedo pedir que te suban algo... ¿Qué te provoca? —le preguntó y le dio un beso en la panza.

—Quiero terminar de ponerme las bragas... —Soltó una risita teñida de llanto—, y sí, me gustaría descansar, pero me avergüenza dejar a todos en el comedor, no me despedí...

—No te preocupes —le sonrió enternecido—, ellos comprenden perfectamente que estás agotada. Déjame ayudarte con las bragas, así sabrás que no solo puedo quitártelas. —Empezó a subirle la prenda, ella se levantó y chilló frustrada cuando otro poco de orina le salió.

—No tiene caso que las pongas, se me ha salido más pis...

—Vale, no pasa nada... ¿Te parece si nos metemos un rato en la bañera? Creo que te vendría bien el chorro de agua caliente en la zona lumbar.

—Sí, creo que justo eso es lo que necesito... y fresas, quiero fresas, muchas. Estoy siendo demasiado exigente, ¿cierto? —bufó, porque ya ni ella se toleraba.

—No eres tú, es Renata —dijo sonriente y le acarició la panza—. Es una niña muy exigente, pero su papá empeñará su existencia en complacer cada uno de sus caprichos.

—Por eso me hace la vida imposible, porque sabe que su padre la secunda en todas sus travesuras.

—Enseguida regreso, siéntate...

—Mojaré el colchón.

—No importa, no será la primera vez que se moje con ciertos fluidos, ya sabemos cómo lidiar con eso. —Le dio un beso en los labios.

—Te amo, payo, eres el mejor. Gracias por todo lo que haces por mí.

—¿Qué no haría por ti, mi gitana? ¿Qué no haría? —Esta vez le besó la mejilla.

Renato fue primero al comedor, para anunciarle a su familia que Samira necesitaba descansar y que él estaría con ella. Cómo esperaba, todos comprendieron. Pues, muchas de las ahí presente, habían pasado por ese proceso y bien sabían cuán difíciles eran las últimas semanas.

Luego fue a la cocina y con la ayuda de una de las señoras asistentes al servicio, puso en un recipiente de cristal, por lo menos, veinte fresas.

De regreso en la habitación, puso a llenar la bañera con agua tibia, mientras ayudaba a que Samira se desvistiera, con mucho cuidado y apoyada en él, entró en la bañera.

Él también se desnudó y se ubicó detrás de ella, dejó en la mesa auxiliar el recipiente con las fresas y se hizo de la regadera de mano para mojarle la espalda a su mujer. De vez en cuando y desde el tablero de la bañera activaba los propulsores de agua, pero también, activaba el desagüe para que el agua no se desbordara.

—¿Un poco más relajada? —le preguntó mientras le acariciaba la espalda.

—Sí, mucho mejor. —Ya se había devorado unas diez fresas.

—Ya falta poco, una semana y tendremos a Renata en nuestros brazos... Me muero por conocerla. —Le besó el hombro.

—Sí... —sonrió risueña y se acarició la panza—. Deseo tanto el momento en que pueda olerla, besarla. —Desde el momento en que expulsó el tapón mucoso, la semana pasada, supo que ahora sí, había empezado la cuenta regresiva para por fin darle la bienvenida al mundo a su niña.

Unos cuarenta minutos después, estaban en la cama, Samira acostada sobre su lado izquierdo, a pesar de que se moría de sueño, cierta incomodidad no la dejaba dormir. Renato, le frotaba la panza, que todavía estaba suave por la crema que él mismo le había masajeado por todo el cuerpo, esa era la única solución a la picazón que siempre sentía.

Por seguridad para Samira, dejaban encendida la luz de uno de los veladores, así, cuando ella tuviera que ir al baño no lo hiciera a oscuras y evitar algún accidente.

A ella el agotamiento terminó vencéndola y él se quedó mirándola por mucho tiempo, resguardando cada una de sus inhalaciones y exhalaciones. Amándola cada día un poco más, con todos sus cambios tanto físicos como emocionales.

Para él, las palabras orgullo y admiración, llevaban el nombre de Samira. De los dos, ella siempre había sido la más fuerte, la más valiente, la más arriesgada. Se las jugaba a por todas y sin miedo, pero ahora que llevaba en su vientre a la hija de ambos, no hacía más que idolatrarla.

Sus labios latían de deseo por besarle la panza, pero a ella le había costado mucho dormirse y

desde hacía semanas que dormía muy poco; así que era mejor reprimir ese deseo y atreverse tan solo a respirar.

—Amor, Renato...

Él abrió los ojos al escuchar que Samira le llamaba, su sueño se había vuelto bastante ligero, para poder estar atento a las necesidades de ella. Estaba seguro de que no había dormido ni dos horas.

—¿Quieres ir al baño? —le preguntó, porque era para lo que comúnmente le despertaba.

—Por favor —susurró, y se podía sentir en su tono que le apenaba tener que despertarlo.

—Sí, por supuesto... Vamos. —Se levantó y bordeó la cama, le ofreció las manos para ayudarlo en poner en pie, pero casi se lo llevó con ella; entonces ambos rompieron en risas—. Una vez más —dijo él entre risas y esta vez sí pudo.

—La bebé está haciendo mucha presión en mi vejiga —comentó, porque se sentía mojada y estaba segura de que se le había salido más orina mientras dormía.

—Es normal, la doctora dijo que eso pasaría una vez la bebé se encajara en la pelvis.

—Sí, me tranquiliza que ya esté encajada, además, puedo respirar mejor... prefiero estar mojada todo el tiempo a que me cueste respirar. Esta niña será una jirafa.

—La madre es una jirafa, ¿qué esperabas? —le sonrió Renato, escoltándola al baño.

Frente al inodoro le ayudó a bajar las bragas y luego le sirvió de apoyo para que se sentara.

Samira le ofreció sus manos, él las tomó y se las apretó en un gesto confortante, entonces ella se echó un poco hacia adelante y apoyó la cabeza en el abdomen de su marido, cerró los ojos e inspiró hondamente.

Fue en ese momento que cayó en la cuenta de que tal vez lo que estaba saliendo no era orina sino líquido amniótico porque no era normal que no pudiera controlar, contener o detener la fuga de la vagina.

—Amor. —Apartó la cabeza del abdomen para poder mirarlo a la cara.

—¿Terminaste? —preguntó con una cálida sonrisa y los párpados hinchados, como evidentes huellas del sueño.

—Creo que no es orina, bueno... en parte sí es orina, pero no es solo orina. —Sabía que no era razón para alterarse y a pesar de que trataba de mostrarse tranquila, sintió cómo el corazón se le instaló con latidos desahogados en la garganta—. Es muy probable que sea líquido amniótico...

—¿Estás segura? Porque todavía falta una semana, ¿no? ¿Has roto aguas? —Apretó un poco más las manos de Samira, y empezó a sentir una gran presión en el pecho. Era una mezcla de emoción y miedo.

—Puedes traer mi teléfono, prefiero llamar a la doctora y salir de dudas —pidió ella, al tiempo que le soltó las manos a Renato y en un acto reflejo se las puso sobre la panza.

—¿Pero sientes dolor? ¿Has sentido alguna contracción? —preguntó él, tratando de contener los nervios. Se había preparado mentalmente para el nacimiento de Renata la próxima semana y no antes.

—No, no siento dolor, pero pueden pasar horas hasta que empiecen las contracciones...

—¿Pero es mucho lo que estás expulsando? ¿No será flujo? —Los nervios lo llevaban a hacer esas preguntas que quizá eran demasiado estúpidas, porque era evidente que Samira tenía más conocimientos de lo que estaba pasando con su cuerpo de lo que alguna vez pudiera estarlo él.

—No, no es mucho; sí, puede ser flujo, pero también puede ser que se ha fisurado la bolsa —explicó ella y sabía que el miedo debía reflejarse en sus ojos.

—Está bien, ya te traigo el teléfono. Es mejor estar seguros, para saber si tenemos que irnos al hospital... pero trata de estar calmada, sí... —Puso sus manos sobre las mejillas, le besó la

mollera y luego la frente—. Todo va a estar bien, respira... Inhala y exhala —le pidió haciendo él el ejercicio.

—Estoy tranquila... —Sonrió, al percibir que él estaba más nervioso que ella.

Renato corrió a la habitación y se hizo del móvil de Samira que estaba sobre la mesa de noche. En pocas zancadas estaba de vuelta en el baño.

—Aquí tienes... —dijo ofreciéndole el aparato—. Pero si quieres le llamo yo...

—Puedo hacerlo —aseguró Samira, recibiendo su móvil. Miró en la pantalla antes de marcar, eran las dos y diez de la madrugada. Que pena tener que molestar a la doctora a esa hora.

—¿Estás cómoda ahí? ¿No prefieres sentarte en la cama o en la butaca? —propuso Renato, que se sentía impaciente.

—Sí, mejor voy a la butaca. —Samira sentía las piernas algo adormecidas—. Voy a quedarme sin bragas.

—Te ayudo. —Renato de inmediato se acuclilló y se las quitó, luego se levantó, las dejó sobre el lavabo y le ofreció la mano para ayudarla a levantar.

Ya sentada en la butaca, Samira le marcó a la gineco-obstetra, al tercer repique le atendió.

—Hola, buenas noches, doctora. Disculpe que la moleste a esta hora —saludó Samira, mientras se acariciaba la panza, que sentía un poco más dura de lo normal.

—Hola, Samira... No, no te disculpes, ¿estás bien? ¿Alguna novedad?

—Estoy bien, solo que estoy expulsando líquido, no estoy segura si es orina o si puede ser líquido amniótico...

—¿Es mucho o es como un goteo?

—No es mucho, pero sí un poco más que un goteo, me baja sobre todo cuando me levanto...

—Puede ser que la bolsa se ha fisurado, pero para estar seguras puedes comprar una prueba reactiva... La puedes pedir en cualquier farmacia... ¿Has sentido contracciones?

—No, el único dolor que tengo es el mismo de ovarios, el que empezó desde que expulsé el tapón mucoso.

—Eso es buena señal, pide la prueba reactiva, una vez tengas el resultado me llamas de nuevo...

—Gracias doctora, enseguida la pido...

—Samira, todo estará bien, no te preocupes ni estés nerviosa, recuerda hacer los ejercicios de respiración.

—Sí, doctora, lo haré. Muchas gracias. —Terminó la llamada y miró a Renato que estaba sentado al borde del colchón—. Tenemos que comprar una prueba reactiva, para estar seguros si es líquido amniótico.

—Enseguida la pido... —Agarró su móvil y entró en la aplicación de la farmacia. No tardó más de un minuto en hacer la compra.

Luego, dejó el teléfono y se arrodilló frente a Samira, empezó a acariciarle los muslos. Si estaba de parto, ya no tendría sentido la consulta del lunes en la que le harían monitoreo y la prueba de la preanestesia.

—Renata, parece que te vas a adelantar... —Se acercó para hablarle a la panza—. No seas impaciente... ¿A poco no estás a gusto ahí dentro? Con lo cálido que es el cuerpo de mamá.

—Es que ya quiere estar en los brazos del papá, ya pasó mucho tiempo con mamá —dijo Samira, risueña.

—Dormirá en el calor de mi pecho... ¿Sí, quieres dormir en el pecho de papá? —Le dio un beso.

—Pero el pecho de papá es mío.

—Hay espacio para las dos —dijo sonriente. Tenía el corazón cargado de tanta felicidad. Esta experiencia era única—. Voy a avisar a Valerio para que informe a los de seguridad en la entrada que traerán la prueba. —Se levantó y salió de la habitación, para llamar al teléfono del circuito interno de seguridad.

Cinco minutos después, llamaron a la puerta de la habitación. Fue el mismo Valerio, quien fue a llevarle la prueba.

—Aquí tiene, ¿todo bien? ¿Necesita que mande a preparar el vehículo? —le preguntó a Renato.

—Gracias Valerio, por ahora todo está bien; aunque es posible que Renata se esté adelantando una semana. Si necesito el vehículo te aviso.

—Estaré atento —dijo con una ligera sonrisa que parecía extraña en ese rostro que la mayor parte del tiempo era pétreo.

Renato asintió y una vez que Valerio se alejó, cerró la puerta y fue con Samira.

—¿Cómo se usa esto? —se preguntó, al tiempo que sacaba la caja de la bolsa—. Es como un protector diario —dijo al entregársela a Samira—. Te buscaré unas bragas, porque creo que vas a necesitarlas.

Samira leyó las indicaciones y pegó el salva-slip en la ropa interior, se la puso y no tenía que hacer nada más que esperar. Lo más sensato sería intentar dormir un poco para estar descansada, pero habían tantas cosas dando vuelta en su cabeza, que iba a ser imposible.

Volvió a acostarse y Renato lo hizo a su lado, ninguno de los dos iba a conciliar el sueño; al menos, no hasta que tuvieran el resultado de la prueba. Así que, decidieron encender el televisor y ver un capítulo de la serie que llevaban poco más de la mitad.

Tras dos capítulos y medio, Samira sintió que le bajaba más líquido, pero además también sintió ganas de orinar de nuevo, por lo que le informó a Renato.

Él pausó el capítulo y la acompañó al baño; al revisar el salva-slip, se había teñido de azul, lo que daba reacción positiva para líquido amniótico. Ya no había dudas, la bolsa se había fisurado y solo era cuestión de horas para que Samira empezara a sentir contracciones.

Se comunicaron una vez más con la doctora, quien les dijo que se verían a las nueve de la mañana en el hospital; que era probable que empezara a sentir contracciones, pero de no tenerlas a la hora en que se vieran en el hospital y depende de cómo estuviera tras la revisión, podrían inducirle el parto. También les recordó, que, tras la fisura de la bolsa, contaban con un período de unas doce horas, antes de que fuera peligroso para la bebé, para que no se preocuparan.

Le recomendó a Samira que durmiera un poco y que se levantara a desayunar. Que comiera algo de proteína y fruta, preferiblemente que fuese sandía o melón, para que tuviera fuerzas.

—Sé que no podré dormir, estoy muy ansiosa —le dijo a Renato, una vez que terminó la comunicación con la gineco obstetra—. No puedo creer que esté pasando esto, no sé, me siento como si no fuera yo... —Soltó una risita nerviosa.

—Claro que eres tú, solo que ya falta poco para que te conviertas en mamá. —Renato la abrazó y le dio un beso en la frente—. Ven, recuéstate en mi pecho.

—Renata, va a arruinar el cumpleaños del abuelo... —gimió Samira al tiempo que se acomodaba de medio lado y puso la cabeza en el pecho de su marido, quien empezó a acariciarle el pelo.

—No había pensado en eso. —Renato sonrió—. Pero estoy seguro de que a Reinhard Garnett le encantará que su bisnieta nazca el día de su cumpleaños.

—Eso espero —suspiró, se sentía agotada pero también muy ansiosa—. Lo importante es que lleven a cabo la celebración, porque Sophia se ha esforzado mucho con los preparativos.

—Ella está más deseosa que nosotros por el nacimiento de Renata; no creo que le importe mucho los preparativos.

Tras un rato de silencio, el agotamiento emocional y físico hizo mella en ambos y se quedaron dormidos; aunque no por más de dos horas.



Y hasta que la pierda de vista

Fue Samira la que despertó primero, y trató de no moverse mucho para no despertar a Renato, pero su sentido de alerta estaba bastante sensible, por lo que al mínimo cambio de respiración en ella, él terminaba despertando.

—¿Sientes contracciones? —preguntó, bastante adormilado.

—No, aún no —respondió ella, miró el reloj en el asistente digital que estaba sobre la mesita de noche—. Pero casi son las seis de la mañana, me gustaría ducharme antes de ir al hospital.

—Sí, vamos.

—Puedo ducharme sola, será mejor si bajas y le dices a Gloria que nos prepare el desayuno.

—Está bien.

Entraron juntos al baño, Samira entró a la ducha, mientras que Renato se cepilló los dientes y se lavó la cara. Luego, bajó en pijama a la cocina, donde se encontró a tres de las mujeres asistentes al servicio. A pesar de que había mucha gente en casa, parecía solitaria, a esa hora, todavía todos dormían.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, joven Renato, ¿cómo amanece?

A pesar de que ya estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, aún le llamaban «joven» pero era más una cuestión de costumbre.

—Bien... bueno, en realidad he dormido poco, porque a Samira se le ha fisurado la bolsa, en un rato nos vamos al hospital, pero debe desayunar antes...

—Se adelantó Renata —intervino Gloria con una gran sonrisa—. Será un gran regalo de cumpleaños para su bisabuelo.

—Sí, ella está preocupada, porque dice que va a arruinarle la celebración.

—Nada de eso, el señor Reinhard estará muy feliz... Le llenará de orgullo que su bisnieta cumpla años el mismo día que él.

—Eso le he dicho. —Renato sonrió ligeramente—. Gloria, puedes prepararnos unos huevos revueltos y un poco de fruta picada, solo melón y sandía, por favor.

—Por supuesto, joven. ¿Desea que se le suba a la habitación o se le sirve en la terraza?

—En la terraza.

—Enseguida se lo preparo... ¿Samira está bien? ¿Ya tiene contracciones? —No podía no hacer esas preguntas, porque le preocupaba la joven.

—Sí, un poco entre nerviosa y ansiosa; aún no siente contracciones.

—Bueno, debe tener un poco de paciencia... Y, joven, no esté nervioso, es un proceso natural en toda mujer. Confíe en la doctora.

—Gracias, Gloria. —De verdad que le tranquilizaba un poco ese consejo.

Cuando Renato regresó a la habitación, ya Samira había salido de la ducha y estaba en el vestidor. Desde hacía un par de semanas que tenía lista la maleta de la bebé y la suya, también había elegido con qué ropa se iría al hospital, era un vestido marrón de tela ligera a la altura de las rodillas.

Tuvo que ponerse unos de los pañales del post parto, para evitar mojar el asiento del coche.

Renato quería ducharse, pero prefirió no hacerlo, solo se cambió el pijama por unos vaqueros oscuros y se puso una camisa celeste.

Samira pensó que no podría pasar bocado, pero en cuanto vio la comida, se le despertó un apetito voraz.

—Buenos días, ¡vaya!... ustedes sí que despiertan temprano —dijo Thor que llegaba a la terraza en compañía de Samuel.

Ellos salieron bastante temprano a correr. Vieja costumbre que seguían manteniendo a pesar de los años, aun con sus ocupaciones, todavía se iban a correr todos los fines de semana al Central Park.

—¿Podemos? —preguntó Samuel, señalando una silla para sentarse.

—Sí, claro —lo invitó Renato con un ademán.

—He roto aguas, estoy desayunando para irnos al hospital —dijo Samira con gran naturalidad y se comió un trozo de sandía.

—Y lo dices así tan tranquila... —intervino Thor alterado, que se puso de los nervios de inmediato—. Eso quiere decir que ya estás de parto. —Apretó con fuerza los reposabrazos de la silla como señal de mucha tensión.

—Aún no tiene contracciones —explicó Renato, que, a diferencia de Samira, tenía en su desayuno una tortilla de tapioca.

—Yo, ya estuviera de camino al hospital... —comentó Samuel—. Recuerdo que con Violet, nos regresaron un par de veces, porque aún no era tiempo, pero en esos momentos, tenía los nervios muy alterados, sobre todo, después de que Oscar naciera por cesárea, porque el muy altanero no se le dio la gana de acomodarse.

—Si tuviera contracciones, seguramente estaría de camino al hospital, por ahora solo sigo las indicaciones de la doctora —alegó Samira.

—Bueno, como mujeres, entienden más lo que pasa en sus cuerpos, nosotros que no entendemos una mierda, caemos en pánico —dijo Thor—. Te felicito, Renatinho, porque tienes la situación controlada.

—Trato —sonrió Renato—. Pero no sé por cuánto tiempo pueda mantener la calma.

—Mejor que estés calmado, amor... Porque si te alteras, automáticamente me asustaré también —le confesó Samira, al tiempo que le ponía una mano en el muslo.

En ese momento llegó una de las mujeres asistentes al servicio para ofrecerle comida a Samuel y Thor, pero ambos pidieron un batido de proteína.

—Renatinho, ¿ya le dijiste a papá? —preguntó Thor.

—No, hasta ahora, solo lo saben en la cocina y ustedes...

—¿Cómo que no le has dicho? Se va a enfurecer.

—No voy a despertarlo... —Mientras hablaba, vio a Rachell asomarse en la terraza.

—Será mejor que lo hagas, antes de que se vayan al hospital... —comentó Samuel, pero dio un ligero respingo cuando Rachell le posó las manos en los hombros.

—Buenos días, ¿quién se va al hospital? —preguntó y le dio un beso en la mejilla a su marido.

—Samira ha rotó aguas, aún no tiene contracciones, pero termina de comer y se van al hospital —comunicó Samuel.

—¡En serio! —dijo emocionada—. Entonces, Renata nacerá hoy.

—Eso espero —contestó Samira.

—Muchas felicidades, admiró lo tranquila que estás.

—Mientras no sienta dolor, creo que estaré tranquila... Bueno —Soltó un gemido, mientras se apoyaba en el reposabrazos, buscando impulso para ponerse de pie—, voy a cepillarme los dientes, para que nos vamos.

—Vamos —dijo Renato, poniéndose de pie para ir con ella.

—Nosotros los llevamos —se ofreció Thor—. Los esperamos en el salón.

—Gracias, tío. —Renato sonrió.

En la habitación después de que ambos se cepillaron los dientes, Renato fue a por las maletas, la de Samira y la de la bebé.

Lo que no esperaron era que al llegar al salón se encontraran con varios miembros de la familia, entre ellos Reinhard Garnett, aún en pijama.

—Me gustaría poder acompañarlo, pero ya todos me han dicho que solo voy a ir estorbar —comentó Reinhard, acercándose a Samira, la sujetó por los hombros y le dio un beso en cada mejilla—. Todo saldrá bien, sin duda, me darás el mejor regalo de cumpleaños.

—Ya ve, Renata quiere opacar su celebración... —dijo Samira con una sutil sonrisa.

—No, ella nos está dando otro motivo para celebrar. —Desvió su mirada hacia Renato—. Mantenme informado.

—Lo haré.

—Avísales a tus padres... —Miró a Samira—. Y a tu abuela.

—Sí, ahora de camino al hospital les llamó —dijo Renato.

Recibieron los buenos deseos de todos y se despidieron muy agradecidos.

Thor y Samuel subieron a la SUV, el rubio conduciría, mientras que el otro iría de copiloto. Renato y Samira ocuparon el asiento de atrás. Y otra SUV con guardaespaldas los escoltaría.

Durante el trayecto, Renato se comunicó con sus padres, quienes le dijeron que de inmediato saldrían rumbo a la casa del abuelo en el helicóptero y de ahí partirían al hospital.

Solo tuvieron que adelantar su viaje unas pocas horas, pues ya estaba prevista su presencia para celebrar el cumpleaños de Reinhard. Por su parte, Vadoma trataría de cambiar el boleto que ya tenía comprado para la próxima semana, sino le adelantaban la fecha se compraría otro, con tal de poder viajar lo antes posible. Ella quería estar al lado de su estrella cuando diera a luz.

Sabía que eso no iba a ser posible; sin embargo, estaría a su lado en los primeros días para ayudarle con Renata.

Le pidió a Renato que le pusiera a Samira.

—Estoy bien, abuela... No, aún no tengo contracciones... —Soltó una risita—. Estoy calmada, sí... sé que va a ser preciosa y fuerte... Pero no te apures abuela, si no consigues boleto para hoy, ven mañana, te prometo que estaré bien. Sí, sí, te avisaré en cuanto nazca. También te quiero mucho... Él ha estado conmigo en todo momento... No, no me dejará sola. —Le guiñó el ojo a Renato, porque era evidente que estaban hablando de él.

Renato le sujetó la mano y le besó el dorso, mientras la miraba a los ojos.

Samira terminó la llamada y le devolvió el teléfono a su marido.

—No vayas tan rápido, tío —pidió Renato, porque Thor iba a más de ciento veinte.

—No conduces una ambulancia —jugueteó Samuel, dándole un puñetazo en la pierna.

Cuando llegaron al hospital, enseguida los pasaron con la doctora, que le haría el monitoreo a Samira, para saber si ya estaba de parto. Y tras el primer chequeo, la gineco obstetra, decidió ingresarla a la habitación. Renato dejó a Samira para ir a ver a sus tíos que se quedaron en la sala de espera.

—Será mejor que regresen a casa, esto llevará tiempo.

—¿Seguro? Podemos esperar —dijo Samuel.

—Seguro, tío. Vayan a casa, yo les estaré informando... Celebren con el abuelo.

—Está bien, de todas maneras, tus padres me dijeron que ya están por llegar. —Se acercó y le dio un beso y un abrazo a Renato.

—Todo estará bien, no estés nervioso.

—Por ahora no lo estoy —sonrió—. Vayan con cuidado.

Samuel también le dio un beso y un abrazo a Renato. Luego se marcharon y él pudo regresar a la habitación donde estaba Samira, que después de haberle hecho monitores y tacto, estaba de tres centímetros, según ella, seguía con cero dolores.

También le dijeron que la bebé estaba en perfectas condiciones y que aún tenía suficiente líquido amniótico. Cuando llegó a la habitación, se encontró con una enfermera que le estaba poniendo una vía con antibiótico porque ya casi se cumplía la hora doce desde que fisuró bolsa.

Esperaban que pudiera dar a luz en las próximas veinticuatro horas y si eso no pasaba, terminarían induciéndole el parto, pero él confiaba que naciera mucho antes.

Para mediodía aún seguía sin dolor, ya sus padres habían llegado y los dejaron pasar a la habitación, por la que Samira caminaba, con la intención de acelerar la dilatación.

Ellos estuvieron ahí, hasta que llegó la enfermera con el carrito de la comida para Samira.

—Amor, ve a comer algo —le dijo ella.

—Estoy bien, no tengo hambre. —Él estaba en el sofá, entre impaciente y ya algo nervioso, porque le preocupaba que después de tantas horas ella no sintiera dolor.

—Ve a por un café, por lo menos —le aconsejó—. Estaré bien.

—Vamos, cariño, no puedes pasar tanto tiempo sin comer —lo instó Thais.

—Sí, cualquier cosa, Samira te avisa —intervino Ian—. ¿Tienes el móvil a mano? —le preguntó a su nuera.

—Sí, ahí lo tengo. —Lo señaló, donde estaba justo en la mesa de al lado.

Ante la presión de sus padres y su mujer, Renato se levantó y se acercó a Samira.

—¿Estarás bien? —le preguntó en un susurro, mientras le acariciaba la barriga.

—Lo prometo. —Le dio un beso en los labios.

—No tardo nada, vale.

—Lo sé, ve tranquilo.

Renato salió en compañía de sus padres que tenían la intención de llevarlo a un restaurante cercano, pero él no quiso, prefirió un sándwich y un capuchino de la cafetería del hospital. Desde ahí le hicieron una video llamada a Reinhard, que estaba prácticamente exigiendo noticias.



La miro a ella y te miro a ti, usar mi alma como una cometa

No fue sino hasta las tres de la tarde que Samira empezó a sentir contracciones, prefería pasarlas mientras estaba sentada o de pie, porque acostada eran mucho más fuertes. Llevaba el tiempo y la intensidad de las contracciones en la aplicación en el móvil, por lo que sabía que aún le faltaba mucho por soportar.

Renato empezaba a sentirse impotente, por no poder hacer nada para aliviar su dolor, ya que ella prefería que él estuviera sentado en el sofá y no a su lado. Según la doctora, Renata nacería ese día, quizá entrada la noche.

Al principio, ella conversaba con él, incluso hacía bromas, se reían de las tonterías que hablaban, pero a medida que se iban haciendo las contracciones más intensas, el sufrimiento de Samira era evidente en sus facciones y quejidos.

Dos horas después, Renato ya no podía seguir sentado, se paró junto a ella.

—¿Quieres caminar un poco? —le preguntó, mientras le acariciaba la espalda, luego de haber pasado una contracción.

Samira negó con la cabeza.

—No, ya no, siento que de pie o acostada son inaguantables, quizá si camino acelero más el proceso, pero sentada como que las aguanto mejor... —inhaló profundamente y frunció el ceño—. Y siento que duran menos.

Sabía que ya en la sala de espera estaban sus padres, sus tíos, su prima Elizabeth y Alexandre... Bueno, casi todos se pasaron de la celebración del cumpleaños de Reinhard al hospital. Además, Vadoma encontró boleto para esa noche a las ocho, mejor dicho, ya llevaba como una hora de vuelo por el cambio horario.

—Se te nota cansada, amor —dijo Renato compasivo.

—Sí, me siento cansada, ahora tengo sueño... Me da miedo caminar por el dolor, pero voy a hacerlo si eso ayuda a que todo pase pronto... ¡venga! —Se animó a sí misma y se levantó del borde de la cama.

Comenzó a caminar por la habitación, con las manos en el vientre, empezaba a sentir también dolor en los riñones.

—¿Se me ve el culo? —preguntó en un intento de hacer el momento más relajado y se juntó la bata médica.

Renato rio por las bromas de ella.

Casi enseguida se aferró a los bordes de la cama, apoyando su peso ahí, mientras sufría otra contracción. Que se estaban repitiendo cada minuto o minuto y medio.

Renato se paró junto a ella y le acariciaba mansamente la zona lumbar; en cuanto a Samira se le pasó la contracción, exhaló largamente y dejó descansar al cabeza en el hombro de su marido y no pudo retener su lamento.

—Respira, amor... respira, mi estrella... —le susurraba Renato, intentando darle ánimos. Deseaba que en ese momento ella pudiera compartirle su dolor, para que tuviera que sufrir

mucho menos—. Respira... —le pidió una vez más, ella volvió a apretar con fuerza los bordes de la cama—. ¿Viene otra?

—Sí —gimió Samira, agarró aire y cerró los ojos con fuerza.

Minutos después, le trajeron un balón para que se sentara, también una merienda que constaba de un jugo de durazno y una galleta, que no pudo comer, porque tenía mucha acidez.

—Aguanta, cariño... aguanta —decía Renato con la voz turbada por los nervios y la impotencia. Le limpió la sien que la tenía perlada por el sudor, a pesar de que la habitación estaba bastante fresca, eso solo evidenciaba el esfuerzo que ella estaba haciendo.

Ya a las siete de la noche y mientras estaba en la bañera de hidromasaje, Samira no aguantaba el dolor de las contracciones, porque sentía que no tenía tregua, ya que le llegaban cada minuto y duraban un minuto; lo que no le dejaba tiempo a reponerse.

Le suplicó a Renato que le pidiera a la enfermera que le pusieran la epidural; en ese punto, ya él estaba bastante nervioso, no podía ocultarlo, así como ella no podía soportar el dolor.

Renato llamó a la enfermera y a los pocos segundos llegó, no para ponerle la epidural sino para trasladarla a paritorio, donde sí le pusieron la inyección, porque las contracciones eran tan seguidas que no le permitían moverse. Al hacerle el tacto, se dieron cuenta de que estaba dilatada ya de nueve centímetros y se veía la cabeza de la bebé, a la que de inmediato empezaron a monitorear.

Mientras atendían a Samira, una de las enfermeras guio a Renato a la sala para que se pusiera la ropa quirúrgica. Estaba tan nervioso que sus manos temblorosas le entorpecían ponerse cada prenda. Desde ahí atendió una llamada de su madre.

—Cariño, ¿cómo está Samira? ¿Aún no ha pasado al paritorio?

—Hola mamá, acaban de ingresarla, ya está de nueve centímetros... Te llamo luego, ¿sí?

—Está bien... Renatinho, todo va a salir bien.

—Gracias, mamá. Saluda a todos y dale las gracias por venir. —Terminó la llamada, luego se puso el gorro y salió raudo al encuentro con su mujer.

Samira sintió que ya no se moría de dolor tras la epidural, ahora podía escuchar los latidos de Renata, tenía puesto en tensiómetro en el brazo y a Renato sujetándole la mano. Mientras esperaban que la gineco obstetra se alistara.

—Te ves muy guapo así —le dijo ella con el aliento renovado, al verlo vestido con un pijama quirúrgico—. Te has puesto nervioso —dijo apretándole más la mano. Él asintió—. Fueron unos minutos de crisis, ¿fueron muchos? —preguntó porque ella en medio de su sufrimiento había perdido la noción del tiempo.

—Varios —dijo él, aún con la voz temblorosa. Le besó la mano—. Ya va a pasar.

—Sí, falta poquito. —Sonrió y en ese momento llegó la doctora.

—Bueno, Samira, ha llegado el momento, ¿preparada para darle la bienvenida a Renata? —dijo ubicándose en el banco en medio de los muslos de Samira.

—Sí, estoy ansiosa. —Aunque en realidad tenía mucho miedo.

—Renato, prepárate, no solo para darle ánimos a Samira, sino también para que grabes el momento... Si quieres puedes poner el móvil en ese trípode. —Le señaló.

Renato así lo hizo, era mejor tener las manos desocupadas para ofrecérselas a Samira.

—Aquí vamos, agarra aire profundamente... y ahora, puja, más...más —indicaba la doctora—. Muy bien Samira, un poco más, más fuerte.

—Dios —jadeó Samira, haciendo su mejor intento por pujar, mientras sentía que la presión era abrumadora—. ¡Oh, mierda!... Dios...

—Lo estás haciendo muy bien, vamos... vamos... Tú, puedes.

—Tú puedes, cariño —la alentó Renato, dándole un beso en la frente, donde se le había abultado una vena.

—Ahora suelta el aire, descansa y vamos otra vez —le indicó la doctora.

—¿Enseguida? —preguntó Samira, deseosa de poder descansar.

—Sí, sí... enseguida —indicó la doctora—. Respira profundo y vamos una vez más.

Renato admiraba la valentía de Samira, porque a pesar del esfuerzo que estaba haciendo, no lloraba, no se quejaba; por el contrario, se le notaba enérgica.

—Fuerte, fuerte... sigue, sigue Samira... vas muy bien —seguía la doctora, mientras la paciente pujaba—. Descansa, agarra aire.

—Hay que aprovechar las contracciones, ¿no? —preguntó casi sin aliento, pero agradeciendo ese momento de tregua.

—Sí.

Samira esperó, incluso miró a Renato y le sonrió, para que estuviera más tranquilo. Cuando sintió que se acercaba otra contracción, inhaló profundamente y pujó.

—Muy bien, muy bien, muy bien... —repetía como una letanía la doctora.

Toda Samira temblaba y tenía los ojos apretados, poniendo toda su fuerza en pujar, y soltaba el aliento, ya cuando se quedaba sin fuerzas. Entonces se permitía descansar la cabeza en la almohada.

Ya los últimos empujes fueron en medio de las lágrimas, más que de dolor era por la anticipación de tener a su niña en los brazos.

—Ya sale, ya... estira las manos, Samira... ¡Bienvenida, Renata! —dijo la doctora apenas sacándola y a tientas Samira la buscó, la sujetó por las axilas y la doctora le ayudó para que se la llevara al pecho.

Samira, en medio del llanto la recibió, le besó la cabeza y miró lo bonita y pequeña que era, mientras era invadida por una increíble euforia, una sensación de éxtasis como nunca.

La enfermera empezó a limpiarla con la mantita y le puso el gorro rosa, entonces se escuchó el primer llanto de Renata.

El padre estaba llorando, mientras le acariciaba con infinito cuidado la cabeza y no podía parar de mirarla, solo lo hizo para darle un beso a Samira.

—Es tan bella... tan pequeña —susurró, se acercó y le dio un beso a su hija en la cabeza, luego besó la sien de Samira en un eterno agradecimiento, por hacerlo feliz de todas las maneras posibles.

Samira lo miró pidiéndole un beso que por supuesto él no le negó. Se besaron una y otra vez, saboreando las lágrimas de la felicidad más genuina.

—En este momento me siento la mujer más feliz del mundo —susurró contra los labios de su marido—, me siento como si fuera la dueña del mundo... —Bajó la mirada a su pequeña, que aún estaba bastante sonrojada y seguía llorando.

—Es que, en este instante, el mundo es nuestro... —Renato estuvo de acuerdo, mientras le tocaba con la yema del dedo índice una mejilla a su pequeña Renata.

—¿Papá, te gustaría cortar el cordón? —dijo la doctora.

—Sí —afirmó, sorbiendo las lágrimas.

—Pensé que no te atreverías —intervino Samira sonriéndole.

—Quiero hacerlo —aseguró de nuevo y estiró la mano para recibir las tijeras—. ¿Por dónde debo cortarlo? —preguntó, la mano le temblaba, pero no era de nervio, era producto de todas las emociones fantásticas que lo azotaban.

—Justo aquí. —Le indicó la doctora, haciendo un pequeño doblez.

—Gracias, muchas gracias, doctora —dijo Renato, una vez cortó el cordón el cual le representó un poco de dificultad, lo creyó más blando.

—Ha sido un placer. Solo les queda disfrutar de cada momento con la pequeña princesa.

—Gracias, doctora —dijo Samira, que sentía que la mujer aún trabajaba en su vagina—. Fue rápido, ¿verdad? —se dijo volviendo a mirar a Renato.

A él le pareció una eternidad, sobre todo por ver el sufrimiento en ella, pero decidió estar de acuerdo y asintió.





Yo muero de ganas de encontrar la forma de enseñarte el alma

Renata llegó al mundo a las nueve y quince de la noche; tras unos minutos sobre el pecho de su madre y las caricias de su padre, se la llevaron hasta la mesa para revisarla. Renato siguió a la enfermera y estaba atento a todo lo que le hacían a su hija.

—Vamos a ponerle la vitamina K... —le informó, mientras él le tomaba la mano a su niña, que lloró más fuerte cuando le pincharon la pierna, y él sintió ese pinchazo en el corazón. En ese momento supo que iba a ser demasiado sobreprotector, porque no quería que nada hiciera sufrir a su pequeñita—. Esta es una pomada antibiótica que le pondremos en los ojos para prevenir infecciones bacterianas... —explicaba la mujer.

La angustia atenazaba el pecho de Renato, porque su hija, no paraba de llorar. Samira desde la cama preguntó si todo estaba bien y la enfermera le aseguró que sí.

Lo siguiente que hizo la enfermera fue tomarle las huellas de los piecitos de Renata; en ese instante, Renato comprendió por qué su padre llevaba tatuadas las huellas de Liam y las de él, entonces pidió que se las pusieran en el antebrazo izquierdo, justo en ese segundo, decidió que quería llevar en su piel las indelebles huellas de su hija.

Casi a los cuarenta años, había decidido tatuarse por primera vez. Con mucho gusto, la enfermera puso en su antebrazo, los pies de su niña; por lo visto, estaba acostumbrada a hacerlo, porque lo hizo con gran habilidad, sin hacerle daño a la pequeña.

Luego la cargó y la llevó a la báscula.

—Tres kilos ochocientos gramos, serás muy alta, Renata —dijo la mujer con una sonrisa encantadora cuando la midió: cincuenta y un centímetro.

—Como su madre —dijo Renato embelesado y un poco más tranquilo porque Renata había menguado su llanto.

Le devolvieron la bebé a Samira, que con gusto la recibió en su pecho, por recomendación de la enfermera, expuso uno de sus senos para que intentara amamantar a la niña. A pesar de que había tomado clases, era mejor si lo hacía con la ayuda de la enfermera.

Le impresionó lo rápido que Renata se aferró al pezón, aunque por menos de cinco segundos, luego de que ella la guiara de nuevo, volvió a chuparlo. Eso tranquilizó mucho a Samira, porque le daba nervios que la tarea de amamantarla fuese toda una odisea.

Estuvo en sala el tiempo suficiente para que la enfermera le asegurara que su presión arterial, la frecuencia cardíaca y la cantidad de sangrado vaginal, eran normales.

Aunque le resultó bastante incomoda la bolsa de hielo sobre la vulva y el perineo, sabía que más adelante lo iba a agradecer, porque eso le ayudaría con la inflamación y el dolor.

Renato estaba sentado en un banquito, junto a la cama, con la barbilla apoyada en las barandas de seguridad, no hacía nada más que mirar con embeleso cómo Renata estaba pegada al pezón de la madre.

—¿Le avisaste a tus padres que ya nació Renata? —le preguntó Samira, mientras acunaba con

infinito amor a su niña.

—Oh, mierda... no, lo había olvidado. —Dio un respingo.

Samira se echó a reír.

—Ve a decirles, porque deben estar muy preocupados.

—Quiero esperar hasta que te pasen a la habitación. —Le acarició la mejilla con los nudillos.

—Entonces, envíales por lo menos un mensaje.

—Sí. —Buscó el móvil que lo había dejado en la mesa al lado de la báscula—. ¿Les envió fotos?

—Claro, pero solo de Renata, porque mi aspecto debe ser terrible.

—Estás hermosa, más que nunca... Mucho más —dijo él, se acercó y le dio un beso en la frente y otro en los labios. Sin embargo, respetaría la decisión y privacidad de Samira; así que, le tomó varias fotos a su hija, que ya había soltado el pezón y estaba adormecida.

Se atrevió a taparle el pecho a Samira y tomó otras en las que no se vulnerara el cuerpo de su mujer.

—¿Te gusta esta? —le preguntó, mostrándole la foto a Samira, aunque estaba seguro de que, en todas, Renata se veía preciosa.

—Sí, está hermosa, es linda ¿cierto? —preguntó, volviendo la mirada una vez más a su niña, dormida en su pecho.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida —aseguró, se acercó y le acarició la mejilla con la punta de la nariz—. Huele tan bien y es tan suavcita... —Estaba irremediamente enamorado de su hija.

—Es preciosa. —Samira estuvo de acuerdo.

Renato envió la foto al grupo familiar acompañada de un mensaje que decía: «Ya nació Renata. Todo ha salido muy bien»

Casi enseguida le entró una llamada de su madre y no dudó en contestarle.

—Cariño, muchas felicidades, es demasiado hermosa...

—Gracias, mamá. Sí, es preciosa.

—¿Cómo está Samira?

—Está muy bien, es una guerrera, lo hizo todo ella sola, la doctora solo recibió a Renata... No tuvo que forzar nada, porque Samira empujó con mucha fuerza. —Mientras hablaba, le ofreció una de sus manos a su mujer y ella de inmediato la sujetó, al tiempo que le sonreía.

—Es que Samira, es una mujer muy valiente.

—¿Aún están en la sala de espera?

—Sí, aquí estamos todos...

En ese momento Renato pudo escuchar las voces de varios de sus familiares felicitándolo.

—Agradéceles a todos de mi parte... Los veré en un rato, estoy a la espera de que pasen a Samira y a la bebé a la habitación.

—Tranquilo, nosotros esperamos.

—¿Estás feliz? —preguntó Thais.

—Mucho, ya pasó la tormenta, ya estoy feliz —confesó sonriente.

—Cariño —chilló enternecida—. Imagino que te pusiste muy nervioso.

—Bastante, me sentía muy impotente por no poder hacer nada para aliviar el dolor en Samira... pero ya pasó —suspiró, y en ese momento entró la enfermera—. Mamá, te tengo que dejar, creo que ya van a pasarla a la habitación.

—Está bien, te quiero, felicita a Samira de nuestra parte.

—Lo haré. —Terminó la llamada y puso toda su atención en lo que decía y hacía la enfermera.

Tras revisar una vez más a Samira, la mujer decidió que era momento de trasladarla a la habitación. Ya ahí, dejaron a Renata en la cunita al lado de la cama.

—Por ahora, todo está bien, si necesitan ayuda... Toquen el botón y vendré enseguida.

—Muchas gracias —dijeron al unísono Renato y Samira.

—¿Te sientes bien? —preguntó Renato, en cuanto salió la enfermera.

—Me siento totalmente agotada, pero también tengo muchísima hambre.

—Te traeré algo para comer... ¿Qué quieres?

—Sushi, ahora sí me comeré unos cuarenta bocados —dijo con la boca hecha agua.

—Bien, te traeré sushi —dijo sonriente, ante el afán que demostró Samira.

—Bueno, lo esperaré con ansias... —Sonrió emocionada—, pero primero ve a la sala de espera a hablar con tus padres y asegúrales que todo está bien, para que puedan irse a casa, que ya es casi medianoche.

—No tardo nada. —Se acercó y le dio un beso en los labios, luego miró a su hija dormida en la cunita—. Enseguida regreso, Renata. No extrañes mucho a papá —le susurró y se animó a marcharse o no lo haría, porque quería quedarse toda la vida mirándola.

En cuanto Renato salió de la habitación, Samira se hizo de su móvil, le tomó varias fotografías a su niña y se las envió a Julio César, a Daniela, a Ramona, a Romina, a Víctor, también la mandó al grupo que aún tenía con Doménica y Raissa.

Sabía que los que estaban en España no les responderían, allá eran las cuatro de la mañana, y debían estar más que rendidos. Pero los mensajes de lo que vivían en Chile no se hicieron esperar.

Dani: ¿Cómo que ya nació mi sobrina y no estuve al tanto?

Dani: Es hermosísima.

Dani: ¿Tú estás bien?

Dani: ¿Por qué no me avisaste que entraste en proceso de parto?

Dani: ¿No tenías fecha para la próxima semana?

Daniela tenía la manía de enviar un mensaje tras otro y con una rapidez que abrumaba a Samira. Aun así, sonreía porque se la podía imaginar si la tuviera en frente.

Samira: Es monísima, porque se parece a su padre... Estoy perfecta, adolorida a extremo, pero ya tú has pasado por esto y sabes cómo me siento. Sí, tenía fecha la próxima semana, pero ayer por la noche, fisuré la bolsa. Y Renata nació hace unas horas, a las nueve y quince, para ser más precisa.

Dani: Ay, loca enamorada, disimula un poquito... Date algo de crédito en la creación de tu chamita. Estoy segura de que no debe ser tan solo padre... Por cierto, ¿cómo está él? Imagino que pletórico.

Samira: Sí, está muy feliz, el pobre lo pasó mal al verme con las contracciones. Claro, yo estaba peor, jajaja... Ahora mismo salió a ver a sus padres que están en la sala de espera y a comprarme algo de comida, estoy hambrienta.

Dani: Imagino, parir es lo peor del mundo, es como si se te rompieran todos los huesos al mismo tiempo, pero nada se compara con el alivio que sientes en cuanto te ponen a tu niña en el pecho... Ese momento mágico, hace que merezca la pena, cada puta contracción.

Samira: Lo merece, ha sido el momento más bonito y emotivo que he vivido. Estoy enamorada de mi niña... Ahora entiendo tu amor por Viviana.

Dani: Ella manda a decir, que espera que ahora que la madrina tiene una niña, no se olvide de su ahijada.

Samira: Jamás, dile que es mi ahijada favorita. Pero que no se lo diga a Raissa ni a Julio César.

Raissa, también se había convertido en madre de una niña, hacía tres años, cuando Renato y ella todavía vivían en Madrid, por lo que fueron los elegidos para ser los padrinos, al igual que lo eran del hijo de Julio.

Doménica, sí tenía muy claro que ella no quería ser madre, decía no haber nacido con el instinto maternal. Por supuesto, todos apoyaban su decisión, incluso su novio, con el que tampoco iba a casarse, porque para ellos, eso no era necesario para vivir en pareja.

Tras un par de mensajes más, se despidió de Daniela. Ella prometió que la visitaría el próximo fin de semana.

Nadie más respondió a sus mensajes, suponía que Ramona ya debía estar dormida. Decidió enviarle un mensaje a Adonay, desde hacía un tiempo, volvieron a estar en contacto. Él perdonó que ella, en su momento, no le dijera sobre su relación con Renato, ni mucho menos que se había casado con él; haciendo cómplice a su abuela de todo eso. Lo que por consiguiente terminó afectándolo a él, en la relación con su padre y su tío.

Si bien, la comunicación no era tan frecuente como antes y la mantenían en secreto de Jan y Baval, se saludaban de vez en cuando, siempre manteniéndose al tanto sobre sus vidas; por lo que, Adonay sabía del próximo nacimiento de Renata.

Así que le envió una foto de la niña.

Samira: Hola primo. Renata se adelantó por una semana. Afortunadamente, todo salió bien. Ambas estamos muy bien.

Ella sabía que tampoco tendría respuesta a ese mensaje, porque Adonay debía dormir bastante temprano para poder madrugar todos los días. Ahora más, que tenía sobre sus hombros mucha más responsabilidad, ya que lo habían nombrado director de área. Al principio, él pensó que se trataba de un beneficio otorgado por la indulgencia que significaba que ella estuviese emparentada directamente con el gran jefe, pero no fue así, su ascenso fue conseguido por mérito propio.

Ahora sí, dejó el móvil sobre la mesa auxiliar y se volvió a mirar a su niña, rendida en la cunita. Estiró la mano en la que aún tenía el catéter y apenas con la yema de su dedo índice le acarició el puñito. Aún no podía creer que esa era su hija, era tan bonita y estaba tan sana, que solo podía sentirse agradecida.

Sobre todo, porque su día a día, se relacionaba con niños enfermos; ahora podía sentir más fuerte su vocación, no quería que ningún niño sufriera, ni mucho menos que lo hicieran sus padres, porque tener a un hijo enfermo debía ser la angustia más devastadora.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y entró Renato, trayendo un par de bolsas de Hachiko, de inmediato se le agitó la boca y apoyó las manos en el colchón para subirse un poco, fue entonces consciente de que el efecto de la epidural se le estaba pasando. Se mordió el labio, para no soltar un quejido y estiró las manos con ansias.

Renato se acercó a ella con esa sonrisa que mostraba cada vez que estaba satisfecho de complacerla.

—Dios, ¡cómo esperaba este momento! —clamó Samira.

—Espero haber pedido suficiente —sonrió él, mientras ponía las bolsas de papel en la mesa. Sacó una de las bandejas que tenía unos veinte bocados de diferentes sabores, la destapó y se la acercó a Samira.

—Gracias, amor. Eres el mejor. —Se le podía sentir que tenía la boca hecha agua.

Él rio ante las ansias de ella, que sin perder tiempo atacó el primer rollito, lo sujetó con los palillos, apenas lo hundió un poco en la salsa teriyaki y se lo zampó de un bocado.

—Esto... Esto es la gloria... —gimió mientras masticaba—. ¡Qué bueno que está! —Con el palillo señaló los bocados en la bandeja—. Muy, muy ricos... —Se hizo de otro.

—Disfrútalos. —Él se sentó al borde del colchón, mirándola comer. Eso lo hacía tan feliz.

—Eso hago... —Se comió otro—. ¿Tú no vas a comer?

—Aún no, me acabo de tomar un capuchino. Come tranquila... —Pero justo al decir eso, Renata despertó, se removió un poco y empezó a llorar.

—Mi pequeñita, ¿no pudiste esperar que mami se comiera, al menos unos seis bocados?

—Yo me encargo. —Renato se levantó y fue a verla en la cunita—. ¿Puedo cargarla?

—Amor, es tu hija, no tienes que pedirme permiso para cargarla —dijo Samira sonriéndole con ternura—. Pero puedes quitarte la camisa, para que sienta el calor de tu piel.

Renato se desabotonó la camisa, se la quitó y la dejó a los pies de Samira.

—Dime si lo hago bien —pidió al tiempo que empezaba a cargar a Renata, ya había practicado bastante en las clases prenatales, pero no era lo mismo hacerlo con un muñeco que con su hija. Estaba emocionado y nervioso a partes iguales.

Cuando la levantó, tuvo la certeza de que jamás un peso tan liviano le llenara el alma de una satisfacción tan bonita.

—Lo haces perfecto —dijo Samira, embobada. Nada más perfecto que ese instante.

Renato se llevó la niña contra el pecho e inmediatamente se calmó; eso provocó que a él se le derramaran varias lágrimas. Resopló para crear una válvula de escape a tantas emociones.

—Eres tan bonita, mi Renata...

—Es preciosa. —Samira estuvo de acuerdo, mientras luchaba con el nudo de lágrimas que se le había formado en la garganta. Aunque eso no le quitó el apetito.

Renato se llevó a la niña hasta el sofá, donde él se sentó y se la dejó sobre el pecho, mientras la acariciaba y se deleitaba con su olor. Agradeció no haberse dado por vencido nunca, agradeció haber luchado constantemente y durante años con los demonios en su cabeza, porque por no haberse rendido, estaba ahí, con una parte de sí mismo sobre su pecho.

No podía negar que tenía miedo, a pesar de que desde el instante en que supo de la existencia de Renata en el vientre de Samira, le pidió a Danilo que lo ayudara con las herramientas necesarias para poder vivir esta nueva etapa de su vida y no terminar arruinándolo todo.

—Vadoma llegará a las tres de la madrugada, consiguió un vuelo a las ocho de la noche —le comentó Renato, sin dejar de acariciar con las yemas de los dedos la espaldita de su hija, que se mostraba muy a gusto con el toque—. Papá irá a buscarla al aeropuerto.

—Espero que no quiera venir directa al hospital —dijo Samira, que seguía deleitándose con su comida.

—Sabemos lo terca que es, pero quiero creer que sabe que para verte debe esperar el horario de visitas.

—Creo que eso lo tiene claro —sonrió y se comió otro rollo, empezaba a sentirse llena, mas

no satisfecha—. ¿Volvió a dormirse? —le preguntó porque veía a Renata muy tranquila.

—Ya casi. —Se quedó mirándola y con una sonrisa tonta—. Parece que le gusta que su padre la consienta.

Samira terminó de comer cuando se sintió exageradamente llena, solo esperaba que haber perdido el control con el sushi no la indigestara. Mientras que Renato consiguió que la niña volviera a dormirse y en contra de sus deseos, la llevó de vuelta a la cuna.

—Tengo que ir al baño, me gustaría cepillarme los dientes.

—Te ayudo. —Se apresuró Renato a servirle de apoyo.

Samira gimió de dolor cuando se levantó, ya el efecto de la anestesia se le había pasado. Respiró profundo en busca de valor y caminó al baño.

Jamás pensó que tener que sentarse en el inodoro y orinar, iba a ser tan molesto. Resopló y apretó con fuerza las manos de Renato, luego apoyó la frente en el abdomen de él, mientras se preparaba para volver a levantarse.

—¿Te duele mucho? —preguntó angustiado. Ella asintió e inhaló fuertemente—. ¿Crees que sea normal o prefieres que llame a la enfermera?

—Es normal —dijo con la voz estrangulada por el dolor.

—Y si te aplico un poco de espray para el dolor. ¿Crees que eso ayude?

—Es probable.

—Entonces voy a buscarlo, ¿quieres quedarte sentada o te ayudo a levantar?

—Ve, te espero aquí. —En cuanto Renato salió del baño, aprovechó para expresar su dolor, no lloró, pero sí estuvo a poco de hacerlo.

Él estuvo de vuelta con el medicamento, pero antes de rociarlo, debía limpiar con la regadera manual, ya que estaba demasiado sensible e inflamada como para hacerlo con papel.

Él se acuclilló para poder ayudarlo.

—¿Cómo se ve? ¿Está muy inflamado? —le preguntó.

—Algo, supongo que llevara algunas horas... —dijo él, deseando que la recuperación de Samira fuese bastante rápida. Luego de limpiarle, le roció el medicamento y le ayudó a acomodar, el pañal que le habían puesto.

Samira caminó hasta el lavabo, para cepillarse los dientes. Eso tan simple la hizo sentir renovada. Además, empezó a peinarse el cabello.

—¿Te ayudo con una trenza? —se ofreció Renato.

—Bueno, así no se enreda tanto. —Ella permitía que él le ayudara, porque se sentía bastante agotada y también porque le gustaba mucho que la consintiera de esa manera.

Renato le trenzó el cabello y la acompañó de vuelta a la cama.

—Trata de dormir. —Le dio un beso en los labios.

—Tú también. —Ella le dio otro beso—. Te quiero, gracias por ser tan especial.

—Gracias a ti, amor... Hoy me has dado el regalo más hermoso. Eres demasiado valiente, mi gitana —le susurró mirándola a los ojos.

Samira le sonrió y volvió a besarlo.

Renato se fue a acomodar el sofá en el que le tocaba dormir, por lo menos era bastante cómodo y en el armario había almohadas y sábanas.



Y solo se me ocurre amarte

El cansancio terminó vencéndolos rápidamente a ambos y a los pocos minutos se quedaron dormidos. No fue, sino hasta la mañana cuando llegó una enfermera para ver cómo estaba Samira, que los despertó.

—Buenos días, disculpen las molestias —dijo la mujer, al ver que Renato se levantó y empezó a ponerse la camisa.

Tras revisar a las pacientes, le ayudó a Samira a que amamantara a Renata, mientras el padre las admiraba desde el sofá.

—Pueden seguir durmiendo, aún faltan tres horas para la siguiente ronda —les aconsejó.

Renato miró la hora en el reloj en su muñeca, pensaba que era más tarde, apenas eran las cinco y quince de la mañana. En cuanto la enfermera se marchó, él se levantó y fue a la cama, para ver a su mujer dándole pecho a la niña.

—Duerme un poco más —le pidió Samira.

—Prefiero estar despierto por si necesitas algo... Te ayudaré a ponerla en la cuna. —Entre más miraba a Renata, más bonita le parecía.

—La dejaré aquí conmigo. Duerme otro rato, cariño. Necesitas descansar.

Renato no quería ser intransigente, después de todo, la terca de la relación era ella. Así que regresó al sofá, aunque sabía que no volvería a dormirse o eso pensaba, porque supo que se quedó dormido cuando entró otra enfermera, debido al cambio de guardia.

Samira también se quedó dormida porque aún lo estaba cuando él se levantó ante la llegada de la enfermera que traía un carrito de comida, se acercó para cerciorarse de que tanto su hija como su esposa estaban bien. Ya cuando despertó Samira, él decidió darle privacidad mientras la revisaban y se fue al baño a cepillarse los dientes y lavarse la cara.

En su semblante se notaba la falta de sueño, el agotamiento y la felicidad.

Al volver a la habitación Samira conversaba con la enfermera sobre su estado y el de la niña; parecía que todo estaba muy bien.

—Buen provecho —le dijo la enfermera.

—Gracias —correspondió Samira, que ya había devuelto a Renata a la cuna.

—Muchas gracias —le dijo Renato.

—Con gusto. —Le sonrió y se marchó.

—¿Vas a desayunar?

—No, prefiero ducharme primero.

Renato le ayudó a salir de la cama, y en ese momento, Samira fue consciente del dolor de cuerpo que tenía, era como si le hubiesen dado una paliza. Le dolían las costillas, la espalda, los brazos, las piernas... le dolía en lugares en los que jamás pensó que podrían doler; pero soportó con estoicismo.

Ella quería empezar a ser más independiente, pero Renato insistió en asistirle en todo momento durante la ducha. De vuelta en la habitación, no quería seguir acostada, así que prefirió sentarse en la butaca para desayunar.

Mientras que Renato levantó las persianas para que entrara luz natural a la habitación.

—Voy a llamar a mi abuela —dijo Samira, en cuanto terminó con el último trozo de papaya. Por su bien, debía aumentar la ingesta de alimentos que le ayudaran a ir al baño, porque sabía

que era muy común que después del parto tuviera estreñimiento y eso era lo que menos deseaba por el momento—. Deberías ir a desayunar... Anoche no cenaste.

—No tenía apetito, la plenitud me anuló cualquier otra cosa —dijo sin ninguna intención de ocultar sus sentimientos. Caminó de regreso a la cunita donde su hija dormía plácidamente y se acucilló, apoyando los brazos sobre el borde de la cunita, donde dejó descansar la barbilla sobre sus dedos entrelazados. No iba a despertarla, solo a admirarla un rato, porque aún no se creía lo bonita y pequeña que era.

Samira le hizo una llamada a su abuela, pero de inmediato le solicitó para que fuera en video, quería ver si ella estaba bien y conocer a la niña; aunque vendría al hospital en unas horas, estaba impaciente por cerciorarse de que todo estaba bien.

A pesar de que sabía que Samira era una guerrera, su niña era lo bastante fuerte como para darle vida y traer al mundo a otro ser humano, pero por experiencia sabía que esa labor no era nada fácil.

—Mi estrella, ¿cómo te sientes? —preguntó Vadoma con cierta preocupación en su tono.

—Bien, abuela, muy bien... Un poco dolorida, pero es algo normal.

—Sí, recuerda usar compresas de hielo, eso te ayudará con la inflamación.

—Sí, estoy usando... ¿Quieres ver a Renata? —le preguntó emocionada al tiempo que se levantaba de la butaca—. Ahora está dormida.

—Por supuesto. —La emoción era palpable.

Samira caminó hasta la cunita, mientras se acercaba le guiñó un ojo a su marido, que en respuesta le regaló la sonrisa más bonita.

—Abuela, aquí te presentó a Renata, tu bisnieta —le dijo cuando justamente volteó la cámara.

—Ay, mi estrella, pero que *chavi* más bonita... Es igualita a ti cuando estabas recién nacida, es pura esencia Valenti —dijo invadida por la ternura.

—No difiero de eso —intervino Renato—. Entre más la miro, más le encuentro parecido a la madre.

—Que extraño, a mí se me parece más a ti, mira... esa naricita es igual a la tuya... —le dijo Samira a Renato.

—Saludos, Renato... Gracias por estar con mi estrella.

—Estaré con ella en todo momento, no por obligación, sino por puro placer —respondió convencido.

—Abuela, me gustaría que tú pudieras cortarle las uñas a Renata, quiero que herede tu sabiduría.

Aunque Samira se casó con un payo y vivía prácticamente en el mundo de ellos, no dejaba de lado algunas de sus costumbres, y para los gitanos era muy importante que el miembro de la familia con más gracia le cortara las uñas al recién nacido, ya que de esta forma el bebé heredaría ese «arte».

Eso ya se lo había explicado a Renato y él aceptó que fuera así, ya que no limitaba a Samira en sus costumbres, pues ella tenía todo el derecho para tomar decisiones sobre Renata y en cómo serían ciertos aspectos de su crianza.

—¿En serio? —preguntó Vadoma estupefacta, porque ese sería un gran honor.

—Sí. —Samira asintió emocionada—. Renato y yo lo decidimos hace algunas semanas, pero esperamos para darte la sorpresa el día del nacimiento.

—Bueno, con gusto lo haré... Renato, tendrás una hija muy intuitiva, sagaz e inteligente.

Renato no pudo evitar reír, porque evidentemente Vadoma no pecaba de falsa modestia.

—También muy terca... —aseguró él sin dejar de sonreír.

—Hasta la terquedad tiene sus beneficios —respondió la anciana de buen agrado.

—Pero es más un defecto que una virtud —intervino Samira, mientras con cuidado apartaba una de las manitos de su hija con la que se cubría la cara—. Lo admito.

—Pero en Renata, será una virtud, más que terca, será perseverante... Qué bonita —reafirmó cuando Samira le acercó más la cámara—. ¿A qué hora puedo ir a verte?

—De once de la mañana a ocho de la noche.

—¿Ya te dieron desayuno?

—Sí, terminé de comer, justo antes de llamarte.

—Estaré ahí a las once, para que Renato pueda venir a ducharse y descansar un rato.

—No hace falta, me quedaré...

—De ninguna manera, tienes que venir a ducharte, no estarás sucio cerca de mi nieta; además, tienes que dormir, porque la segunda noche es cuando los bebés empiezan con su rutina de despertar cada tres horas... Incluso, pueden pasar menos tiempo dormidos, y es en verdad, agotador.

Renato sabía que era imposible llevarle la contraria a Vadoma; sin embargo, intentaría convencerla personalmente. Le haría entender que no dejaría a Samira en un momento como ese.

—Está bien —cedió para no entrar en confrontación.

Renata se removió dejándole saber a sus padres que se acababa de despertar.

—Abuela, te dejo porque esta pequeñita se va a despertar y tengo que amamantarla —dijo Samira.

—Está bien, mi estrella. Te veo muy pronto, ¿quieres que te lleve algo?

—Gracias, abuela, pero no necesito nada. Nos vemos pronto, te quiero. —Terminó la llamada y le entregó el móvil a Renato.

Renato se levantó en cuanto Samira sacó a Renata de la cuna. Con las manos en la cintura, se quedó maravillado mirando cómo la cargaba y la balanceaba dándole besos, mientras le dedicaba tiernas palabras. Samira, tan solo llevaba puesto el sostén especial para amamantar y el pañal postparto.

—Te ves demasiado hermosa —exteriorizó en medio de un suspiro.

Samira se volvió a mirarlo y le sonrió.

—Te amo, pero en este momento no puedo creerte. En estas fachas... —Se echó un vistazo, apenas si se notaba que había dado a luz, porque su panza aún estaba bastante hinchada—. Lo menos que puedo parecerte es atractiva.

—Aunque no lo creas, me pareces la mujer más atractiva del planeta, no solo hermosa, también luces muy sexi...

—Renato Medeiros, no seas provocador —sonrió divertida—. Tu pene lo quiero bien lejos de mí, por lo menos unas semanas... Dame días de gracia para que pueda recuperarme.

—No podría ser tan desconsiderado como para provocarte, solo quiero que sepas que hablo en serio, te ves hermosa, más que nunca.

—Ven aquí —lo llamó ella con un asentimiento.

—Acabas de decirme que me quieres lejos... —bromeó.

—Sabes a lo que me refiero, a ti te quiero muy cerca, lo que quiero lejos es tu deseo sexual.

Renato se acercó, le dio un beso en la mejilla a ella y otro a su niña, que ante el toque empezó a llorar.

—Ella tampoco me quiere cerca.

—Ella lo que tiene es un hambre voraz —dijo Samira, mientras la acomodaba en sus brazos, para ponerla contra el pezón que acababa de dejar expuesto—. Amor, hazme un favor, ve a

comer algo. No puedes pasar tanto tiempo sin alimentarte.

—Está bien, prometo no tardar.

—No te atragantes, tomate el tiempo que necesites. Renata y yo estaremos bien. —Le dio un beso en los labios—. Llévate el móvil, te prometo que si te necesito te llamaré.

Renato asintió y fue a por su móvil que había dejado en el sofá. Salió de la habitación, más tranquilo, sabiendo que si ella requería de su ayuda le llamaría.

Decidió salir del hospital y fue a un restaurante cercano, en el que se pidió huevos revueltos, salchichas, tostadas, queso crema y un capuchino. Mientras esperaba que su comida fuera servida, se puso a revisar el teléfono. Tenía varios mensajes de sus familiares, pues eran los únicos que hasta ahora sabían del nacimiento de Renata.

Respondió casi todos los mensajes, con sus más sinceros agradecimientos por los buenos deseos y felicidades de ellos. Quería informar a los demás allegados de que ya era padre; así que optó por hacerlo público en la única red social que tenía y que poco actualizaba.

—Gracias —le dijo al jovencito que le trajo el desayuno.

—Buen provecho. —El chico de no más de veinte años hizo una ligera reverencia y se marchó.

Antes de probar bocado, Renato buscó en su galería una de las tantas fotos que le había tomado a su hija. No quería exponerla demasiado, así que eligió una foto en la que solo se le veían los pies y la editó poniéndola a blanco y negro.

Escribió el siguiente mensaje para acompañar la foto:

«Ayer fue el mejor y más feliz día de mi vida. Me siento el padre más afortunado del mundo. Comienza una aventura única y maravillosa... Bienvenida al mundo, Renata»

Una vez publicada la foto, dejó el móvil en la mesa y se dispuso a desayunar. Cuando se comió el primer trozo de salchicha, fue consciente de que estaba hambriento, por lo que no le extrañó que se comiera todo y pidiera adicional una porción de fruta.

Terminó de comer y pidió para llevar una ensalada de frutas para llevarle a Samira; además de un capuchino. Sabía que ya podía volver a tomar café, por lo menos después de haber amamantado.

Llegó a la habitación, justo para el horario de visitas, pero aún no había llegado nadie; suponía que no querían estar ahí tan temprano, porque comprendían que Samira necesitaba descansar.

Ella le agradeció por lo que le llevó y enseguida se hizo del café. Ya Renata estaba dormida otra vez.

—Te librate de no estar aquí para cambiarle el pañal —dijo Samira, que ya se había puesto uno de los vestidos azul cielo que llevó y también se había maquillado un poco.

—Me hubiese gustado estar aquí, quiero intentarlo, para ver si aprendí bien en las clases.

—Te aseguro que es mucho mejor que no hayas estado —la voz se le estranguló—. La caca de tu hija es casi radiactiva —sonrió—. Ya tendrás oportunidad de comprobarlo.

Renato también sonrió, debía prepararse psicológicamente para ese momento.





¿Cómo va a ser eso? Que aun cuando sale la luna y da en mi ventana, ya no te puedo dejar de querer

Casi media hora después, recibieron la primera visita, se trataba de Vadoma y Thais, ambas llegaron cargadas de un colorido arreglo floral y un gran oso de peluche marrón con un lazo fucsia en el cuello.

—Mi estrella... —Vadoma caminó rauda, hacia su nieta, pero en su camino le entregó el arreglo floral a Renato—. ¡Muchas felicidades! —Apenas le dijo a él mientras le daba una palmadita en el pecho, porque tenía urgencia por llegar hasta Samira que estaba en la cama.

Renato comprendía que Vadoma no veía a su nieta desde diciembre y que ella era la luz de sus ojos, así que sonrió ante sus rápidas felicitaciones.

—¡Abuela! —Samira extendió los brazos para recibirla con un abrazo—. Me alegra tanto verte. —La estrechó con fuerza, al tiempo que sonreía emocionada.

Por su parte, Thais acomodó el gran oso de peluche en el sofá; Renato supo que se había quedado sin cama para esa noche.

—Cariño, muchas felicidades. —Abrazó a Renato, pero estaba demasiado ansiosa por conocer a su nieta, así que lo soltó rápidamente para volverse a ver hacia la cunita—. ¿Está dormida? —preguntó bajando la voz.

—Sí, hace poco... Ven, vamos para que la conozcas. —Le puso una mano en la espalda para guiarla, porque en la otra todavía tenía el arreglo floral.

—Ay, pero que hermosa, es tan linda... es demasiado hermosa. Siempre supe que mis hijos me darían la dicha de darme nietas preciosas —hablaba embargada por la ternura. Se moría de ganas de cargarla, pero no podía despertarla, así que de momento solo se conformaba con tocarle el puñito con la yema del dedo—. Cariño, es igualita a ti, idéntica a cuando naciste... —Se volvió a mirar a Renato que caminó hasta la mesa para dejar las flores.

Él también se volvió a mirarla debido al comentario, pero enseguida su atención fue captada por Vadoma que movió la cabeza como una cacatúa hacia la cunita.

—No, así era Samira al nacer, es como ver a mi estrella el día que llegó a este mundo... —Caminó y se acercó más a la bebé—. Mira, hasta duerme igual.

Renato y Samira se miraron por encima de las cabezas de Vadoma y Thais, como si lo hubiesen pautado, tuvieron la misma reacción, se encogieron de hombros y sonrieron.

Thais sin ganas de embarcarse en una discusión no protestó. Ella sabía que solo el tiempo le daría la razón, por lo que prefirió ir a saludar a Samira.

—Hermosa, ¿cómo te sientes? —le preguntó al tiempo que le dejaba un beso en cada mejilla y terminó con un apretado abrazo.

—Bien, muy bien... Todavía un poco cansada, pero lo importante es que todo salió perfecto. Renata es una niña muy saludable.

—Es que eres una mujer muy fuerte. —Le acunó la cara y le dio un beso en la frente—. Gracias por darme otra nieta.

Samira sonrió y asintió, agradecida con el cariño genuino de su suegra. En realidad, se sentía muy afortunada de la familia política que le tocó, porque todos la habían aceptado como si de verdad llevara la misma sangre.

A pesar de que Vadoma y Thais, deseaban quedarse por más tiempo, sabía que no podían demorar, los demás también querían conocer a Renata, y lo que menos deseaban era que esas visitas le llevaran todo el día, porque Samira debía descansar. Así que se despidieron, deseando poder tenerlos cuanto antes en casa.

El turno de los siguientes familiares contó con la suerte de que se encontraron a Renata despierta. Se trataba de Ian, Reinhard y Sophia.

Saludaron primero a los felices padres y preguntaron por el bienestar de Samira. Ella dijo que no podía estar más feliz.

—¿Puedo cargarla? —preguntó Ian, en cuanto la vio en la cunita, mientras se chupaba el puñito y movía inquieta las piernas.

—Por supuesto —dijo Samira sonriente.

—Gracias... —dijo al tiempo que la levantaba—. Pequeñita, ven con tu abuelo, que te va a consentir muchísimo... —Le dio un beso en la mejilla y ella arrugó la cara, porque le picó la barba—. Eres muy bonita.

—Papá, no vayas a decir que es igualita a mí —intervino Renato con una ligera sonrisa.

—No, los niños recién nacidos no se parecen a nadie, aún está hinchada... —alegó él. Todos se echaron a reír y le dieron la razón—. Papá ¿quieres cargarla? —le preguntó a Reinhard.

—No me iré de esta habitación sin tener una seria conversación con quién me opacó el cumpleaños. —Caminó hasta el sofá, dejó el bastón a un lado y se sentó—. Tráemela —pidió extendiendo los brazos.

Enseguida Sophia se sentó al lado de su marido. Ella había esperado tanto ese momento, ya que había seguido muy de cerca el embarazo de Samira, incluso, más que el de sus propias hijas, porque a ellas las veía cuando mucho, dos veces por semana.

—Ay, mi chiquitita... —chilló Sophia con la ternura saliendo por cada poro de su piel.

—Pequeña bribona, antojada... ¿No te hacía falta una semana para nacer? —le preguntó Reinhard con una sonrisa que no podía ocultar lo orgulloso que estaba. La sostenía con un brazo y con el dedo índice de la otra mano le tocaba el mentón.

Le hacía muy feliz tener la dicha de poder conocer a una hija de Renato, porque fueron muchas las veces que sintió el miedo de que su adorado nieto se dejara vencer por sus demonios emocionales y le quitaran toda posibilidad de este merecido presente que estaba viviendo. Lo admiraba porque nunca dejó de luchar, aun cuando la pelea era contra él mismo, y bien sabía que esas eran las más duras de ganar.

—Es tan risueña —se rio Sophia, al ver que la niña sonreía—. Amor, se está burlando de ti.

—Parece que va a ser muy traviesa.

—Yo creo que está feliz de estar en los brazos del bisabuelo —intervino Renato, que no pudo evitar acercarse para ver ese acto reflejo de su hija, que parecía ser primera vez que lo hacía.

Mientras Samira atendía a las preguntas de su padre político, sobre su estado. Así era como Ian prefería que se dirigiera a él y no como suegro.

Sí, había encontrado en él, el cariño de padre que nunca tuvo por parte de Jan, del gitano jamás obtuvo el respeto, la comprensión y el apoyo que ese hombre le ha dado.

Tras más de media hora, los visitantes decidieron marcharse, comprendían que Samira debía descansar; así que se despidieron con besos y abrazos de los felices padres, mientras expresaban sus deseos de poder tenerlos muy pronto en casa.

—Espero que ya para mañana nos den el alta —dijo Samira, antes de que salieran sus familiares.

Una vez solos y con Renata de vuelta a la cunita, Samira llamó a su marido para que se

acostara con ella.

—¿No te incómoda?, no quiero lastimarte —dijo él, preocupado.

—No lo harás, ven aquí —pidió ella—. Podemos ver una película.

Renato aceptó y con mucho cuidado se acostó al borde de la cama y le dio el besó que Samira le pidió solo con la mirada, luego se hizo del control remoto que estaba sobre la mesa auxiliar.

Según Ian, solo ellos los visitarían ese día, todos los demás esperarían a que llegaran a casa para conocer a Renata, porque entendían que aún era muy reciente el parto y que Samira debía estar agotada y dolorida.

Sin embargo, Renato apenas encendía el televisor cuando Vadoma interrumpió en la habitación, lo que los sorprendió a ambos, porque creyeron que ya se había ido.

—¡Abuela! —exclamó Samira.

—Vengo a hacerte compañía para que Renato pueda ir a casa a ducharse y descansar un rato —anunció, al tiempo que dejaba en el sofá la cartera.

De la Vadoma viuda, que solía vestir siempre de negro y de falda, no quedaba nada. Ahora solo usaba pantalones que la hacían lucir más estilizada y siempre con colores vibrantes que solía combinar con otras prendas más sobrias. Como en ese momento que llevaba puesto un pantalón palazzo verde esmeralda con una blusa blanca.

—Pero no necesito ir a casa...

—¿Cómo qué no? Debes ducharte y cambiarte de ropa.

—Puedo hacerlo mañana cuando les den el alta...

—¿En serio, Renato Medeiros? —preguntó atónita—. Lárgate ahora mismo, que apestas —dijo señalando la puerta.

—¿Apesto? —se preguntó incrédulo y tuvo que levantar el brazo para olerse la axila.

—La verdad, no —sonrió Samira que también lo olisqueó—. Pero mi abuela tiene razón, ve a descansar un rato...

—Sabes que no voy a poder descansar, no estaré tranquilo si te dejas.

—Lo sé, pero necesitas estar limpio para cargar a Renata. —Le acarició el pecho, ella sí quería que él se relajara por lo menos, un par de horas—. Y me gustaría que me trajeras de esos riquísimos brownies que hace Olivia, con helado de dulce de leche de Bacio di Latte.

Samira sabía perfectamente que lo tenía comiendo en la palma de su mano y que por ella haría cualquier cosa; sobre todo, después de que le diera el más valioso de los regalos. ¿Cómo decirle no? Eso era imposible.

—Solo iré a ducharme. —Pensó que, para ganar tiempo, le pediría a su abuela, que le escribiera a la encargada de la cocina, para que fuesen preparando el brownie.

—Vale. —Le sonrió—. Ahora, dame un beso —le solicitó en un susurro.

Aunque no solían darse muestras de afecto delante de Vadoma, por las costumbres que estaban prácticamente inherentes en el ADN de la mujer, después de vivir con ellos varios años, aprendió a aceptarlas de vez en cuando.

Renato le sujetó la barbilla y le dio varios toques de labios.

—Voy a despedirme de mi hija, seré cuidadoso para no despertarla. —Terminó dándole un beso en la frente a Samira.

Luego caminó hasta la cunita y se acucilló, apenas con la yema del dedo índice y con mucho cuidado le acarició el puñito a su pequeña.

—Papá, vendrá muy pronto. —Se moría de ganas por darle un beso y poder olerla, pero era consciente de que Samira necesitaba descansar. Se levantó y fue a por su billetera que había dejado sobre la mesa auxiliar—. Cuídala, por favor. Si se presenta alguna emergencia me llamas

—le pidió a Vadoma.

—Ve tranquilo. —Con el tiempo, ella comprendió que el marido de su nieta tenía la tendencia de preocuparse demasiado por cosas mínimas. Al principio, le parecía una exageración que la exasperaba, pero todo tuvo sentido cuando le confesaron los problemas con los que él luchaba.

Renato salió de la habitación y en el pasillo se encontró con la enfermera que empujaba el carrito de comida, le traían el almuerzo a Samira; él detuvo a la mujer, para informarle que iría a cambiarse y regresaría en un par de horas.

Al igual que todos los demás, la enfermera le dijo que se tomara el tiempo suficiente para descansar y para recuperar energías, porque esa noche las iba a necesitar. Él solo asintió como si aceptara esa sugerencia, pero bien sabía que no iba a poder dormir, la euforia no lo dejaría.

Cuando llegó a la recepción del hospital, se encontró a sus padres y a sus abuelos, supo entonces, que ya todo había sido planificado para que él se fuera con ellos. Había pensado que regresaría en taxi, porque su coche se lo llevaron sus tíos el día anterior.

Subió a la SUV en compañía de sus abuelos, ya que sus padres se irían directos a su casa; no sin antes, anunciarles que volverían a verlo mañana en la fiesta de recibimiento que le harían a Renata.

—¿Fiesta de bienvenida para Renata? —preguntó confundido, antes de que su padre cerrara la puerta del vehículo. Él no había planeado nada de eso.

—Sí, es algo que Vadoma está organizando. Ella dice que es muy importante, que los gitanos siempre lo hacen. De todas maneras, háblalo con Samira, si ustedes no están de acuerdo, no tienen por qué hacerlo —dijo Ian.

—Esta noche lo conversaré con ella. Gracias por todo, papá.

—Avísame cuando lleguen a casa. —Ian cerró la puerta de la SUV y esperó hasta que el chofer la pusiera en marcha, se despidió con un ademán de sus padres y su hijo. Luego fue hasta la SUV donde lo esperaba Thais.



Nos hemos reído y llorado, los tres

Al llegar a casa, varios de sus familiares se acercaron para felicitarlo, otros ya habían tenido que regresar a sus países de residencia; sin embargo, no lo retuvieron por mucho tiempo, porque necesitaba subir a ducharse y cambiarse. Aunque, antes de ir a su habitación, prefirió entrar en la de Renata.

Samira se empeñó en ser ella misma quien la decorara, quería que ese lugar llevara todo su empeño y no el de una decoradora de interiores. Ante esa exigencia, él terminó involucrándose también en cada rincón de ese hermoso espacio.

Juntos la pintaron en tonos beige y un rosado opaco que a veces parecía estar más cerca del gris. Pusieron los cuadros, armaron la cuna, llenaron los muebles con pañales, toallitas y todo lo necesario para las necesidades de la niña. Escogieron la alfombra y la butaca. Al final, se sintió muy bien, hacer por ellos mismos el espacio en el que su hija descansaría; aunque acordaron que las primeras semanas, dormiría en su habitación en la cuna colecho.

Revisó que todo estuviese preparado, que no hiciera falta nada y que estuviera en el lugar adecuado para su niña. Ya podía imaginársela ahí, cambiándole los pañales, vistiéndola o en su primer baño. Estaba más ilusionado que nunca.

Cuando se fue a su habitación, se tomó unos minutos para revisar el móvil. Le escribió un mensaje a Samira para decirle que ya estaba en casa. Ella le respondió con una foto de su hija, aferrada al pezón izquierdo. Entonces sonrió enternecido.

—Sigo sin salir de la impresión de lo linda que es. —Le envió ese mensaje de voz.

—Renata dice, que duermas un par de horas, porque esta noche no te dejará dormir —contestó también con un mensaje de voz.

—Lo intentaré, ahora voy a ducharme.

—Vale, cariño... Te quiero mucho.

—Las amo.

Sabía que ahí terminaba esa conversación, entonces revisó otros mensajes. Por supuesto, todo eran de felicitaciones, el primero fue el de Bruno, siguió el de Raissa... y otros de más conocidos.

A todos les respondió agradecido por los buenos deseos. Luego dejó el móvil sobre la almohada y se fue al baño.

Estuvo un largo rato bajo la ducha, dejando que el agua le relajara los músculos. Aunque en su cabeza había un torbellino de muchos pensamientos, entre extraordinarios y preocupantes. Estaba dispuesto a dar todo de sí para ser un buen padre, pero no sabía cómo serlo, ¿cuáles eran los límites de cuidado? ¿Cómo sabría cuál era la línea que dividía la protección de la sobreprotección? Ahora entendía a su madre, porque si por él fuera, metiera a su niña en una burbuja que la aislara de todas las cosas malas del mundo. Pero también sabía que necesitaba vivir experiencias tanto positivas como negativas para que forjara una personalidad independiente y valerosa.

Anhelaba que su hija, fuese muy segura de sí misma, con el coraje de su madre... «Espero que no tenga ni un poco de mi personalidad» pensó, mientras el agua seguía cayendo sobre su cuerpo. «Renato, tú tienes cosas buenas» se llamó a la atención. «Prudencia, inteligencia... Eres

bueno con los números y los idiomas...» Como Danilo siempre se lo recordaba, debía hacer un balance de las cosas positivas y expulsar de su mente las negativas.

Sabía que, si continuaba en la ducha, no haría más que seguir dándole importancia a pensamientos que no debía. Su abuelo le había dicho, que ser padre es un oficio que se aprende día a día, sin descanso. Entonces, tenía que ser paciente, aunque la paciencia, definitivamente no era su fuerte, pero era mejor vivir un día a la vez y no estar dándole importancia a situaciones que aún no pasaban.

Salió del baño con una toalla en las caderas y se quedó en el vestidor, se puso unos vaqueros azul oscuro y un polo blanco, para estar más cómodo, porque esa noche, le tocaría dormir de nuevo en el sofá.

Se fue directo a la cocina, para ver si ya el brownie estaba listo, pero aún le faltaban unos minutos. Así que, fue a reunirse con sus abuelos, para darle detalles sobre el nacimiento de su hija, que ya le habían solicitado, pero poco les dijo.

Platicó con ellos, hasta que Olivia le llevó el brownie, se despidió de sus abuelos con besos en las mejillas y abrazos, luego se fue al estacionamiento y subió a la SUV. Ya de camino al hospital, hizo una parada para comprar el helado que Samira le pidió.

Su corazón dio un vuelco de emoción cuando entró a la habitación y vio a Samira cargando a su niña, mientras caminaba de un lado a otro, meciéndola y le cantaba bajito «Djelem Djelem».

Vadoma estaba dormida en el sofá, debido a que le estaba pasando factura el desfase horario.

Samira se volvió a mirarlo y enseguida se llevó un dedo a los labios, para pedirle que hiciera silencio, pero también le sonrió. Renato caminó casi de puntillas, puso en la mesa la bolsa en la que traía lo que su mujer le había pedido.

—Te he traído doble ración de helado —susurró, al tiempo que regresaba hasta donde estaba Samira, se paró detrás de ella, envolviéndola con los brazos, acunó el agarré con el que sostenía a la niña y siguió el mismo ritmo del lento balanceo con el que mecía a Renata.

—Gracias, amor. —Sonrió y volvió la cabeza de medio lado, para darle un beso en los labios.

Renato le sonrió y le dio otro beso en los labios, luego uno en el cuello; por último, uno en la clavícula, donde apoyó la barbilla para mirar a su hija, que estaba despierta, pero muy tranquila.

—Gelem Gelem... Lungóne droménsa —Él empezó a murmurar la canción. Después de tantos años viviendo junto a la mejor mujer del mundo, había aprendido esas cosas de su cultura de las que ella se sentía orgullosa, no solo se sabía las canciones, también bastante de su idioma —. Maladilém, shukare romensa... Gelem gelem, lungóne droménsa, maladilem. Baxtale romenca...

Samira también lo siguió cantando, mientras ambos observaban con infinita ternura al producto más bonito de su amor, hasta que se durmió.

Renato la liberó del abrazo para que pudiera llevar a Renata a la cunita. En cuanto Samira acostó a la niña, fue hasta donde su marido dejó lo que había traído, lo cogió y se sentó en la cama.

Él se ubicó en la butaca, junto a ella, mientras se complacía verla disfrutar del brownie y el helado. Se lo merecía, ya que Samira se había cuidado mucho con la alimentación durante el embarazo, fueron poco los antojos que sació, por el bien de Renata.

El hecho de que hubiese dejado la cafeína por tantos meses solo demostraba una vez más, la gran fuerza de voluntad que ella tenía, lo que hacía que la admirara un poco más.

—Esto está muy rico, es que Olivia es la mejor... —dijo Samira luego de zamparse un par de cucharadas.

Sin embargo, su comentario se vio interrumpido por su risa y la de Renato, cuando Vadoma

empezó a roncar.

—¿No que te iba a cuidar? —preguntó él, tratando de controlar la risa.

—Está exhausta, pobre mi abuela... —Siguió riendo y volvió a comer.

—¿Cómo te sientes? ¿Tienes menos dolor? —se preocupó él.

—Me duele todo el cuerpo, pero es bastante más soportable que las contracciones... Es algo así como cuando haces ejercicio después de mucho tiempo, me duelen músculos que no sabía que tenía —explicó sonriendo.

—¿Quieres un masaje en los pies? —se ofreció.

—Te lo acepto para más tarde.

Siguieron conversando en susurros, hasta que Vadoma se despertó por sus propios ronquidos.

—Pobre, Hermosell. —Renato rio bajito.

—¿Qué? ¿Cuándo llegaste? —Vadoma se despabiló en el sofá. No supo en qué momento se quedó dormida.

—Hace pocos minutos —mintió Renato, ya tenía más de una hora ahí.

—Abuela, ve a casa, necesitas descansar —sugirió Samira.

—¿Qué hora es?

—Van a ser las cinco de la tarde. —intervino Renato, al mirar la hora en su reloj de pulsera.

—Sí, mejor me voy, pero no a descansar. Voy a reunirme con Sophia para organizar la fiesta de bienvenida de Renata... ¿Ya sabes a qué hora te darán el alta?

—Abuela, no queremos una fiesta, solo una pequeña reunión con los más allegados... —Samira sabía cuán importante era que Renata llegara a casa en medio de una celebración, pero no estaba en condiciones para un pomposo evento.

—Será algo muy íntimo, te lo prometo —dijo al tiempo que se levantó y fue hasta su nieta. Le dio un beso en la frente—. Descansa, mi estrella.

—Lo haré, en la medida de lo posible —dijo sonriente.

Renato se levantó, aunque no quería dejar sola a Samira, creía que lo más adecuado era llevar a Vadoma.

La anciana caminó hasta la cunita, se inclinó y le dio un beso en la cabeza a la niña.

—Nos vemos mañana, mi estrellita hermosa... que luz tan bonita tienes —susurró enternecida.

—¿Nos vamos? —preguntó Renato, levantándose de la butaca.

—¿A dónde? Tú te quedas.

—Voy a llevarte.

—Ahora soy minusválida —ironizó—. Mis piernas, todavía pueden llevarme a dónde quiera ir...

—Caminando hasta la casa, es bastante trecho... —Renato bromeaba.

—Por supuesto que me iré en taxi. No necesito escolta, y me conozco muy bien la ciudad.

—Está bien, entonces ve con cuidado —desistió Renato, que en verdad no tenía muchas ganas de llevarla. En momentos como esos, era que agradecía la terquedad de Vadoma.

—Te quiero mucho, abuela, avísame cuando llegues a casa.

—Cuídalas muy bien —le dijo y se despidió con un gesto de la mano, agarró su cartera del sofá y salió de la habitación.

Una vez solos, se acostaron juntos y prendieron el televisor, para esta vez, sí poder ver alguna película. Llevaban poco más de la mitad del largometraje de intriga y suspenso, cuando Renato agarró la crema que estaba en la mesa auxiliar y se mudó a los pies de Samira, le levantó las piernas apenas lo suficiente para poder sentarse, dejando sobre su regazo las pantorrillas y empezó con su tarea de darle reconfortantes masajes desde los pies hasta las rodillas. Al tiempo

que seguían atentos a la pantalla.

Un llamado a la puerta, le hizo desviar la atención de la película.

—Adelante —dijo Renato, sin dejar de sobar la pantorrilla derecha de Samira.

Cuando la puerta se abrió, ambos pensaron que se trataría de la enfermera que venía a hacer rutina, ya que no esperaban más visitas y mucho menos cuando ya casi terminaba el horario.

—Buenas tardes —saludó, avanzando con cautela.

—¡Adonay! —Samira se mostró gratamente sorprendida.

No esperaba la llegada de su primo, sí le extrañó que no le respondiera el mensaje, pero jamás imaginó que se tomaría la molestia de viajar desde Ceará para verla. Venía cargado con un ramo de rosas color salmón y un conejito de peluche.

Renato dejó los masajes, se frotó las manos para disipar los restos de crema y se levantó para recibir al gitano, al que le ofreció la mano.

—Bienvenido, ¿cómo estás? —lo saludó con un apretón de manos. Ya habían tenido la oportunidad de conocerse unos meses después de inaugurado el hospital, cuando él decidió, por fin, verse con Samira para hacer las paces.

El trato entre ellos era estrictamente cordial, debido al parentesco que los unía, porque la confianza no era algo que ninguno de los dos pudiera ganarse fácilmente.

—Bien, muchas gracias... ¡Felicidades! —dijo sin soltarle la mano y estiró la otra para darle una palmada en el omoplato.

—Gracias. —Renato asintió y desvió la mirada hacia Samira, mientras recibía los obsequios de Adonay.

—Grillo. —Adonay sonrió y se acercó a la cama—. ¿Cómo estás? ¡Muchas felicidades! —Le dio un fuerte abrazo.

—Bien, muy bien... No esperaba que vinieras. —Estrechó el abrazo que su primo le daba.



Yo quiero darte mi alegría, mi guitarra y mis poesías

Renato solía ser un adulto bastante racional, pero cuando se trataba de Adonay, era como un adolescente inseguro, no sabía por qué ni tampoco podía controlarlo. Tenía la certeza de que, para Samira, él solo era su primo, jamás hubo más afecto allá del fraternal. Pero también contaba con la seguridad de que el gitano, sí estuvo enamorado de ella. Y, a pesar de que ya tenía esposa y tres hijos, no le constaba que hubiese dejado de querer a Samira.

Dejó sobre la mesa el ramo de rosas y el conejo, tratando de no mantener fija la mirada en el visitante.

—Aquí está el grillo bebé —dijo Adonay volviéndose hacia la cunita.

—Sí, parece que va a ser bastante alta —dijo Samira sonriendo enternecida con su hija.

—Oh, sí... tiene los dedos largos. —Se volvió a mirar a Samira—. Grillo, me alegra que todo haya salido muy bien.

—Gracias, ¿cómo está Malena y los niños?

—Bien, Malena te manda saludos... Y los niños, inquietos, como siempre... Es muy linda —dijo volviendo la mirada una vez más hacia la niña—. ¿Te parece si la comprometemos con Sandor? —ofreció a su último hijo que tenía un año—. Fortalecerá la sangre.

Ante ese comentario, Samira miró de inmediato a Renato, quien palideció, tensó la mandíbula y la vena en la frente se le abultó como nunca. Sus ojos normalmente cristalinos, refulgieron con intensidad.

—Agradezco la propuesta... —Samira sonrió conciliadora—. Pero no puedo hacerte una promesa que yo no puedo cumplir. Solo Renata tendrá el poder de decidir lo que querrá hacer con su vida.

—Es nuestro deseo que ella viva cada etapa sin presiones —intervino Renato, que pensó mucho para dar la respuesta menos ofuscada posible.

Adonay se quedó sin palabras, no podía rebatir la decisión de los padres de la niña.

—Todo a su tiempo... A su tiempo, grillo bebé —dijo sonriente.

A Renato no le molestaba que le llamara «Grillo» a su hija, pues bien sabía que se trataba de un calificativo cariñoso.

—¿Cómo está tío Baval?

—Bien, tratando de adaptarse al tratamiento y a la dieta. —Hacía apenas unas semanas que fue diagnosticado con hipertensión—. La verdad, no creo que siga las indicaciones médicas, como siempre, hará las cosas a su manera... Y yo estoy exhausto de discutir con él, temas sobre su propio bien. —Se podía sentir en el tono de su voz, lo difícil que era para él tratar de que su padre entrara en razón.

—Sé cuan intransigente son los Valenti, te agotan emocionalmente porque no hay manera de hacerlos cambiar de parecer... —Samira le siguió la conversación—. Pero si no quiere poner de

su parte para mejorar, nada puedes hacer; además, tú tienes tus preocupaciones con tu propia familia... No se trata de ser egoísta o un mal hijo, es que debes dar prioridad a quienes dependen de ti... Dar tu energía y cariño a quienes verdaderamente lo valoran. Tu vida ya es bastante estresante entre el trabajo y las obligaciones en el hogar... Tío lo sabe, debería considerarte un poco.

A pesar de que ella había roto lazos con la mayoría de los miembros de su familia. De una manera u otra, siempre tenía noticias sobre ellos. Y le molestaba mucho la actitud de Baval, que no fuese un poco más consciente de la difícil situación de Adonay, haciéndole todo más cuesta arriba. A pesar de que contaba con una estabilidad económica y laboral, lo pasaba mal con Amir, que desde que nació fue un niño bastante enfermizo y debido a su condición de prematuro había desarrollado un sistema inmune bastante delicado y también fue diagnosticado con autismo.

—No solo intransigente, también es orgulloso. Hablamos por última vez hace una semana, no me ha llamado ni tampoco me atiende las llamadas, solo porque le dije que, si no ponía de su parte en cuidar su salud, no me llamara a medianoche para decirme que se siente mal, para que lo lleve al hospital.

Samira negó con la cabeza, porque bien sabía que esa era la actitud de Baval.

—Entonces, no lo llames, él buscará la manera de ponerse en contacto contigo cuando se le pase la molestia.

—Sí, es algo que ya ha pasado varias veces... Y es como un círculo vicioso, que me gustaría romper.

—Puedes hacerlo, si quieres. No es fácil, pero puede lograrse —lo dijo por experiencia propia.

Siguieron conversando por unos cuantos minutos más. Renato seguía la plática e intervenía solo cuando era necesario o cuando se dirigían exclusivamente a él; ya que, no se involucraba en el tema familiar, porque no conocía al padre de Adonay, solo había tenido la oportunidad de tratar con su esposa y sus hijos, pero por lo que Samira le había contado, era mucho más estricto que Jan.

Cuando se asomó una enfermera para anunciar que el horario de visitas había terminado, Adonay se despidió rápidamente.

—Puedes quedarte en casa, así saludas a Vadoma. —Se ofreció Renato.

—No hace falta, gracias. Me hospedé en un hotel cercano, ya hablé con la abuela, nos veremos por la mañana. —Fue ella quien le dijo en que hospital estaba Samira.

—Adonay, quédate para la fiesta de bienvenida de Renata —le pidió Samira cuando él se acercó para despedirse de ella con un beso en la mejilla y un abrazo—. Será mañana por la tarde.

—Está bien, muchas gracias. —Asintió y caminó hasta Renato para despedirse con un apretón de manos.

—Te esperaremos, ¿tienes la dirección? —preguntó Renato.

—Creo que en algún momento Samira me la envió.

—Te la paso de nuevo... No vayas a faltar —pidió su prima.

—No lo haré, te doy mi palabra.

Eso dejó más tranquila a Samira, porque no había nada que un gitano respetara más que su palabra.

—Hasta mañana. —Renato lo acompañó hasta el pasillo.

Todos les dijeron que debían prepararse para la noche, porque Renata no los dejaría dormir, pero todos los pronósticos se fueron al suelo, porque la niña, no despertó en toda la noche, fue Samira quien tuvo que despertarla para darle de mamar y cambiarle el pañal.

Renato no sabía si eso era normal, por lo que fue lo primero que le preguntó a la pediatra

cuando llegó a revisarla por la mañana. Ella le quitó toda angustia, al decirle que era normal, aunque poco habitual y que se consideraran afortunados; sin embargo, le aconsejó que si pasada cuatro o cinco horas y no despertaba, que ellos debían hacerlo, para que pudieran alimentarla.

La pediatra tras revisar a Renata les aseguró que estaba muy bien y que esa tarde le daría el alta. Solo quedaba esperar que llegara la ginecóloga para que viera si Samira estaba en condiciones para también poder regresar a su hogar.

—¿Es verdad? —le preguntó Renato a Samira, una vez que salió la ginecóloga.

—Verdad, ¿qué? —preguntó ella con una sonrisa desconcertante.

—¿Te sientes bien? ¿No tienes dolor? —insistió, no quería que ella soportara sufrimiento solo por no preocuparlo.

—Sí, cariño. De verdad, me siento muy bien, no tengo dolor, de vez en cuando, algunos ligeros pinchazos, pero nada más. —Le extendió la mano—. Ven aquí, vamos a arreglar la maleta, que ya quiero irme a casa.

Tras terminar de recoger todo de la habitación, solo dejaron por fuera, la ropa que usaría Samira después de ducharse y las prendas que le pondrían a Renata, una vez se despertara.

Cuatro horas después, Samira estaba sentada en el asiento trasero de la SUV, junto al asiento de bebé, mientras Renato confirmaba que el cinturón de seguridad que protegería a su hija estuviese bien ajustado.

Se veía hermosa con su monito celeste con florecitas blancas y el gorrito que tenía un lazo coqueto. Estaba durmiendo muy a gusto en el asiento.

—¿Tu cinturón está bien ajustado? —preguntó Renato, desviando la mirada de su hija para ver a Samira.

—Sí —respondió ella, tirando un poco del cinto para demostrarle que estaba segura—. Vamos a casa —pidió sonriéndole.

—Vamos —asintió y también le sonrió.

Renato subió al asiento del conductor y mientras se ajustaba el cinturón de seguridad, miró a través del retrovisor a su mujer y a su hija. Ese momento, era realmente perfecto.

Samira le sonrió por el espejo y estiró la mano para ponérsela en el hombro, enseguida él la sujetó y giró un poco la cabeza para besarle el dorso.

—Te amo —susurró ella, acariciándole los labios con el pulgar.

—Te amo, mi vida. —Le dio otro beso y le soltó la mano para poder poner en marcha la SUV.

Vadoma, Sophia y Thais, a pesar de que contaron con la ayuda de una agencia de festejos, fueron ellas quienes se esmeraron para que la entrada y salón principal de la mansión Garnett, pareciera el escenario de un cuento de hadas. Miles de flores, adornaban las escaleras y los marcos de las puertas, arreglos de globos daban el aire infantil y femenino al espacio.

A pesar de que hacía un par de días, se había llevado a cabo la celebración del patriarca, estaban más que preparados para recibir con festejos a Renata. Ya que, la niña se convertiría en la alegría perenne en la gran residencia.

Al llegar a casa, pudieron ver en la entrada un hermoso arco creado con flores en tonos rosado, morado y blanco y debajo un anuncio que le daba la bienvenida a Renata.

Sonrió agradecido con ese gesto tan bonito que tuvo su familia con su hija. Una vez que aparcó lo más cerca posible a la puerta principal, bajó y bordeó la SUV, abrió la puerta de Samira y le ofreció la mano para ayudarle a bajar, luego caminó hasta el otro lado del vehículo y sacó a su hija.

—¡Bienvenidos! —dijeron al unísono los presentes, en cuanto uno de los hombres de seguridad le abrió la puerta.

Renata se agitó un poco en los brazos de su padre, debido al eufórico recibimiento.

Samira observó encantada lo bonito que había quedado el salón, estaba agradecida con todos por haberse tomado el tiempo para preparar ese recibimiento a su hija.

—Gracias —dijo ella sonriente y abrió los brazos para recibir a su abuela. Le alegró mucho ver que Adonay estaba presente, poco a poco, él iba aceptando que ella formara parte de una familia no gitana y también se integraba a ellos de forma cordial.

Eso le agradaba mucho, porque así los Garnett y Medeiros, entenderían que no todos los gitanos actuaban de forma irracional y que estaban dispuesto a la integración de ambas culturas. Ya que, cuando fue a pedir el perdón de su padre, ellos no se llevaron la mejor impresión; aunque estaba segura de que Renato no entró en detalles con ellos sobre aquel encuentro, los hombres de seguridad sí tuvieron que poner al tanto a Reinhard, de la forma nada afectuosa con la que fueron recibidos o, mejor dicho, echados.

Se dividieron entre los que se acercaron a ella para darle abrazos de felicitaciones y a preguntarle cómo se sentía y los que fueron directos a ver a Renata en los brazos del padre. Las exclamaciones llenas de ternura no se hicieron esperar, lo que la hacía sentir más orgullosa de su hermosa niña.

Solo unos pocos la cargaron, porque sabían que no era prudente que, siendo tan pequeña y con el sistema inmune aún tan débil, estuviera de brazos en brazos.

Al final, regresó con su padre, que terminó entregándosela a Samira, porque era momento de que Renata se alimentara.

—Regresamos en unos minutos, le vamos a presentar su habitación y a darle de comer —dijo Renato.

—Ve tranquilo, cariño —le dijo Thais, mientras todos los demás disfrutaban de algunos aperitivos.

Renato abrió la puerta de la habitación para que Samira con la niña en brazos, pudiera entrar.

—Mira, mi amor. Está es tu habitación... —dijo la gitana con voz aninada, al mostrarle el espacio a la recién nacida—. ¿Te gusta? A que sí, es muy bonita... Verdad, que es bonita... —le hablaba y sonreía al ver cómo la pequeña asomaba la lengua y luego empezó a lloriquear—. Yo sé que tienes hambre, yo sé... —hablaba mientras caminaba hacia la mecedora de lactancia junto a la ventana.

Renato se apresuró para ayudarle y puso cerca el mueble para que descansara los pies.

—¿Así estás cómoda? —le preguntó.

—Sí, tengo la espalda y las costillas doloridas... —expresó y resopló.

—Puedo preguntarle a la ginecóloga, si te receta algo para el dolor.

—No, ya pasará, solo es por todo el esfuerzo que significó traer a esta pequeña al mundo... —dijo mirando a Renata que seguía llorando—. Ya, cálmate, ya te voy a dar de mamar.

Renato que no podía quedarse solo mirando, le ayudó a descubrirse la teta, le ponía un poco nervioso los alaridos de su hija.

La niña buscó desesperada el pezón y se pegó a él con ímpetu.

—Comelona. —Sonrió el padre y se quedó mirando lo que para él era la escena perfecta.

—Se veían muy ricos los pastelitos —dijo Samira.

—Te traeré, ¿te gustaría algo más? —preguntó sonriente, ya sabía a quién había salido su hija.

—Solo un pastelito —le sonrió y le regaló un guiño coqueto.





Y ya te quería, te soñaba, te sabía

La primera semana de vida de Renata, pasó en medio de muchas emociones y anécdotas. Esa mañana, como todas, desde que llegó, estaba en los brazos de su bisabuelo, tomando el baño de sol, ya que era recomendable para ambos.

Sentado en una banca a la sombra de una enredadera, Reinhard tenía largas conversaciones con Renata, lo que le hacía recordar esos días en que hacía lo mismo con Hera y Helena. Lamentablemente no lo hizo con Ian y Thor, porque en ese entonces, pasaba muchísimo tiempo trabajando. Si tan solo pudiera regresar en el tiempo, habría sacrificado muchas horas en el grupo para poder experimentar esos instantes junto a ellos.

Agradecía que Renato y Samira, le permitieran esos minutos, en los que solo eran ellos dos, confiaban lo suficiente en él como para dejarla a su cuidado a pesar de su edad. Le gustaba que fuese bastante risueña, sobre todo con él; al parecer, le agradaba mucho el tono de su voz.

—Ya casi se termina nuestro momento —le dijo tocándole con la yema del dedo índice el mentón—. No quieres regresar adentro, ¿cierto? —hablaba dándole suaves golpecitos.

La niña sonrió y abrió los ojos, mostrando sus iris azul oscuro. Estaba seguro de que con el tiempo se harían más claros, porque así habían sido los de Thor y luego los de Renato.

La luz indirecta de sol matutino le molestaba por lo que parpadeaba constantemente.

—Renata, deberíamos exigir más tiempo. —Sonreía fascinado con su bisnieta—. Diremos que necesitamos más vitamina D...

—Es hora de regresar, esta pequeña necesita comer y vestirse, porque ya casi es hora de ir a su consulta —interrumpió Samira, ya vestida para ir al pediatra, mientras Renato se estaba duchando.

Él se despertó algo tarde esa mañana, era de esperar, si cada vez que ella despertaba por las noches y madrugadas para amamantar a la niña, encontraba Renato sentado, mirándola dormir en el colecho.

Algunas veces era él quien la despertaba, antes de que Renata empezara a llorar por comida; eso y las profundas ojeras que él tenía, le hizo suponer a Samira que poco estaba durmiendo. Así que, hacía un par de noches, fingió quedarse dormida y en cuanto Renato creyó que estaba rendida, salió cuidadosamente de la cama, la bordeó y se sentó en la butaca, ahí se quedó observando atentamente a su hija.

—Cariño, ¿qué haces? —le preguntó al tiempo que se incorporaba.

—Solo la cuido un rato. —Se le notó en la mirada que se sintió sorprendido.

—Pero si acaba de dormirse, deberías aprovechar para hacerlo también.

—Solo serán unos minutos.

—Renato —dijo precavida—. No serán solo unos minutos, esta semana, apenas si has dormido, me he percatado que pasas toda la noche despierto vigilando el sueño de Renata.

—No, no lo hago... —Intentaba mentir, pero a Samira no podía ocultarle nada—. Bueno, sí... Es que no puedo dormir, necesito estar atento en todo momento... ¿Y si deja de respirar? —le preguntó, exteriorizando su gran preocupación y se volvió a mirar una vez más a su hija.

—Amor, ven aquí... ven —lo llamó Samira extendiéndole los brazos. Renato obedeció, se levantó y fue con ella. Se dejó abrazar—. Eso no pasará, nuestra hija, es una bebé muy sana...

—Pero existe la posibilidad de la muerte súbita.

—Renato —gruñó mientras le apretaba las mejillas—. Eso no pasará, te lo aseguro, ¿acaso no confías en mí? ¿De qué sirve que haya estudiado tanto y tenga tantos años de experiencia con niños si mi esposo no confía en mis habilidades? —masculló, no estaba molesta, solo quería recordarle que estaba más que capacitada para cuidar la salud de la hija de ambos.

—Confío en ti, sabes que confío en ti más que en cualquier otra persona, más que en mí mismo, por eso cuando estás despierta, puedo dormir tranquilo, porque sé que Renata está a tu cuidado...

—No puedo estar despierta toda la noche y tú tampoco —intervino.

—Lo sé, tampoco voy a permitir que estés despierta todo el tiempo, pero yo puedo...

—No, tú no puedes, necesitas descansar y dejar que tú hija duerma sin tu supervisión... Prométeme que vas a dormir.

Renato la miró a los ojos y pudo ver la súplica en ellos. Lo menos que quería era mortificar a su mujer.

—Lo intentaré.

—Promételo —pidió

—Lo prometo.

Así fue como desde esa noche y poco a poco Renato consiguió ir sumando horas de sueño; al punto de que varias veces, Samira despertaba, le daba de comer a la niña, le sacaba los gases y volvía a hacerla dormir sin que él ni se diera cuenta; ella sabía que solo estaba reponiendo horas de sueño.

—Ven, vamos a darte de mamar —dijo Samira, al tiempo entraba en la habitación de Renata. La cual solo llevaba un pañal.

Se sentó en la mecedora y se permitió cerrar los ojos, mientras su hija succionaba con ánimo de su pezón izquierdo, al tiempo que la mecía. Aunque estaba acostumbrada a cumplir con extenuantes guardias médicas; desvelarse por ser madre la tenía agotada y todavía se sentía cansada del parto.

A pesar de que tan solo había pasado una semana, su zona genital estaba bastante bien, no sentía dolor ni incomodidad, caso contrario de su espalda, la cual sufría una gran contractura muscular y poco había dado resultado los ejercicios de yoga que hacía todas las mañanas. Sí, en algunos momentos se sentía con mucha energía, pero su cuerpo seguía resentido.

—Renata, calma, cariño... —Sonrió ayudándole a que volviera a agarrar el pezón, que había soltado y lo buscaba con ansias. Tras varios minutos, le había vaciado el primer pecho y por la forma en la que chupaba se había quedado con hambre, por lo que le ofreció el otro pecho.

Una vez que se sació al dejarla seca, Samira se levantó y se paseó por la habitación mientras le ayudaba a que expulsara los gases. Luego la llevó hasta el cambiador, donde la acostó para empezar a vestirla.

—Mi bonita. —Se dobló para repartirle besos en el pecho, las mejillas y las manos. Le encantaba la suavidad y olor de su pequeñita. Tras los varios mimos, se dispuso a cambiarle el pañal y a limpiarla con una toallita húmeda, aunque ya la había bañado esa mañana.

Sonrió cuando sintió a su marido envolverle la cintura con los brazos y le dio un beso en el cuello. Ya no se sobresaltaba, porque esa manera de sorprenderla se convirtió en costumbre.

—Renata, ¿quieres que papá te ayude a vestir? —preguntó, mientras le acariciaba la panza a Samira, ya le había bajado bastante en esa semana, pero la tenía como cuando cumplió aproximadamente el quinto mes de embarazo.

—Sí, papá, ayúdame... —Samira con voz aninada, respondió por su hija.

Renato se detuvo al lado de Samira y agarró el vestidito rosado que le pondrían.

—Parece un poco infectado el cordón —dijo Renato con tono preocupado al mirarle el ombligo y ver que tenía un poquito de sangre.

—No, no está infectado, creo que ayer cuando le limpié removí algo de costra —lo tranquilizó Samira.

Ella dejó que él vistiera a Renata, aún era algo torpe pero solo se trataba de los nervios, que lo llevaban a tratarla con demasiado cuidado.

—Estás lista, princesa de papá —dijo Renato, satisfecho, en cuanto le puso el lazo en la cabeza. La cargó y le dio un par de besos en la mejilla. Sabía que iba a consentir demasiado a Renata, eso no podría evitarlo.

Fueron a despedirse de Reinhard y Sophia que se encontraban en la biblioteca, de inmediato pidieron ver a Renata, por lo que el padre se las acercó. La pequeña recibió besos de sus bisabuelos y Samira aprovechó para hacerle un par de fotos junto a ellos, para registrar el día de la primera consulta pediátrica, recuerdo que sumaría a los cientos que ya tenía.

Ya en el consultorio de la pediatra, Renato y Samira estuvieron atento a todo lo que le hacían a la niña, también ambos le expusieron sus inquietudes, aunque pocas, preferían no volver a casa con dudas.

—Todo está muy bien, probablemente hoy por la noche o mañana ya se le caiga el cordón —les avisó, cuando el padre le preguntó si estaba bien. Además, les indicó sobre los cuidados que debían darle al ombligo.

Renato y Samira salieron del consultorio tranquilos y felices, porque Renata estaba en perfecto estado de salud.

—Lo estamos haciendo bien —dijo Samira, mientras caminaban al estacionamiento.

—Sí, muy bien. —Sonrió observando a la niña en los brazos de su madre—. Te ayudo —se ofreció.

—Por favor, tengo mucha tensión en la espalda —jadeó al tiempo que se la entregaba.

—Me preocupa que tengas los músculos tan tensos. Parece que los estiramientos no han servido de mucho. ¿Te parece si mejor te haces un masaje? Creo que eso podría ayudar.

—No quiero dejar a Renata para ir a un centro de relajación.

—Que te lo hagan en casa, llamaré a la abuela para que le pida a su masajista que vaya esta tarde.

—Vale, si es así, no me negaré. —Sonrió y le apretó el bíceps en señal de agradecimiento.

Renato acomodó a la bebé en su asiento de seguridad, le dio un beso en la cabeza y fue a subirse al asiento del conductor, ya que Samira subió al del copiloto cuando él estaba acomodando a Renata.

—¿Quedó bien ajustado el cinturón? —preguntó ella, volviendo medio cuerpo para mirar a la niña en el asiento trasero.

—Sí, muy bien —dijo Renato, al tiempo que se ponía su cinturón.

En cuanto él puso en marcha la SUV, tomó el volante con una mano y le ofreció la otra a Samira.

Ella enseguida entrelazó sus dedos a los de Renato, se miraron a los ojos y sonrieron, como muestra de la felicidad que los embargaba.





Te buscaba, te adoraba, y por tu amor ya me moría

Renato revisó por tercera vez la pañalera, asegurándose de que llevaba todo lo que su hija necesitaría ese día. Había pañales, babero, chupete, toallas húmedas sin alcohol, dos cambios completos, bolsas de plástico biodegradables, frazada, termo con agua hervida, su juguete favorito, gel desinfectante, fórmula infantil, leche materna de las que Samira se extraía y mantenía congelada y tres biberones.

—¿Estás seguro de que puedes llevarla contigo? —preguntó Samira, mientras terminaba de vestir a Renata.

Estaba algo acelerada porque se le hacía tarde para ir al hospital, en poco más de una hora tenía su primera cirugía del día.

—Sí, solo quiero asegurarme de llevar todo —dijo Renato, acomodando por tercera vez muy bien todo dentro de pañalera. Cómo no iba a estar seguro si hasta había ajustado su agenda para poder cumplir con sus compromisos laborales y paternos.

—Bueno, tu papi, dice que está seguro... Entonces, hoy vas a aprender mucho sobre la buena administración del dinero... —Samira le sonrió a la niña.

Renata soltó un chillido y luego empezó al balbucear, dejando ver el par de dientecitos que se asomaban en la encía inferior, lo que provocó que su madre también riera.

—Sí, mi amor... sí, vas a ser una niña amante de los números, tu papi te va a enseñar... —hablaba levantándola del cambiador, luego le dio varios besos en la mejilla y cuello, con eso arrancándole más carcajadas a su pequeña.

Aunque, ya Renata tenía seis meses y que desde que cumplió dos meses, sus padres retomaron sus labores en sus respectivos trabajos, no habían contratado los servicios de una niñera, porque ella se quedaba al cuidado de sus bisabuelos y las muchas mujeres asistentes al servicio.

Así que, había personas suficientes para cuidar muy bien de la niña, y no era esa la razón, por la que Renato había decidido llevarla consigo a la oficina ese día, su motivo era poder pasar más tiempo con su hija, porque debido al trabajo, eran pocas las horas, ya por la noche, que conseguía compartir con su pequeña estrella.

Samira, también se la había llevado varias veces al hospital, ella contaba con la fortuna de que en su lugar de trabajo tenía la guardería; sin embargo, no lo hacía todo el tiempo para evitar que se enfermara, algo que podría pasar, debido a los virus que había en el ambiente.

—Su padre la cuidará muy bien —dijo él, ofreciéndole los brazos.

—Te acompañó a llevarla al coche, o te arrugará el traje —dijo ella—. Encárgate de la pañalera.

Renato sabía que su traje terminaría arrugado antes de que llegara a su oficina, pero no le importaba en absoluto. Antes de partir, fueron a despedirse de sus abuelos.

—Pequeñita, pórtate muy bien con tu papi... —le dijo Sophia y le dio un beso en la mejilla.

—¿Por qué no le pides a Estela que te acompañe? Por si necesitas ayuda —sugirió Reinhard.

—No es necesario, abuelo. Me las arreglaré, sé que puedo cuidar de mi hija sin la ayuda de nadie.

—Sé que puedes... Bueno, ve tranquilo.

—Nos vemos por la tarde. Hasta entonces. —Renato se despidió con un beso en la mejilla de su abuelo.

—Ve con cuidado —le aconsejó Sophia, cuando recibía el beso en la mejilla por parte de su nieto.

—Lo haré, no te preocupes, abuela.

—Adiós, cariño —le dijo la pelirroja a Samira.

—No cenén sin mí —dijo la gitana sonriente.

—No podríamos. —La tranquilizó Reinhard.

—Renata, dile adiós a los abuelitos... —Samira sujetó el brazo de la niña y lo movió en señal de despedida.

—Adiós, mi princesita. —Reinhard también se despidió con la mano.

En ese momento, Renata hizo un pechero con toda la intención de ponerse a llorar, por tener que dejar a sus bisabuelos.

—Vamos, vamos... o empezará a llorar —incitó Renato.

Se apresuraron para llegar al estacionamiento, donde hicieron un intercambio, Samira le entregó a la niña para que él la pusiera en el asiento y Renato le dio la pañalera para que se la sostuviera mientras él se encargaba de su hija.

Una vez que Renata estuvo segura en el asiento, Samira le pasó la pañalera y él la puso al lado.

—Avísame cuando llegues —le pidió Renato, en cuanto se volvió hacia su mujer y le puso las manos en los hombros.

—Lo haré. —Dejó las palmas de sus manos contra el pecho de su marido—. Conduce con cuidado.

Él asintió y buscó la boca de Samira, para darle un beso de despedida. Ella lo invitó a que lo hiciera más profundo y él por supuesto que la complació.

—Te quiero, gitana —murmuró y se pasó ligeramente la lengua por el labio inferior para saborear el beso.

—Te amo, payo. —Le sonrió provocadora—. Si haces buen trabajo, cuidando de Renata, esta noche te recompensaré.

—El trabajo de mi vida es ser padre... —Sonrió esperanzado, mientras le acariciaba con los pulgares detrás de las orejas, ya que sus manos estaban detrás del cuello femenino—. Lo haré de maravilla, ya verás.

—Deseo que lo hagas, pues también me veré beneficiada con esa recompensa. —Le guiñó un ojo y le sonrió.

Renato aun sujetándola por el cuello la atrajo de nuevo a su boca con un posesivo movimiento y la besó con ansias.

—Será mejor que te vayas o corremos el riesgo de que lleguemos demasiado tarde a nuestros trabajos —le dijo, con su frente sobre la de ella y rozándole la nariz con la suya. En ese momento Renata soltó un gritito bastante agudo—. Además, nuestra hija está bastante entusiasmada con el paseo. —Le soltó el cuello—. Te extrañaré cada minuto.

—Yo también. —Retrocedió un par de pasos, luego se volvió y subió a la SUV que esperaba por ella.

Renato cerró la puerta trasera y luego bordeó el vehículo para subir al asiento del conductor. Desde ahí se despidió de Samira levantando la mano.

Ella desde al asiento trasero también se despidió de su marido con la mano y una sonrisa.

Primero salió la SUV en la que iba Samira y Renato la escoltó hasta que sus caminos tuvieron que separarse.

Él iba muy atento al camino, pero también miraba cada tanto a su hija por el retrovisor, que estaba enérgica moviendo los piecitos y las manos, mientras balbuceaba sin parar.

—Renata, ¿quieres escuchar música? —le preguntó, volviéndose a mirarla por encima del hombro.

La niña movió los pies con energía y soltó un chillido.

—Tomaré eso como un sí... Así que voy a poner la canción que siempre te canto —le dijo y volvió a mirar al camino, enseguida le pidió al asistente virtual que reprodujera—. Y solo se me ocurre amarte de Alejandro Sanz.

A pesar de los años, Renato y Samira, mantenían la lista de reproducción en español, que en su momento le sirvió a ella para familiarizarse con el idioma que debía dominar en Chile. Todas las canciones les traían buenos recuerdos, por lo que no la abandonaron; por el contrario, siempre y en momentos especiales le agregaban más, en definitiva, el nacimiento de su hija fue motivo para agrandar la lista. Ambos se esmeraron durante meses en buscar canciones en español para Renata.

En especial, esa canción la agregó al día siguiente de que su hija naciera, ya que no solo era para ella, sino también para la mujer que más amaba y que le dio el mejor regalo que un hombre pudiera tener.

—Tan pura la vida y tú tan llena de paz... Y solo se me ocurre amarte. Llenas mi vida de luz, llenas el cielo la tierra y el mar... Y a mí, tan solo se me ocurre amarte... —cantó siguiendo la voz del cantante—. No existe un corazón que lo resista, niña, pero si lloras, quiero que mis ojos sigan cada lágrima tuya y hasta que la pierda de vista... —Aprovechó para llegar al autoservicio de un café y se pidió un capuchino—. Gracias —le dijo a la joven de la taquilla y antes de ponerse en marcha se volvió a mirar de nuevo a su hija que le sonreía mostrando sus dientecitos —. Seguimos, Renata.

—Pa... Pa... —balbuceó.

—¿Dijiste papá? —preguntó Renato con la felicidad a punto de hacerle estallar el pecho.

—Pa...

—¡Sí, dijiste papá, dijiste papá, cariño! —Se rio emocionado y habría corrido a sacarla del asiento para comérsela a besos, pero el auto detrás lo apuró con un bocinazo. Así que rápidamente se puso en marcha—. Princesa, muy bien... has dicho papá... —Reía atontado por el orgullo que lo invadía.

Estuvo atento, esperando escuchar de nuevo la palabra «papá» entre los balbuceos de su hija, pero estaba por llegar y no lo había repetido; sin embargo, no podía quedarse él solo con esa anécdota, así que, a la espera de que un semáforo le cambiara a verde, tomó el móvil y le envió un mensaje de voz a Samira.

—Amor, no lo vas a creer, pero Renata acaba de decir papá... —Esa nota fue acompañada con una risa de puro escepticismo.

Casi enseguida Samira le respondió y lo primero que se escuchó fue una risa de ella.

—No puede ser, debía decir primero mamá.

—Bueno, dijo papá, lo dijo muy claro —respondió él—. Espero que lo repita muy pronto y en tu presencia... Estoy seguro de que pronto empezará a decir mamá. —Lo envió y volvió a mirar

a su hija—. Verdad que muy pronto dirás mamá... —reía con su pequeña, que se agitó juguetona.

Cuando levantó la mirada, vio en el auto de al lado a un hombre que le sonreía; al parecer, estaba muy atento a la conversación que él tenía con Renata, en respuesta también le sonrió al extraño. En ese instante recordó, que hacía muchos años, cuando también iba camino al trabajo, vio a un padre en la misma situación con su hijo. En ese entonces, pensó que él jamás podría vivir esa experiencia, que jamás tendría una familia, pero el destino se encargó de escupirle a la cara, que las cosas no siempre salían como uno se las esperaba, sino como ya estaba previsto.

La luz del semáforo le cambió y arrancó. En pocos minutos llegó a la sede principal del Grupo EMX, entró al estacionamiento y se detuvo en su plaza.

—Hemos llegado —le anunció y mientras se quitaba el cinturón de seguridad se volvió a verla.

Acelerado bajó y corrió para sacar a su hija que empezaba a impacientarse.

—Ya, ya... te saco —le dijo al tiempo que se hacía primero de la pañalera, la cual se colgó atravesándose el pecho—. Ven aquí, cariño. —Le dio un beso, ella le pellizcó las mejillas con ambas manos y buscó con la boca abierta la nariz de su padre cómo buscaba el pezón de su madre—. Ya veo, tienes hambre. —Rio sin poder creer que ya estuviese hambrienta.

Confiaba que ese día junto a su hija sería extraordinario, porque estaba en sus planes poder traerla por lo menos una vez a la semana.

Antes de que su hija se pusiera más exigente, buscó el chupete y se lo metió a la boca, así la entretendría mientras llegaba a la oficina.

Como era de esperar, Renata fue el centro de atención de todos con los que se topaban, ya que no era común ver a un hombre con su bebé en un edificio como ese.

Juliana, su asistente, en cuanto lo vio le ayudó a abrirle la puerta, le saludó con el respeto de siempre, además de una genuina ternura hacia la niña.

Desde que regresó a Rio de Janeiro, ella que fue la asistente de Drica, pasó a ser la asistente principal, tras la jubilación de la mujer que fue su apoyo y segunda mano durante muchos años.

Tenía que firmar unos documentos, pero no iba a dejar a Renata al cuidado de la asistente cuando apenas recién llegaba, eso le haría sentir que fracasaba demasiado pronto. Así que, aprovechó que su hija estaba bastante empeñada con el chupete y la dejó en la mecedora eléctrica para bebé, que había mandado a instalar en el lugar, un par de días antes.

Acercó el artefacto que le facilitaba el cuidado de su hija al escritorio y se dispuso a cumplir con el primer punto en su agenda. Revisó cada documento que debía firmar y tras estampar cada rúbrica se tomaba unos segundos para darle atención a la niña.

Una vez que terminó con su primer compromiso, preparó el biberón de su hija y la sacó de la mecedora, luego se fue con ella al sofá, para alimentarla. Había dejado veinte minutos entre los puntos a cumplir en su agenda ese día; así que los aprovecharía al máximo con su niña.

Le hacía muy feliz pasar tiempo con su pequeña, que lo tenía más que enamorado. Sin duda, ser padre era algo que lo llenaba de miedos e incertidumbres, pero lo hacía sentir pleno. Cada experiencia con ella era única, había aprendido a hacer cosas que jamás se imaginó, como saber la temperatura exacta del agua para sus baños, cambiar pañales, preparar biberones, vestirla y las mejores técnicas para sacarle los gases... Cada día, Renata le dejaba claro, que había muchas cosas de las que podría ser capaz.



Y ya te llamaba sin palabras que no había

El trayecto de Samira era un poco más largo que el de Renato e invertía el tiempo de viaje para leer, siempre llevaba consigo el dispositivo electrónico en el que tenía miles de libros.

Entre el trabajo en el hospital y ser madre, le quedaba poco tiempo para sus propios intereses; sin embargo, leer siempre había sido uno de sus mayores placeres. Amaba adentrarse en místicas historias de fantasías o vivir las historias de amor como si fuese la suya propia.

Quizá, experimentar una y otra vez, cómo los personajes se conocían y se enamoraban, le mantenía vivo ese amor apasionado que sentía por Renato; aún después de quince años, las mariposas que él despertaba con solo pensarlo seguían aleteando enérgicas en su estómago. Esas cosquillas que le recorrían el cuerpo cada vez que la miraba seguían siendo tan intensas y lo deseaba con las mismas ansias de la primera vez que hicieron el amor.

Estaba tan emocionada como una adolescente porque los protagonistas del libro que estaba leyendo, por fin iban a besarse, después de páginas y páginas de tanta tensión sexual. No obstante, antes de que pudiera leer el momento del tan esperado beso, su cuerpo se sacudió violentamente hacia adelante por un frenazo y de no haber sido por el cinturón de seguridad se habría estrellado contra el asiento del copiloto.

—Señora, lo siento, ¿se encuentra bien? —preguntó preocupado Mauricio, que era el chofer y guardaespaldas.

Samira jamás quiso estar bajo el cuidado de otra persona, pero para darle tranquilidad a Renato, aceptó la custodia, porque era consciente de que el hospital estaba en una zona algo peligrosa y ser la esposa del nieto de Reinhard Garnett, la convertía en un blanco para cualquier tipo de delincuencia.

—Sí, sí... estoy bien —respondió con el corazón latiendo desahogado en la garganta, aunque tenía algo de dolor en el pecho por la barrera que le creaba el cinturón de seguridad.

—Lo siento, es que esa mujer se atravesó —comentó, haciendo un ademán hacia la mujer que estaba ya al otro lado de la acera. Mientras se ponía otra vez en marcha.

Samira se volvió a ver a la mujer que estaba con un niño en brazos, ella caminaba rauda, casi desesperada. Entonces cuando la SUV pasó a su lado, Samira la reconoció inmediatamente, aunque tenía muchos años de no verla, estaba segura de que esa era su hermana Sahira.

—Mauricio, detente —le pidió.

—Pero señora, no puedo. No sabemos si es... —Él trataba de cumplir con las órdenes del señor Garnett, de no detenerse en ningún lugar hasta que Samira bajara sana y salva en el estacionamiento del hospital.

—Detente —dijo más enérgica—. Ella no significa un peligro, es mi hermana...

—¿Su hermana? —Cuestionó perturbado. El hombre que llevaba solo un par de años trabajando para la familia, poco conocía de la procedencia de Samira.

—Sí —aseguró, tiró de la manilla para abrir la puerta, pero seguía con el seguro puesto—.

Mauricio, abre, por favor.

—Sí, sí señora... —dijo al tiempo que quitaba los seguros y se bajó del vehículo al mismo tiempo que Samira.

—¡Sahira! —la llamó Samira y corrió para alcanzarla.

La gitana se volvió, tenía a un niño de unos dos años cargado con un brazo, mientras que con el otro le sostenía un trapo lleno de sangre en la cabeza.

A Samira se le encogió el estómago de angustia, no por ver al niño llorando, mientras Sahira intentaba contener alguna hemorragia, sino por verla a ella con un moratón en la comisura derecha y el labio partido.

—S-S-Samira —balbuceó, con la voz aún ronca por el llanto.

—Sahira, ¿qué pasó?

—Nada, nada... el niño se cayó, solo se cayó... —dijo nerviosa, por toda la situación que había vivido y por ver a su hermana después de tantos años.

Sí, sabía que se había casado con un payo rico, sabía que era la dueña de ese hospital que estaba a varias calles y la había visto en la televisión cuando hablaban de la prestigiosa familia a la que ahora pertenecía, pero solo hasta ahora era que la tenía en frente, después de tantos años, la última vez que la vio, fue el día de su miramiento, porque cuando despertó al día siguiente, ya Samira se había escapado.

Lo que hizo que en su casa se hiciera un revuelo. Su papá le dio la espalda y les exigió a todos que hicieran lo mismo, les ordenó no volver a hablarle, porque ya no formaba parte de la familia.

Años más tarde, supo que había regresado a la casa a por el perdón de su padre, pero él la echó, luego los reunió a todos y volvió a recordarles que Samira no pertenecía a esa familia y que su abuela Vadoma tampoco, que quien tuviera contacto con alguna de ellas también dejaría de ser un Valenti.

Fue ese temor de ser apartada también de la familia, lo que hizo que nunca se acercara a ella, de ninguna manera. Aunque vivía con su esposo en la casa de sus suegros, acudía muy a menudo a la casa de sus padres cuando necesitaba ayuda. Como era el caso en ese momento.

—Ven, déjame ayudarte, ¿lo llevas al hospital? —preguntó, sintiendo una mezcla de rabia, dolor e impotencia, al ver las condiciones en la que estaba su hermanita.

—No, no... voy a casa, mamá me ayudará... —Retrocedió varios pasos para que Samira no le pusiera las manos encima a su hijo. Ella se veía tan hermosa, aunque llevaba puesto un pijama médico, lucía demasiado refinada. No era ni la sombra de la hermana con la que jugaba.

—Sahira, el niño necesita atención médica, déjame revisarlo... La hemorragia es considerable —aseguró al ver la cantidad de sangre que manchaba el paño y la palidez del pequeño.

Sahira se volvió a mirar a su hijo, que realmente estaba muy mal, sus labios habían perdido el color.

—No puedes verlo, yo no puedo verte, si papá se entera me dará la espalda, mi suegro también lo hará y terminaré en la calle, sin mis hijos...

—Jan no tiene por qué enterarse... Nadie tiene por qué enterarse.

—Ya no le dices «papá» —la interrumpió con cierta decepción en su voz.

—No tiene caso que lo llame de esa manera si ya no soy parte de esa familia... —Ella consiguió entender que su familia de sangre estaba compuesta solo por su abuela y Adonay.

Todas las carencias afectivas que alguna vez tuvo pudo llenarlas con todo el amor, cariño, comprensión y aceptación que su familia política le brindaba día a día. Ian Garnett, había sido más padre para ella de los que alguna vez lo fue Jan Valenti, pero era algo que Sahira no iba a comprender, porque no había transitado el mismo proceso.

Sahira iba a reprochar que Samira se hubiese desprendido de la familia tan fácilmente, ella nunca podría hacerlo, aunque su padre la echara una y mil veces, seguiría siendo la hija de Jan hasta el día de su muerte. Samira le dejaba claro que entonces que ella tampoco ya no era su hermana.

No obstante, no pudo decirle nada porque el terror de ver que su hijo Iulian perdió el conocimiento y se derrumbó sin fuerzas hacia un lado, le anuló cualquier recriminación.

—Iulian, Iulian... —lo llamó aterrada, tratando de reanimarlo.

—Necesita que lo llevemos al hospital... —Los nervios también se despertaron en Samira—. Puede tener una conmoción cerebral. Sabía que ella no iba poder arrebatárselo a su hermana de los brazos, por lo que se dirigió hacia su chofer—. Mauricio, ayúdame con el niño.

—No, no toques a mi hijo...

—¿Acaso quieres que muera? Deja de ser tan irracional... Deja el maldito orgullo gitano de lado y permite que le salve la vida al niño... —dijo Samira con carácter.

Mauricio aprovechó que la mujer bajó la guardia ante las palabras de Samira y tomó al niño desfallecido. Se apresuró con él hacia la SUV.

—Si mi padre... —Sahira siguió al hombre moreno de gran contextura.

—Si se entera, no pasa nada... No puedes poner en juego la vida del niño solo por el miedo que le tienes a Jan... —habló Samira caminando rauda detrás del chofer—. Mauricio, yo conduzco, sube detrás.

El hombre no contradijo las ordenes de Samira, hizo lo que le pidió y junto a él se sentó Sahira, que lloraba desesperada por ver a su niño sin fuerzas.

Samira puso en marcha la SUV y condujo a una velocidad muy seguramente no permitida en las calles de ese barrio, pero sabía que debían estabilizar a su sobrino. Miró por el retrovisor, le dolía muchísimo ver al niño así, pero más le dolía ver a su hermana con las huellas visibles del maltrato.

Hasta donde sabía, ella se casó con un buen gitano, un hombre que la quería y respetaba y al que ella también amaba. Le parecía demasiado injusto que ese amor se hubiese convertido en una pesadilla para ella.

Cuando llegaron al hospital, Mauricio corrió con el niño en brazos hasta la emergencia, Samira y Sahira corrieron detrás de él.

Samira a pesar de ser dueña del hospital, se guiaba por los protocolos y también era una empleada más. Su agenda estaba programada, ella ya tenía una cirugía pautada y no estaba en el área de emergencias; aun así, se valió de sus influencias para que atendieran a Iulian de inmediato. Estaba completamente segura de que lo dejaba en las mejores manos.

Samira aprovechó que tras la primera revisión y que recuperara el conocimiento, lo pasaron a la sala de cura y luego lo llevarían a hacerle algunas tomografías. Más tranquila, buscó a su hermana que se quedó en la sala de espera junto a Mauricio, quien se había manchado el traje de sangre.

Estaban sentados uno al lado del otro, pero con una silla vacía de por medio, Samira sabía que esa distancia la había puesto su hermana.

—Ya lo están atendiendo, recuperó el conocimiento... —explicó Samira a su hermana que en cuanto la vio se levantó—. Van a estabilizarlo, para llevarlo a la sala de cura y suturarle la herida, también le harán algunas tomografías...

—Me gustaría estar con él... —Sahira exhaló con alivio—. ¿No crees que le pase nada malo? El golpe fue muy fuerte —chilló preocupada.

—No puedo asegurarlo, debemos esperar las tomografías. En un momento vendrán a buscarte

para que estés con él... Yo debo dejarte, tengo una cirugía en unos minutos y debo ir al quirófano.

—Sí, ve... es tu trabajo. —Le dijo Sahira, entonces Samira se aventuró y le puso la mano en el hombro, apretándoselo en un gesto que pretendía reconfortarla. Pudo sentirla bastante tensa.

—Todo estará bien, ya verás... Ahora que venga la enfermera, también te atenderá, deja que te ayude, necesitas curarte el labio y tomar algo para el dolor y la inflamación... Espero que esto no sea algo frecuente y que solo haya sido producto de los nervios por la caída del Iulian, porque tu marido no tiene ningún derecho a pegarte...

—No fue él, fue mi suegro... Y tenía todo el derecho para hacerlo, no debí descuidar a Iulian, no debí... pero no es fácil estar al pendiente de cinco niños —chilló bajando la mirada.

Samira se impresionó, no podía creer que su hermana ya tuviera cinco hijos, la pobre no debía tener vida propia, ni tiempo para nada.

—Sahira, los accidentes pasan, los niños suelen ser inquietos y muy curiosos. Y tu suegro menos que nadie tiene porqué ponerte las manos encima, no debes permitirlo, no debes... —dijo con contundencia, una hoguera de ira se había encendido en su pecho—. Me duele mucho verte en esta situación, eres mi hermana...

—Dijiste que ya no eras parte de la familia.

—Porque Jan así lo quiso, pero sigo sintiendo mucho cariño por ti... Eres mi hermanita y no quiero que nada malo te suceda... Y quiero que sepas que si decides irte de la casa de tus suegros, puedes contar conmigo, no vas a perder a tus hijos, te lo aseguro, si no tienes a donde ir, ven aquí, pregunta por mí y te ayudaré... —Trataba de buscar la mirada de Sahira, pero ella le rehuía, caminó hasta la recepción, se hizo de una libreta y un bolígrafo, anotó ahí su número—. Llámame cuando quieras, buscaré la forma de hacerte la vida más fácil, pero solo si tú así lo quieres. —Se acercó y a pesar de la tensión de Sahira, le dio un beso en la mejilla—. Te quiero... y extrañé muchísimo volver a verte. Me entristece que haya sido en esta situación, pero me hará muy feliz si me dejas ser tu hermana, te prometo que Jan no se va a enterar que estamos en contacto.

Sahira sollozó y se limpió las lágrimas, luego asintió con la cabeza.

—Gracias, Samira. Tú siempre has sido buena conmigo, lamentó mucho que papá te echara de casa.

—Ya no lo lamentos, las cosas debían suceder de esa manera. —Le sonrió condescendiente, aunque con cierta tristeza también—. Es el resultado de todas las decisiones que tomé, y en este punto de mi vida, no me arrepiento. Ha merecido la pena.

—Te he visto por televisión, tu hija es muy linda, y tienes un buen esposo. Me alegra que hayas alcanzado ese sueño por el que tanto luchaste, recuerdo lo mucho que te gustaba jugar a ser médico. —Sonrió con añoranza.

—Gracias, sí... Más que un sueño, era una obsesión. —Sonrió.

—Bueno, ve, que la vida de un niño depende de tus capacidades.

—Es una niña, le haré una tiroidectomía parcial... que es un procedimiento en el que se extirpa una parte de la tiroides —le explicó y por instinto de las viejas costumbres le acarició el pelo.

Sahira seguía siendo un poco más baja que ella, a pesar de su piel curtida por el sol, sus hermosos ojos Hazel, que siempre contaron con la particularidad de cambiar de tonalidad dependiendo, la ropa que llevara puesta, la luz o hasta por el estado de ánimo, seguían brillantes por las lágrimas.

Como quisiera tener el poder para evitarle tantas carencias y dolor, pero no era algo que

dependiera de ella; era Sahira quien debía tomar importantes decisiones y salir de la casa de sus suegros. Esperaba que encontrara el valor de aceptar la ayuda que le estaba ofreciendo, aunque con ese orgullo gitano tan arraigado, era muy difícil y no era como si ella pudiera ir a sacarla de dónde vive, ni hacer ninguna denuncia, porque con los gitanos era mejor no meterse.

Sahira asintió con una débil sonrisa que hizo que la partidura en su labio se ensanchara más.

—Mauricio, puedes regresar a casa, todo estará bien. —Samira se dirigió al chofer que también se levantó en cuanto la vio llegar.

—Sí, señora. —Asintió ante la orden.

Samira sabía que no podía demorar más, así que se marchó, mientras era seguida por las miradas de su hermana y su chofer.



Te buscaba te adoraba y en mi alma te sentía

Se apresuró para dejar sus cosas en el casillero, luego se fue rauda hasta la habitación de su paciente. Volvió a hablar con los padres y con la niña, tratando de brindarles total seguridad acerca de la intervención, era necesario dejarlos tranquilos al afirmarles que Angélica estaba en buenas manos.

Se despidió de ellos, para ir a revisar una vez más en la tableta electrónica la historia clínica de su paciente; entretanto, la enfermera trasladaría a Angélica a quirófano, donde la esperaría el anesthesiólogo y todo el equipo médico.

En la antesala del quirófano, se vistió con las ropas quirúrgicas e hizo todo el proceso de esterilización de sus manos, cuando entró para iniciar la cirugía, Angélica aún estaba despierta, pero más que relajada por los efectos de los medicamentos previos a la anestesia general.

—Hola, princesa, ¿cómo te sientes? —le preguntó sonriéndole, para generarle confianza.

—Bien, ¿puedo comer algodón de azúcar? —preguntó risueña.

—Claro, cariño. En cuanto despiertes, podrás comerlo, te lo traeré, ¿qué color prefieres? ¿Rosa o azul?

—Uno de arcoíris.

—Por supuesto... uno de arcoíris. —Le sonrió enternecida y miró al anestesista, como una señal para que supiera que ya podía administrar el Propofol—. Ahora vas a dormir un ratito, ¿sí?

—Sí —dijo la niña y movió la cabeza, asintiendo.

—¿Quieres escuchar música mientras duermes? —le preguntó Samira. La niña volvió a asentir con la cabeza—. ¿Cuál? Estamos aquí para complacerte.

—Las del Gato Renato.

—Sí, pongamos al Gato Renato. —Samira sonrió. En ese momento una de las enfermeras puso a reproducir la música infantil—. Cantamos —la invitó. A pesar de que a la niña acababan de ponerle la mascarilla por la que inhalaría Óxido nítrico, siguió la canción que la doctora Medeiros entonaba—. *Um dia depois de um cochilo, o gato Renato acordou, mas ele não achou seus sapatos e começou a chorar...* Listo —dijo una vez que la niña cayó rendida ante los efectos de la anestesia.

Ya lista, tomó el bisturí y trazó una incisión horizontal al frente de la parte inferior del cuello, justo encima de la clavícula de Angélica, con mucho cuidado de no dañar los vasos sanguíneos y nervios en el cuello.

La operación duró casi dos horas, pero todo salió muy bien. Una vez que se aseguró de que su pequeña paciente estuviera en observación, regresó a urgencias, para ver si Sahira aún se encontraba ahí; al preguntar por ella, le informaron que se encontraba en radiología.

Fue al cuarto piso donde estaba la sala de radiología. Justo en ese momento, Iulian estaba acostado en el escáner de TC, que había sido acondicionado de manera que pareciera una nave espacial con llamativos colores y dibujos, para que los niños se sintieran más tranquilos a la hora

del procedimiento.

Sahira no podía pasar, estaba al otro lado del cristal, observando a su hijo con los dedos entrelazados debajo del mentón; sin duda, estaba orando por el bienestar de su niño. Samira llegó y se detuvo a su lado.

—Todo saldrá bien —aseguró para darle un poco de sosiego a su hermana—. Está al cuidado de excelentes profesionales.

Sahira asintió y soltó un suspiro. A pesar de que era menor que Samira, en sus facciones se notaba como cinco años mayor, probablemente por la calidad de vida que llevaba.

—Le ha gustado mucho esa máquina, estaba fascinado —murmuró con la voz rota.

—Sí, suele gustarles el escáner... —Samira sonrió y desvió la mirada hacia su sobrinito—. Seguramente lo dejarán en observación hasta mañana...

—No, yo no puedo dejarlo hasta mañana. —Se mostró sobresaltada con los ojos a punto de saltarle de las órbitas.

—Sahira, deben monitorearlo, una contusión cerebral suele ser impredecible y peligrosa. Lo mejor es que esté bajo supervisión médica, por lo menos, las primeras veinticuatro horas.

—Es que... No lo entiendes, Samira... se supone que debía ir a casa con mamá, no venir aquí, no humillarme ante ti, no necesitamos de tus favores... Ni de tu dinero...

—Es lo que te dice Jan, ¿cierto? —la interrumpió Samira. Su hermana cerró la boca de golpe y la miró aún más nerviosa, dándole con eso la respuesta—. Bueno, Sahira, tendrás que escoger entre el bienestar de tu hijo o proteger el estúpido orgullo de tu padre. Sé que les tiene prohibido acercarse a mí, y que entre sus exigencias está nunca venir al hospital, pero ellos no te solucionarán nada. ¿Qué hace él por ti? Te lo has preguntado.

—Es... es mi padre... —balbuceó.

—Lo es, pero eso no le da derecho de decirte cómo tienes que vivir la vida, ni mucho menos limitarte ante situaciones como estas... ¿Prefieres que tu hijo muera, por no pinchar el ego de Jan Valenti, de Kavi o de Wesh? —Samira empezó a negar con la cabeza—. No te estás humillando ante mí, ni te estoy haciendo un favor. Mi deber es velar por el bienestar de los niños, fue un juramento que hice el día que recibí mi título. Mi propósito es salvar vidas y lo haría, aún si se tratara de Jan... a pesar de todo el dolor que me causó, alejándome de los demás miembros de la familia.

—Tendré problemas... —Bajó la mirada, las palabras de Samira le habían calado muy hondo y terminaron haciéndola sentir derrotada—. Pero no voy a arriesgar la vida de mi hijo, ellos son todo lo que tengo, son quienes me dan la fuerza para seguir adelante —exhaló temblorosa.

Ya le había pedido ayuda a sus padres para que la recibieran de nuevo en su casa con su marido y sus hijos, porque estaba cansada de los abusos de sus suegros, pero le negaron que volviera a su hogar. No era primera vez que su suegro le pegaba, y era prácticamente la sirvienta de su suegra. Su marido, aunque era bueno con ella y trabajaba todo el día para poder llevar el sustento a casa, no tenía el carácter para enfrentarse a sus padres.

Ella por cuidar de sus hijos, no podía trabajar, tampoco se lo permitían sus suegros, pero daría lo que fuera por encontrar el dinero suficiente para largarse de ahí, encontrar, aunque fuera una casa pequeña que pudiera alquilar, pero con lo poco que Vinicio ganaba apenas les alcanzaba para vivir al día.

—Has tomado la mejor decisión. —Samira le sonrió con admiración.

Se volvieron a mirar al niño, que en ese momento la enfermera lo cargaba, levantándolo de la camilla del escáner, le pidió que mirara a su madre al otro lado del cristal y le pidió que le saludara con la mano.

Sahira sonrió y se le derramaron varias lágrimas al ver que a su niño se le notaba más animado, correspondió al saludo. Cuando lo sacaron de la sala en una silla de ruedas, les llevaron al consultorio del radiólogo, quien les explicó que afortunadamente Iulian, no tenía ningún daño considerable, dado la seriedad del golpe, pero que debían tenerlo en observación por las próximas veinticuatro horas, por lo que sería remitido a hospitalización. Tal como Samira ya le había dicho a su hermana.

Una vez instalados en la habitación, a Iulian le llevaron comida para que repusiera fuerzas, que bastante necesitaba tras la considerable pérdida de sangre, además de soportar nueve puntos de sutura, aunque sin dolor, solía ser incómodo y alarmante para los niños.

—Si quieres puedes ir a comer algo, yo puedo cuidarlo. Mi próxima cirugía es en una hora —ofreció Samira a su hermana.

—No, estoy bien, prefiero estar con él —dijo ella, dándole del puré de patatas que le habían llevado. Desvió la mirada a su móvil sobre la mesa auxiliar que se iluminó con una llamada entrante de su madre. De momento, era mejor ignorarla.

Samira también miró en la pantalla la foto de su madre, le fue imposible no sentir un pellizco en el centro de su pecho, pero se obligó a no darle importancia a esa sensación. Ella también prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

—Es abu... abu... —Iulian señaló con su dedito índice la pantalla.

—Sí, cariño, pero primero tienes que terminarte toda la comida, en un ratito hablaremos con ella —dijo Sahira, sintiendo que el corazón se le instalaba con latidos contundentes en la garganta, porque sabía que debía encontrar la valentía para decirle que estaba en el hospital de Samira. Aunque ella siempre había sido bastante tibia con el tema de Samira, lo cierto era que hacía lo que su padre decía.

Samira sabía que su hermana no hablaría con su madre si ella estaba presente, por lo que usó la primera excusa que se le vino a la mente y salió de la habitación.

A mitad del pasillo, buscó su móvil en el bolsillo del pijama, miró la hora y era pasado mediodía. Era hora de la comida, pero la verdad, no tenía mucho apetito; así que en vez de ir al restaurante que a esa hora debía estar repleto, prefirió ir a la cafetería a por algo más ligero.

Se pidió una ensalada de frutas, un yogurt griego y una botella de agua. Aprovechó para enviarle un mensaje a Renato, se moría por saber cómo le estaba yendo con Renata.

En respuesta, él le hizo una video llamada, la que de inmediato contestó.

—Se quedó dormida hace un minuto —dijo él en voz baja, mostrándole a Renata, rendida en la mecedora eléctrica.

—¿Comió bien? —preguntó sonriendo con ternura.

—Muy bien, jugo un rato y se rindió. Es una niña muy tranquila.

—Como su papá. —Samira sonrió—. ¿Y tú, ya comiste? —preguntó al tiempo que pinchaba un trozo de sandía.

—No, estoy esperando a que llegue mi almuerzo.

—¿Qué pediste? —Curioseó.

—Risotto de pollo al curry... ¿Y tú que estás comiendo?

—No tengo mucho apetito, una ensalada de frutas y yogurt.

—¿Salió todo bien con la niña de la tiroides? —le preguntó, porque le extrañaba que Samira estuviera sin apetito; solo cuando las cosas no salían bien con sus pacientes, era cuando su estado de ánimo daba un bajón que le anulaba las ganas de cualquier cosa.

—Sí, muy bien... —Sonrió y asintió—. Angélica, hermosa niña, tengo que comprarle un algodón de azúcar arcoíris y llevárselo mañana a recuperación. —Pinchó esta vez un trozo de

melón.

—Entonces, ¿qué te preocupa? —preguntó él, seguro que algo le afectaba.

—Nada...

—Gitana —intervino, porque la conocía muy bien, como para que intentara mentirle—. Algo te pasa, ¿quieres contarme?

—Nada serio... —explicaba cuando escuchó que llamaban a la puerta de la oficina de Renato, seguramente era su almuerzo—. Pero te cuento esta noche en casa, ¿te parece?

—¿Segura que no es nada serio? —preguntó, mientras caminaba a la puerta para abrir.

—Te lo aseguro, mi amor. —Le sonrió para que creyera en su palabra—. Ahora te dejo para que puedas comer tranquilo.

—Vale, cariño... Te quiero.

—Yo también, dale un beso de mi parte a Renata cuando despierte.

—Lo haré, te lo prometo. —Le hizo un ademán al joven que le traía la comida, para que pasara al salón de reuniones adjunto a su oficina. Donde comía muchas veces, prefería hacerlo ahí, ya que no si no almorzaba en compañía de personas de su círculo cercano, prefería hacerlo solo.

—Lo estás haciendo bien, payo... —Se rio enamorada—. Veo que de ahora en adelante podrás llevarte a Renata, más seguido a la oficina.

—Ya lo creo, hasta ahora se ha portado como un angelito, ni parece que tuviera el carácter gitano de su madre.

Samira le guiñó un ojo, luego le lanzó un beso y finalizó la llamada. Se terminó la ensalada y antes de regresar a la habitación donde estaba su hermana, tuvo presente que ella no había comido nada y que debía estar hambrienta, por lo que agarró del mueble exhibidor, un emparedado de atún, una ensalada y una lata de coca cola, solo esperaba que aún le gustara tanto la gaseosa como cuando era niña.



Y ya te quería, yo ya te quería

La puerta de la habitación estaba entreabierta, quizá así la dejó la enfermera cuando vino a buscar la bandeja de la comida de Iulian, antes de que Samia pudiera entrar, escuchó que Sahira hablaba con alguien más que no era su hijo.

No era del tipo de personas que le gustara husmear en las conversaciones ajenas, pero prefirió no entrar cuando escuchó que su hermana decía «mami», no quería que se cohibiera en su plática, pero Samira tampoco pudo marcharse, algo más fuerte que ella, la obligó a quedarse junto a la puerta, desde donde no podía ser vista.

—No, no la he visto... El hospital es inmenso, ni siquiera sé si está aquí. Mami, tenía que traerlo, la herida es muy grande. No tenía opción, necesitaba sutura... Sí, sí, ya está mejor, pero tiene que quedarse en observación... Mami, por favor, no le digas a papi, no le digas a nadie, hazlo por Iulian... Gracias, gracias por comprender... Quiero irme a casa, por favor, habla con papi, intercede por mí, para que nos acepte, hay espacio, sí lo hay...podemos quedarnos todos en una habitación —sollozó con fuerza—. Ya no quiero estar más en la casa de Rodolfo, me pegó otra vez... Se le ha hecho costumbre y Vinicio no lo enfrenta. Sí, a él le molesta cada vez que me pega, pero no me defiende. No fue mi culpa que Iulian se cayera, estaba amamantando a Carol... Por favor, mami... Sí, sé que ahora esa es mi familia, pero... No, bueno —chilló impotente—. Bueno, está bien, intentaré no provocar la ira de Rodolfo, haré más de lo que ya hago... Te agradezco que no le digas a nadie que vine al hospital... No, a Vinicio le digo yo, por él no hay problemas, por el contrario, más de una vez me ha dicho que traiga a los niños cuando están enfermos. Gracias, por comprender... adiós. Sí, te llamaré por la noche, adiós.

Samira pegó la espalda en la pared junto al quicio de la puerta, se llevó una mano al pecho donde anidaba una mezcla de rabia, impotencia y tristeza. Las lágrimas le picaron en los ojos, pero no las derramó a pesar de que sentía a su hermana llorar, pues debía ocultarle que había escuchado la conversación y también lo mejor era ser apoyo para ella, no empeorar su situación.

Le fue imposible no pensar que así de triste habría sido su vida si no hubiese tenido el coraje y la ayuda de su abuela para huir. Ya que Adonay, al igual que Vinicio, solo eran peones de sus padres; aunque su primo, estaba empezando a librarse del yugo de Bovol y eso era de admirar.

Inhaló profundamente para encontrar un poco de calma, entró a la habitación y fingió una sonrisa. El niño estaba entretenido jugando con una tableta electrónica, que formaba parte de los implementos de entretenimiento que tenían en las habitaciones para los niños.

—Veo que está muy a gusto —dijo sonriente. Pudo darse cuenta cómo Sahira se limpiaba las lágrimas.

—Sí, le encanta jugar. —Sahira también fingió una sonrisa y se volvió a ver a su hermana por encima del hombro. Ella estaba sentada en un sillón junto a la cama, por lo que le daba la espalda a la entrada.

—Te traje algo de comer. —Samira le ofreció la bolsa de papel y la lata de gaseosa—. Debes estar hambrienta.

—Gracias. —La recibió con una sonrisa gentil—. Aunque no tenías que molestarte.

—No es molestia. —Samira se acercó a Iulian, ella no conocía a Vinicio, pero vio en el niño rasgos del abuelo Jan, esa nariz aguileña, sin duda era de los Valenti—. ¿Cómo te sientes? —le

preguntó acariciándole con cuidado el cabello—. ¿Bien?

—Sí —El niño asintió con contundencia.

—¿Te gusta esta habitación? ¿Te gusta estar aquí? —interrogó con el carisma innato para tratar a los niños.

—Mucho, me gusta mucho... Es muy bonito —dijo con la mirada en la pantalla, mientras jugaba.

—¿Te gusta ese juego?

—Sí.

—Bueno, te regalo esa tableta, podrás llevártela...

—Samira, no, no la necesita... —intervino Sahira, que recién le había dado el primer mordisco al emparedado. No era que no la necesitara, era que no sabía cómo explicar de dónde la sacó.

—Pero esta le gusta, puede llevársela —insistió Samira.

—No lo entiendes o no quieres hacerlo, no puedo llevarla. —Dejó de comer.

—Sahira, vivir con miedo no es vivir... —Caminó hasta donde estaba su hermana y se acucilló en frente—. Cariño, me duele mucho verte así, no te pareces en nada a mi hermanita, solías ser muy extrovertida, mucho más que yo... ¿Dónde está tu personalidad tan chispeante?

—Solo crecí, ya no soy una niña.

—Aunque ya no lo seas, tu esencia no cambia, te han apagado, ya no eres un cohete... ¿Recuerdas que decías que no podías estar tranquila porque tenías la energía de un cohete? Quiero que vuelvas a echar chispas —la instó tomándole una mano.

—Solo eran tonterías de niña. Estoy casada, tengo cinco hijos... Mi vida... —Se encogió de hombros resignada—. Es esto que ves...

—Pues, yo no quiero que esta sea tu vida... —Los ojos de Samira volvieron a llenarse de lágrimas—. Tu vida no tiene que ser así, no tienes que ser el blanco de la ira de tu suegro, ni suplicar por un pequeño espacio en la que fue tu casa... Lo siento, escuché la conversación que tuviste con mamá, es evidente que ella no hará nada por ti... No se conduce de tu situación ni mucho menos de tu dolor, no lo hará porque jamás se enfrentará a Jan.

—Samira... —sollozó fuerte, a pesar de que no quería llorar para no preocupar a su hijo.

—Sé que sabes que puedo ayudarte, lo he hecho antes... Estoy segura de que *paruñi* te dijo lo de mi premio.

—Sí, por eso me regalaste el vestido de novia. —Afirmó con la cabeza—. Aunque le dijo a papi que fue ella quien atinó a dos números de la Quina, por eso pudo comprar mi vestido y hacer mejoras en la casa, pero le guardé el secreto...

—Entonces estoy segura de que ahora puedes volver a guardar un secreto. Te ayudaré a que salgas de la casa de tus suegros esta misma semana... ¿Te parece?

—No puedes hacerlo... —chilló entre aliviada y temerosa.

—Puedo hacerlo, haremos como con el traje, nadie tiene por qué enterarse. Me has dicho que Vinicio es bueno contigo, que hace todo lo posible por tratar de ofrecerte más, pero es algo que está fuera de su alcance, habla con él, dile que te ayude con este secreto. Una vez que él acepte no tienen por qué darle explicaciones a nadie... buscaré una casa para ti, tu esposo y tus hijos, si quieres aquí mismo en el barrio.

—Pero Samira... no puedo aprovecharme de ti, no puedo.

—No te estás aprovechando, nada me hará más feliz que poder sacarte del infierno en el que estás viviendo. Mi deber como hermana mayor era cuidarte, en todo este tiempo he fallado en eso. Permíteme que cumpla con mi deber, porque si no sales de esa casa, ese viejo infeliz te

matará... piensa en tus hijos, ellos no tienen por qué ver cómo le pegan a su madre. No es el ambiente donde ellos deben crecer. —Samira trataba de convencerla con todo fervor—. No tienes que darme una respuesta ahora, piénsalo, háblalo con Vinicio, pero si él no acepta, tendré que denunciar a su padre, y créeme, mi familia política tiene los contactos necesarios para hacer que vaya a la cárcel, por lo menos, unos meses...

—Eso solo empeoraría todo... Samira.

—Sahira, necesitas salir de ahí, quiero que seas tú la que tomes la decisión o me veré obligada a sacarte.

—Entonces así haces las cosas, valiéndote del poder de la familia de tu marido.

—No, así no hago las cosas, pero por tu bienestar, estoy dispuesta a hacer eso y más...

—Está bien —interrumpió sintiéndose acorralada—. Está bien, lo hablaré con Vinicio.

Samira le apretó ambas manos y le besó los nudillos.

—Sahira, convéncelo. Me duele mucho verte tan apagada, te están destruyendo.

—Lo hablaré esta noche, supongo que vendrá al hospital.

—Perfecto, mi guardia termina a las ocho, así que podré hablar con él.

—No, por favor, deja que yo me encargue. —A pesar de que estaba aterrada, por todo lo que se le venía encima, también sentía tranquilidad.

Tranquilidad de saber que muy pronto ya no tendría que convivir con sus agresores y que sus hijos creciesen en un ambiente más seguro. Si para eso necesitaba aceptar la ayuda de Samira, la aceptaría, ya que su padre no había querido ofrecerle la suya.

—Ahora tengo que dejarte, es casi hora de mi siguiente cirugía. Vendré a verte en unas cinco o seis horas.

—¿Tardará tanto la cirugía? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Sí, es un proceso delicado. Por favor, termina de comer.

Sahira asintió y la vio marcharse.



Las reglas del amor faltaban ni un beso en una boca ardía

Casi a las diez de la noche, Samira llegó a casa, había sido un día agotador, tanto física como emocionalmente. Cuando salió esa mañana, jamás pensó que se enfrentaría a una parte de la cruda realidad de Sahira.

De cierta manera, se sentía impotente y molesta consigo misma, porque puso tanto empeño en cortar los lazos con su familia, que no se detuvo a pensar en los miembros más vulnerables e inocentes. Esos que jamás la hirieron con su rechazo, sino que eran al igual que ella, víctimas de un hombre que, en su función como padre, solo quería controlarlos y utilizarlos para el beneficio de su propio orgullo.

Con mucho cuidado abrió la puerta de su habitación y lo que vio hizo que su corazón latiera emocionado y se enamorara un poco más de ese hombre, que atendía con tanto esmero y amor a la hija de ambos.

Renato estaba acostado con Renata acostada sobre el pecho, bañado por la débil luz del velador, mientras que, con las yemas de sus dedos de la mano izquierda, le acariciaba la espalda de arriba abajo con una parsimonia que la adormecía, mientras le canta en susurros y tenía los ojos cerrados.

—Y ya te quería, te soñaba, te sabía, te buscaba, te adoraba y por tu amor ya me moría...

Samira se quedó en el quicio de la puerta, disfrutando de esa maravillosa visión que su marido le brindaba y de la que él no era consciente.

—Y ya te llamaba sin palabras que no había, te buscaba te adoraba y en mi alma te sentía... — seguía él cantando bajito.

En ese momento se sentía tan afortunada que no pudo detener las lágrimas de infinito agradecimiento con la vida o el destino, por haberlo puesto en su camino. Renato era tan bueno, tan extraordinario que muchas veces la invadía la sensación de no merecerlo.

Caminó de puntillas hasta la cama, y se acostó al lado de él.

—Ey, buenas noches —saludó Renato, un tanto sorprendido al sentir el peso de ella en la cama y cómo se acurrucaba en su costado, por lo que estiró el brazo derecho.

Samira apoyó la cabeza en el hombro de Renato y pasó su brazo por encima de la espaldita de su hija, porque necesitaba sentir que ambos eran parte de su vida, que ella también les pertenecía.

—Renato, gracias, muchas gracias por no haberme bajado de tu coche, el día que estaba huyendo de mi casa... Creo que nunca te lo había agradecido —murmuró, sintiéndose segura al calor de su piel cálida.

—Cariño, lo hiciste el mismo día. —Le dio un beso en los cabellos—. ¿Qué sucede? Sé que algo te tiene perturbada, ¿qué pasó? —preguntó en susurros para no despertar a Renata.

—Me pasó, que me di cuenta de lo afortunada que soy por tenerte en mi vida, gracias por salvarme con tu amor.

—Samira, ¿qué sucede? —Empezó a sentir que los nervios le reptaban por la columna

vertebral.

—Te amo, Renato Medeiros.

—Yo también te amo, lo sabes... Sabes que también has sido mi salvación y que me has dado más de lo que alguna vez soñé, ¿pero dime qué te pasa? Me preocupas. —Esta vez le besó la frente.

—Hoy vi a mi hermana Sahira, no sé por qué, siento que es un reflejo de lo que habría sido mi vida si tú no hubieses llegado. Habría sido tan fácil y sensato para ti bajarme en el estacionamiento de ese café, para que Jan me encontrara, y no lo hiciste... no lo hiciste.

—No lo hice, ni yo mismo sé por qué. —Sonrió enternecido—. Quizá la fuerza del destino no dejó que lo hiciera. ¿Cómo está ella? ¿La viste en el hospital? —preguntó con muchas ganas por saber cómo fue en el encuentro entre Samira y su hermana.

—No se parece en nada a mi hermanita, y no tiene que ver con que ya sea una mujer... La vi de camino al hospital, llevaba a uno de sus hijos a la casa de Jan, para que ahí le curaran una herida en la cabeza... —le contó a Renato absolutamente todo, desde el encuentro en la calle, hasta que se despidió de ella esa noche.

Renato resopló, tratando de asimilar todo lo que le dijo Samira. La verdad, no entendía la forma en que ellos vivían la vida, comprendía el dolor y la frustración de Samira y por qué se sentía afortunada de haber tenido un destino diferente, al que Jan quiso imponerle.

—Le encontremos una casa cuanto antes, por la mañana, me pondré en contacto con un agente inmobiliario —dijo él, sin dejar de abrazarla—. Considero que entre más lejos esté ubicada de esa gente, mejor. Así no tendrá que volver a verlos...

—Sí, es lo que pienso, su marido trabaja bastante lejos, tarda casi dos horas para llegar, es un complejo turístico en Guaratiba.

—Bien, le pediré al agente que busque por la zona con entrega inmediata.

—Debe ser bastante modesta, como si ellos pudieran permitirse pagar el alquiler. Sahira no quiere que Jan se entere de que le estoy ayudando, él se los prohibió y ella no quiere que también la eche de la familia.

—Haremos lo posible para ayudarle y no causarle más problemas. —Una vez más le dio varios besos en la frente.

—¿Crees que hago mal en querer ayudarle? —preguntó al tiempo que le daba unas palmaditas a su pequeña en el trasero, para que no despertara, ya que se había removido un poco.

—No, haces bien, tu hermana no tiene culpa de las decisiones de Jan, me enfurece que no quiera rescatarla de la casa de sus abusadores... ¡Dios! No lo entiendo, yo por mi hija, haría cualquier cosa, podría matar a quien se atreva a ponerle una mano encima.

—También lo haría, jamás podría quedarme sin hacer nada como lo hace mi madre, es como si no tuviera sangre en las venas.

Se quedaron en silencio por varios minutos, solo mirando a Renata dormida mientras gestionaban la impotencia que les causaba la situación de Sahira.

—Debes estar agotada, ve a ducharte, que yo la llevo a la habitación —dijo Renato.

Samira suspiró y se levantó, incluso estuvo a punto de quedarse dormida.

—Gracias, cariño.

Renato se levantó con cuidado de no despertar a la niña y se fue a la habitación de al lado, al tiempo que Samira entró al baño, ya que a las ocho de la mañana del día siguiente tenía otra cirugía y le gustaría poder hablar con Sahira, antes de que le dieran el alta a Iulian.

Cuando salió del baño, ya Renato estaba de regreso en la habitación, ponía sobre la mesa de noche el monitor inteligente, que constaba de cámara, audio y un sensor que se le ponía en el pie

a la niña, para hacer seguimiento de la frecuencia del pulso y oxígeno, también les avisaba de movimientos o cuando despertaba.

Renato, tras probar por un par de semanas el sensor, fue que accedió a que Renata durmiera en su habitación, le daba tranquilidad tener las lecturas de salud en tiempo real y recibir notificaciones oportunas cuando su niña necesitara su atención.

Ella lo abrazó por la espalda, le dio un beso en el cuello y otro en la mejilla.

—Eres demasiado perfecto —le susurró, mientras le acariciaba el pecho.

—No soy perfecto, solo estoy hecho para ti.

—¡Ay, que pretencioso! —Soltó una risita.

—A veces, puedo serlo. —También rio, mientras acariciaba los antebrazos de su mujer.

—Me gusta que los seas —confesó y se apartó para entrar en la cama.

Renato quitó varias de las almohadas que solo eran decorativas y que había hecho a un lado previamente para poder acostarse con su hija. Las puso en la banqueta tapizada al pie de la cama y regresó para acostarse junto a su mujer.

—Ven aquí. —Renato le abrió los brazos para ofrecerle su pecho.

Samira gustosa se acostó sobre él y también lo abrazó.

—Buenas noches, cariño. —Le dio un beso en la coronilla.

—Buenas noches, mi amor —susurró ella y le dio un beso en el pecho, pero no se detuvo con solo uno, la piel tibia y suave de él, la invitó a por más, por lo que empezó a repartir suaves besos y fue en ascenso, hasta la boca de su marido.

Renato correspondió haciendo ese beso más profundo y la estrechó más en sus brazos. No hacían falta palabras para saber lo que ambos deseaban.

Entre besos y caricias, Samira se deshizo del babydoll y las bragas, mientras que Renato se quitó el pantalón del pijama que era lo único que llevaba puesto, y se aferró a las caderas de su mujer cuando ella se subió a horcadas sobre él.





Apenas la canción del agua la música y el son dormía

Doce días después, todo estaba preparado para hacerle entrega de una casa de cuatro habitaciones, sala, comedor, cocina y un patio bastante amplio en el que los hijos de Sahira y Vinicio pudieran jugar libremente.

Estaba ubicada en Guaratiba, bastante cerca del complejo turístico en el que trabajaba Vinicio. A pesar de que se buscó una propiedad acorde a los ingresos del gitano, lamentablemente, no la consiguieron; sin embargo, idearon el plan de decirle a los suegros de Sahira, que pertenecía a una familia extranjera que decidió regresar por una larga temporada a su país de origen y se la dejaron al cuidado de Vinicio, al que habían conocido cuando fue a hacerle algunas reparaciones. Ya con el tiempo no tendrían por qué dar más explicaciones.

Esa mañana, Samira y Renato, se levantaron bastante temprano porque iban a pasar a buscar a la familia por el terminal de autobuses, pues hasta ahí los acompañarían los padres de Vinicio.

Sahira que en todo este tiempo se mantuvo comunicada con Samira a través de mensajes, la tenía al tanto de cada detalle. Hasta ahora, ninguno conocía la casa más que por fotos y videos, ya que todo el proceso se hizo a través del agente inmobiliario, mismo que se encargó de buscar a la persona adecuada para que dotara el lugar con todos los muebles y electrodomésticos necesarios para la familia, también habían llenado las despensas, para por lo menos, dos meses.

—Yo me encargo de Renata —dijo el padre, llegando a la habitación de la niña—. Ve a vestirte, cariño.

Samira como tuvo que amamantarla, se le hizo un poco más tarde, para ella poder arreglarse.

—Gracias, amor... Me daré prisa, ponle el vestido amarillo de ribetes blanco. Creo que lo dejé sobre el mueble en el vestidor. —Se mostraba algo ansiosa.

—Sí, enseguida lo busco, ve tranquila, aún estamos a tiempo. —Cargó a la niña, a la que ya su madre le había puesto el pañal y fue al vestidor. No, no había dejado el vestido en el mueble central, miró a través del cristal de las puertas de los armarios.

Renata tenía cientos de vestidos, en su mayoría, obsequio de su abuela, bisabuela y tías abuela. Todos estaban ordenados por colores que iban de la tonalidad más oscura a la más clara, abrió la puerta del armario donde estaban los amarillos.

—Amarillo con ribetes blanco —dijo apartando las pequeñas perchas—. Hay como una docena. —Se rio y su pequeñita lo imitó—. Tú tampoco sabes cual, ¿cierto? —Le plantó un beso en la mejilla regordeta y sonrosada. La niña estiró la manito y con el dedito índice señalo hacia el armario—. ¿Quieres elegirlo tú? Vale, es lo más justo, porque tú lo usarás. —La acercó más a las prendas.

Renata se colgó de uno que tenía un patrón a cuadros amarillo y blanco, entallado en lo alto de la cintura con un gran lazo amarillo y en la parte superior era de tiros gruesos. Tiró de la prenda hacia ella al tiempo que emitía un grito de esos tan agudo que soltaba cuando estaba feliz.

—Parece que este te encanta, bien... Te pondré este. —Descolgó el vestido de la percha para evitar que la niña se hiciera daño—. Te verás muy guapa, estoy seguro, pero tendrás que decirle

a tu madre que fue tu elección.

Regresó con Renata al cambiador, como sabía que estarían expuestos al sol, le aplicó protector solar y luego le puso el vestido. Además, también buscó un sombrero, era blanco con un lazo amarillo, le pareció que le quedaría muy lindo.

Como era de esperar, cuando Samira regresó se extrañó de ver a Renata con otro vestido al que había pensado ponerle.

—Lo eligió ella —se apresuró a decir Renato, al ver el gesto de su mujer.

Samir negó con la cabeza y sonrió, al tiempo que le ofrecía los brazos a su hija.

—Entonces, ya tú eliges que ponerte —comentó y le plantó un beso en la mejilla—. Tienes buen gusto, porque estás preciosa. —Desvió la mirada hacia su marido—. ¿Nos vamos?

—Sí, sí. Ya le escribo a Valerio para que prepare los vehículos. —Buscó el móvil en uno de los bolsillos de sus pantalones y le mandó un mensaje al jefe de seguridad.

Renato se hizo de la pañalera de la niña, y Samira fue a por su cartera, antes de ir al estacionamiento, pasaron por la biblioteca para despedirse de Reinhard y Sophia.

Ya en el estacionamiento, subieron a una SUV, mientras que otra los escoltaría, para poder trasladar a la hermana de Samira y a su familia.

Cuando estaban bastante cerca del terminal de autobuses, Samira le envió un mensaje a Sahira, para preguntarle si ya podían recogerlos.

Ella le respondió con un mensaje afirmativo, lo que quería decir que ya sus suegros o las personas que los acompañaron a la terminal se habían marchado.

Samira le pidió que la esperara por donde salían los autobuses, no quería correr el riesgo de que, por la entrada, aún estuviera algún conocido de Sahira, se prometió no causarle problemas y haría todo lo posible para no faltar a su palabra.

Le preocupaba que tuviera que caminar mucho con el equipaje y los niños, pero era mejor no arriesgarse a arruinar el plan que habían trazado. La vio esperando en la acera, junto a sus hijos y marido, al que tuvo la oportunidad de conocer la noche que Iulian pasó en observación.

—Creo que puedes estacionar, ahí... —le dijo a Renato, señalando el espacio en el arcén que estaba después de algunas señalizaciones—. Yo iré a por ella, tú espera aquí. —Era mejor así, pues tenía que ser rápida y por nada del mundo dejaría a Renata sola en el asiento trasero.

Detrás de ellos aparcó la SUV que los escoltaba y que serviría de transporte para la familia. El vehículo era conducido por Mauricio, quien también bajó para ayudar a cargar las maletas.

Samira caminó rauda hasta donde estaba su hermana, que se notaba algo nerviosa, probablemente, se debía más a todo el cambio que estaba viviendo que a la posibilidad de ser vista por alguien que fuera a contarle a Jan, que estaba aceptando la ayuda de su hermana.

Al ver a todos los niños, no le fue difícil a Samira deducir que se llevaban muy pocos años entre sí. Sin duda, Sahira había pasado gran parte de los últimos años embarazada.

Tres niñas y dos niños, que como todavía no le tenían confianza, se mostraban cohibidos.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó al tiempo que le daba un beso en la mejilla a Sahira.

—Bien, bien... Será mejor que nos demos prisa —dijo acelerada.

—¿Eso es todo? —preguntó al ver que solo tenían tres maletas y un par de cajas de cartón.

—Sí, es todo —dijo Vinicio que tenía a una de las niñas cargada y en la otra mano sostenía el asa de una maleta, la que soltó para ofrecerle la mano a Samira—. Es un placer verte de nuevo, gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros. —Su deseo constante, era poder salir de la casa de sus padres, pero sus ingresos apenas alcanzaban para alimentar a su mujer y a sus hijos.

Llevaba años lidiando con la impotencia que le provocaba ver cómo sus padres trataban a la mujer que amaba, y las pocas veces que reclamó por los malos tratos, solo recibió como

respuesta, que, si no les gustaba, bien podrían largarse. Algo que ellos, lamentablemente, no podían permitirse.

—No tienes que agradecer, ojalá hubiese podido ayudarles mucho antes. —Caminó hasta donde estaba una de las maletas y la arrastró hasta la SUV.

Ya Mauricio había cargado una de las cajas, aprovechó para subir la maleta que Samira le acercó.

—Niños, vengan, suban —les dijo Samira al abrirle la puerta del asiento trasero. Los pequeños corrieron—. Tendremos que dividirnos —le informó a Sahira, mientras le ajustaba los cinturones de seguridad a los pequeños.

—Sí, yo iré con ustedes y llevaré a Iulian... —Miró a su marido—. Vini, ¿está bien si vas aquí con los niños?

—Sí, aunque es mejor que lleves a Carol —dijo refiriéndose a la más pequeña, que era la que tenía en brazos y que necesitaba más de la atención de la madre.

—Ven aquí, mi amor. —Sahira le ofreció los brazos a la niña que de inmediato se fue con ella.

Una vez que todos subieron a los todoterrenos y que se hiciera la presentación entre la hermana de Samira y Renato, fue que se dieron cuenta de que hacía falta un asiento de seguridad para Carol; así que, obligatoriamente, debían llegar a alguna tienda para comprarlo, antes de emprender el viaje por la autopista.

—Es tan hermosa —dijo Sahira, tomando una de las manitas de Renata, ya que ella iba en el asiento trasero, con su hija sentada en el regazo—. Hola, pequeña Renata. —Le sonreía y la niña respondía de la misma manera—. Soy tu tía, sí... tu tía —le hablaba llena de ternura—. Creo que tiene el mismo tiempo que Carol.

—Sí, seis meses —comentó Samira. No podía ocultar que estaba feliz porque podía relacionarse con alguien más de su familia.

Renato que conducía, la miró de soslayo y sonrió al verla tan feliz. Recordaba haber visto a Sahira cuando tendría unos catorce años, poco había cambiado, aunque sí era evidente que su vida no había sido fácil.

Llegaron al centro comercial más cercano y fue Renato quien bajó a buscar el asiento, mientras que los demás decidieron esperar en los vehículos.

Unos quince minutos después, él estaba de regreso, ajustó el asiento, en el que Sahira metió a su hija, ya seguros de que la niña iba bien, emprendieron el viaje de casi dos horas. Tiempo que aprovecharon para conversar, Samira y Sahira se dedicaron a rememorar muchas cosas de su niñez las que hacían en medio de risas. De vez en cuando, Renato intervenía, para mantenerse activo en la plática.

—Debe ser aquí —dijo Renato cuando el GPS le anunció que había llegado al destino; aunque no podía ver la propiedad por los altos muros de piedra y el portón de hierro forjado.

—Sí, aquí es —dijo Samira que había visto todas las fotos y videos que le envió el agente inmobiliario. Sacó el comando que tenía en la cartera y que le habían llevado a la oficina de Renato, junto a las llaves y el título de propiedad.

El portón se abrió y frente a ellos había un sendero de arena, franqueado por palmeras y un césped recién podado, al fondo se encontraba la gran casa de dos pisos de estilo colonial.

—Samira, no la imaginaba tan grande —dijo Sahira con la boca abierta, debido al asombro—. Esto es demasiado.

—Los niños necesitan espacio para que puedan jugar. —Le sonrió con satisfacción.

Al bajar de los vehículos los niños corrieron hacia la casa, estaban tan emocionados que no esperaron a los mayores.

—¿Es nuestra casa? —Preguntó Moira, la hija mayor, admirando la gran fachada blanca con puertas y ventanas de madera oscura.

—Sí, cariño —respondió Vinicio sonriéndole—. Gracias, Samira, no esperaba que fuese tan grande.

—Lo mismo le he dicho —comentó Sahira, con Carol en brazos.

—Solo es espacio suficiente para que puedan vivir tranquilos. —Samira le tomaba la mano a su marido, mientras que él con el otro brazo cargaba a Renata—. Aquí tienes, bienvenida a casa. —Le entregó la llave a su hermana.

—G-g-gracias —tartamudeó con los nervios alterados por la emoción. En cuanto abrió la puerta principal, los niños pasaron como un vendaval.

En el instante en que Sahira entró al salón y vio que todo estaba amoblado, no pudo seguir reteniendo las lágrimas de emoción. Jamás pensó tener nada de eso, en casa de sus suegros, apenas contaban con dos camas y algunos electrodomésticos que con gran esfuerzo habían conseguido comprar. Samira la abrazó y le besó en la sien.

—No, no esperábamos algo como esto, muchas gracias. —Vinicio se dirigió a Renato.

—Lo necesitan —respondió él afable.

Recorrieron todo el interior de la propiedad, los niños subieron al segundo piso en busca de sus habitaciones y no hacían más que exclamar emocionados al darse cuenta de que cada uno contaría con su cama, que también tenían juguetes y televisores.

Desde hacía muchos años, Samira no sentía una satisfacción tan grande, ver la sorpresa en la cara de su hermana, era inigualable.

—Deben tener cuidado, traten de mantener ese portón con candado, por los niños, porque da a una vía principal y al otro lado está la playa de Marambaia —comentó Renato cuando salieron al patio trasero.

—Sí, sí, siempre estará con llave —aseguró Vinicio, que todavía no asimilaba todo eso.

Los niños correteaban de un lado a otro, señalando con exageración cada cosa e informándole a los padres, como si a los ojos de ellos se escaparan ciertos detalles.

Por mucho que Samira quisiera quedarse un poco más, no podían, ya que tenían que ir a almorzar a la casa de los padres de Renato.

Así que se despidió de su hermana con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, prometiéndole que pronto la visitaría. Luego se despidió de Vinicio con un apretón de manos.

De igual manera, Renato también se despidió.

—Están muy felices —suspiró Samira con complacencia, en cuanto salieron de la propiedad.

—Sí, lo están. De verdad que necesitaban un hogar y creo que la casa es perfecta para ellos. —Renato estuvo de acuerdo.

—Es muy bonita la playa. —Samira señaló a la derecha al ver la gran bahía desierta—. Podemos bajarnos un minuto, tengo ganas de mojarme los pies.

—Está bien. —Renato concedió a la petición de Samira y activó la direccional para detenerse en el arcén.

Mauricio que los seguía en el otro vehículo, también hizo lo mismo.

—Vamos un momento a la playa, si deseas puedes continuar —le dijo Renato.

—Los esperaré, señor —dijo el hombre. Que seguía ordenes directa de Reinhard de escoltarlos de regreso a casa.

—No tardaremos —dijo Samira.

Caminaron tomados de la mano hacia la arena, mientras que Renato llevaba a la niña cargada. Ella sin duda, estaba demasiado apegada a su padre.

—Deja que te ponga el sombrero —dijo Samira, una vez que se sentaron en la orilla.

Renata no quería usar el sombrero, pero la madre insistió en ponérselo para evitar que se insolara.

—Ya, ya... tranquila —la calmó Renato, porque estaba muy molesta—. ¿Quieres sentarte en la arena? —le preguntó y con cuidado la sentó en medio de sus piernas.

De inmediato la niña enterró las manos en la arena y la empuñó, soltó un chillido de emoción, lo que dejaba claro que le encantaba la sensación de la arena en sus manitas.

Renato y Samira rieron al verla tan eufórica.

—Creo que no va a querer irse pronto —dijo Samira, sentada al lado de su marido y su hija.

—Bueno, por lo menos, tenemos que lidiar solo con una... Porque cinco, es como para volverse loco...

Samira se lo quedó mirando y luego se echó a reír, una risa que a todas luces era de puro nervio.

—¿Qué sucede? —preguntó él, también riendo, pero de desconcierto.

Samira se cubrió la cara con las manos, sin dejar de reír.

—No puedo reírme con las mismas ganas sino me dices qué es eso que te hace tanta gracia —insistió Renato.

Samira respiró profundo para calmar las risas que incluso contagiaban a Renata.

—Estoy embarazada —lo dijo rápido, sin siquiera respirar.

—¿Qué? —Renato se enserió enseguida. Esperaba no haber escuchado bien o que de verdad Samira estuviese de bromas.

Ella agarró su cartera y empezó a rebuscar, ahora solo se le escapaba una risita nerviosa y le temblaban tantas las manos que no conseguía la bendita prueba que había guardado esa mañana.

—Samira... —Renato a pesar de estar aturdido, quería que ella no lo evitara como lo estaba haciendo.

—Quise decírtelo esta mañana... —Por fin consiguió la prueba y se la entregó, ahora mucho más seria—. Pero solo nos retrasaría.

Renato agarró la prueba, se dio cuenta que a él también le temblaban las manos. No había dudas, Samira estaba embarazada.

—Oh, mi Dios. —Esa exclamación era una mezcla de lamento y felicidad—. ¿Cómo es posible? ¿Embarazada? —Miraba y miraba el par de rayitas y no lo asimilaba.

—Me aterra, porque Renata apenas tiene seis meses. —Samira resopló—. Aun no me recupero psicológicamente del embarazo... —chilló, no sabía si estaba feliz o muy asustada.

Renato se tapó la boca con una mano, él tampoco se había recuperado, apenas estaba aprendiendo cómo ser padre y hasta el momento, no podía negarlo, era maravilloso, pero también agotador y preocupante.

—¿Qué vamos a hacer? —Samira buscó la mirada de Renato y vio en sus iris el mismo tormento que habitaba en ella—. No sé si estoy preparada.

—¿Qué quieres hacer? Te apoyo en lo que sea que decidas. —Qué más podía decir, tenía miedo de hacer una imposición cuando no era su cuerpo el que tenía que sufrir un cambio tan brutal, ni soportar el dolor de tener que traer a un hijo al mundo. Aunque si, Samira decidía tenerlo, lo haría realmente muy feliz, estaba dispuesto a esforzarse mucho más para ser el mejor compañero y un gran padre.

Samira se quedó en silencio, desvió la mirada al mar, mientras la brisa le agitaba el pelo. Cada segundo que pasaba era una agonía para Renato.

—Te amo, Samira... Y te prometo de no dejaré de hacerlo jamás, decidas lo que decidas.

—Quiero tenerlo —respondió al fin sin volverse a mirarlo, luego suspiró y buscó la mirada de su marido—. Quiero tener contigo todos los hijos que concibamos sean planeados o no... y sé que no será fácil para ninguno de los dos, pero creo que podemos con un niño o una niña más... Hemos pasado por situaciones más difíciles y las hemos afrontado.

—Juntos podemos con todo. —Sus labios se estiraron en una sonrisa de alivio y de admiración hacia su mujer—. Tú eres mi fuerza, mi apoyo, mi motivación... —Se acercó a ella y le sujetó la barbilla—. Así que, vamos de nuevo, emprendamos esta aventura. No te soltaré la mano ni por un segundo. —Le dio un beso cargado de ternura.

—La primera vez lo hicimos bien, ¿cierto? —Ella también sonrió, sintiéndose mucho más aliviada. Y le dio otro beso, luego miró a su hija que seguía jugando con la arena.

—Muy bien. —Renato también se volvió a mirar a la niña.

—¿Les diremos a tus padres? —preguntó Samira, apoyando la cabeza en el hombro de Renato.

—Se podrán muy felices, ya imagino a mi madre. —Renato sonrió.

—Entonces, vamos a decirles —instó Samira, mucho más animada.

Renato con su aceptación, se había encargado de disipar los miedos.

Ambos se levantaron de la arena, él cargó a Renata y en un arranque de felicidad la elevó, dio un par de vueltas.

—Mi vida, tendrás un hermanito o una hermanita... —le dijo riendo, mirándola por encima de su cabeza—. Tu mami, no tiene límites en hacerme dichoso... —La acomodó de nuevo en uno de sus brazos y estiró el otro—. Ven aquí, mi gitana. —La refugió y volvió a besarla con embeleso.

—Te amo, payo —susurró extasiada contra los labios de su marido.

—Si es niña, ¿podría llamarse Serena? —propuso él—. Por la tranquilidad de esta playa —explicó, observando las aguas mansas.

—Serena, sí, me gusta mucho... muchísimo. —Samira asintió y siguió mirándolo a los ojos—. Pero si es niño, se llamará Reinhard, y sé que no te opondrás a eso.

Renato se emocionó hasta las lágrimas y llevado por su felicidad volvió a comérsele la boca.

—¿Por qué Reinhard? —preguntó, ya que él le había dado una explicación de por qué quería Serena.

—Porque es el mejor hombre que he tenido la fortuna de conocer. Ha sido tu guía y tu luz en todo momento; así que, el día que ya no esté con nosotros, espero puedas verlo en nuestro hijo.

Renato asintió y soltó un sollozo del más genuino agradecimiento. Entonces Samira le acunó el rostro y lo besó con ansias, esas que nunca mermaban.

—Te amo... —le repitió él.

—Te amo —le dijo ella.

Renata soltó un chillido y se rio, lo que hizo que sus padres rieran también y cada uno la atacó con un beso en cada mejilla. Sí, estaban preparados para recibir a otro miembro en su familia y darles todo su amor.



Libros de este autor

Cambia mi suerte

Samira tiene un sueño por cumplir y hará hasta lo imposible por alcanzarlo, aunque hacerlo, signifique ir en contra de los deseos de su familia y de todas las imposiciones de su cultura.

Renato vive atado a sus demonios personales y cada día lucha por doblegarlos.

Ella es capaz de descifrar las emociones que él intenta ocultar; él anhela la libertad que ve en los ojos de ella.

Ella necesita ayuda con urgencia y solo él puede dársela.

Un encuentro poco convencional los pondrá en el mismo camino y quizá, juntos puedan apostarle a la suerte y cambiar su destino.

Cambia mi suerte una vez más

Un viaje, una nueva vida, un destino por cumplir.

Samira se ha mudado a otro país y ahora está forjándose un nuevo camino, donde tendrá que enfrentarse a nuevas situaciones y convivir con personas que no son de su cultura.

Renato ha seguido con su vida, pero echa de menos ese soplo de aire puro que era Samira para él; ahora tendrá que hacer todo lo posible para que la distancia no sea un obstáculo para conservar su amistad.

Samira y Renato deberán descubrir si lo que sienten el uno por el otro es más que un cariño fraternal.

¿Qué pasará si se dejan llevar? ¿Serán capaces de arriesgar lo que ya tienen por seguir lo que les dicta el corazón?

Cambia mi suerte para siempre

Las dudas, los miedos y un malentendido, hicieron que los caminos de Renato y Samira se separaran.

Ella decidió poner distancia, cerró su corazón y fue en busca de su sueño.

Él deberá afrontar el dolor de perderla, sin más explicación que una carta, mientras lucha contra sus miedos y frustraciones.

Un golpe de suerte cambiará la vida de Samira, acercándola a su meta. Y sin saberlo, también la acercará a Renato, cuando el destino los reúna una vez más bajo una torrencial lluvia.

El amor regresará con una fuerza avasalladora, pero deberán batallar contra los miedos y las dudas.

¿Podrá la gitana cambiar para siempre la suerte del payo?

Descúbrelo en el final de esta historia.